





El lado oculto de la sonrisa
(nuevas escrituras para morir y resucitar
en un ataque de entusiasmo)

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



poesía

HERNÁN LAVÍN CERDA

El lado oculto de la sonrisa
(nuevas escrituras para morir y resucitar
en un ataque de entusiasmo)

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Luis Alejandro Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

El lado oculto de la sonrisa. Nuevas escrituras para morir y resucitar en un ataque de entusiasmo

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Hernán Rodrigo Lavín Cerda

ISBN: 978-607-495-505-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/39/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

La memoria también se desliza sinuosamente como un prólogo

Sin saber cómo ni cuándo, las escrituras más antiguas pueden ser, de improviso, muy nuevas. El poeta y ensayista de origen chileno, Francisco Véjar, me hizo alguna vez la siguiente pregunta: ¿Qué elementos lo acercan a ese notable cineasta estadounidense para que haya decidido incluirlo en uno de sus libros que se titula justamente *Visita de Woody Allen a Venecia*?

Un minuto antes de entrar de lleno a responder su pregunta, quiero recordar lo siguiente: alguna vez en casa de Nicanor Parra, allá en la Reina o en los faldeos precordilleranos de Santiago de Chile, durante 1966, y con motivo de la aparición de mi pequeño libro *Neuropoemas*, el propio antipoeta le dijo a Pedro de la Barra, aquel maestro no sólo de la dramaturgia: “Mucho ojo con Hernán. Los textos de este joven son como una explosión atómica”. Pocos años después, Antonio Skármeta diría algo semejante en su artículo *Hernán Lavín Cerda: de neuropoeta a profanador*, que se publicó en el suplemento cultural de la revista *Marcha*, de Montevideo. Dice el novelista: “Parece fuera de duda la originalidad entre terrible, patética y subversiva de Hernán Lavín Cerda”. Confieso que cuando vi por primera vez una película de Woody Allen en la Cineteca Nacional de México, allá por 1974, me emocioné muchísimo,

hasta más allá de las lágrimas en un ataque de risa ingobernable. Fue como descubrir en cierto modo a tu álter ego. Lo diré con modestia o más bien sin falsa modestia para complicar aún más las cosas. Aquella película es y fue *Todo lo que quiso saber sobre el sexo, pero no se atrevía a preguntar*, que se filmó en 1972. Después vino *El dormilón*, en aquel año infausto de 1973. Con música del propio Allen a través de la Preservation Hall Jazz Band y la New Orleans Funeral Ragtime Orchestra. Con la siguiente película, *La última noche de Boris Grushenko*, en 1975, tuve la certeza o más bien la incertidumbre de estar disfrutando de la obra de un tipo genial, así es, un antihéroe con toda la barba a pesar de ser más lampiño que una ostra, para decirlo coloquialmente y con algunas lágrimas en los anteojos, estos anteojos que más bien debieran pertenecerle a mi querido poeta y amigo Floridor Pérez. En este mismo instante observo la fotografía de Allen en una de sus obras maestras, *Zelig*, de 1983, y donde aparece en plenitud el “efecto camaleón” en el cual vivimos por un impulso de supervivencia. El cine terapéutico de Woody Allen nos permitió sobrevivir en aquellos días del triunfo brutal de la estupidez fundamentalista en el Chile militarizado de “¡hasta nueva orden!”, de bando autoritario en bando autoritario, y que mueran los débiles, los inútiles, los cesantes que siempre serán hediondos, así como los feos, los rotos y los indios. “No hay indio más bonito que un indio muerto”, le oí decir alguna vez a una persona respetable. “Los chilenos, gracias a Dios y a la Virgen del Carmen, nunca seremos tan flojos e irresponsables como los bolivianos, que no huelen bien y no son tan inteligentes”.

Para acabar pronto: “Por la razón o la fuerza”, dice el escudo patrio de aquella República entrañable y un tanto lejana. ¿Por fortuna? ¿La razón de quién? ¿La fuerza? No dejan de ir y venir sinuosamente por el mundo aquellas lágrimas, ¿las mismas de siempre?, en la profundidad abismal, ¿así se dice?, de nuestros anteojos, ¿se dice así?, que tal vez nunca han sido nuestros.

Entre otros aspectos que van multiplicándose, gota a gota, debo decir que siento mucha afinidad con la inteligencia antiheroica de Woody Allen, como ya lo dije. En Estados Unidos de América, donde casi todo se vincula con el modelo del Superhombre, de Batman, de Gatúbela, del Hombre Araña y de los gerentes distinguidos que poseen la tarjeta Oro sin Límite, Woody nos demuestra que también es posible vivir desde una fragilidad humana y lúcida. Como él, Vuestro Inseguro Servidor (¿quién habla cuando suponemos que uno es el que habla?) le teme a los agujeros negros, a la eternidad que es cada vez más larga, sí, más sinuosa y más larga, sobre todo hacia el final, y por supuesto al sexo oral o bucofaríngeo por sus implicaciones no sólo religiosas. También le tenemos un respeto tembloroso a la descomposición anatómica o, mejor dicho, en palabras comunes, a las bacterias, las enfermedades, los virus en movimiento perpetuo, aquella danza no tanto de los vampiros sino más bien de los virus del día a día, para decirlo al modo de Roman Polansky. Lo mismo me sucede ante Su Majestad el Infinito transfigurándose en la existencia o inexistencia de Dios, oh Pan Nuestro de cada día. ¿Qué se hizo al fin nuestra madre que siempre nos vigila o nos vigilaba desde la inmensidad abrumadora del espacio cósmico?

¡Llámenle cielo, llámenle como quieran! Recuerdo que alguna vez el propio Woody Allen me dijo por vía telepática desde el Ponte di Sospiri, junto a la sombra de Carlomagno en Venecia, La Serenissima:

—Veo góndolas por encima y por debajo de otras góndolas, más acá y más allá del Adriático, no sólo en el desliz y el vértigo de los canales, y cada gondolero con su melena renacentista ofrece al visitante su cara de asesino. ¿Por qué no me atrevo a ser valiente aquí en Venecia, y me da miedo hasta el perfil judío de mi sombra que no siempre se desliza a mi lado? Me siento como un tigre cuando respiro en New York entre las alas de los cuervos del Central Park, aunque no haya cuervos y de pronto yo sea una pulga absolutamente calva, sin ojos, casi todas las pulgas no tienen ojos, no tienen lengua, sí, no hay duda, por supuesto que sí, yo soy menos que una pulga cuya única virtud es imitar al tigre en todo aquello que el tigre tiene de pulga, que no es poco, los únicos tigres que valen la pena son las pulgas, pero no siempre. ¿De acuerdo? Sería patético que me convirtieran en un filósofo de atar y nunca desatar como en los tiempos más lúcidos del mundo antiguo. ¿Dónde están mis aspirinas? Tengo frío, un poco de frío, mucho frío. ¿Quién se puso mis zapatos? Quisiera dormir en la jaula de los monos, a pierna más o menos suelta, quisiera dormir en la jaula con monos o sin monos. ¿Entendido? ¿Hay monos, algunas monas, o no hay monos más o menos navegables en Venecia? Las musas, o más bien las musarañas, han hecho lo imposible por responder a esta pregunta, pero aún no aparece en el aire una respuesta satisfactoria. ¿Qué sucede? Ahora tengo frío, mucho frío no

sólo en las uñas de los pies y de las manos. ¿Qué me sucede? ¿No sienten el frío que viene del Rivus Altus? Las orejas que me acompañan desde siempre ¿son tan agudas y febrífugas como el ácido acetilsalicílico? Aún sueño con la fidelidad de mis zapatos. ¡Dónde está el estuche de mis aspirinas! Digo estuche porque desconfío de los frascos y las cajas. No hay mejor aspirina que la que aún ocupa su lugar de privilegio en el fondo de un estuche forrado con terciopelo azul. ¿Quién nos espía desde aquella ventana de color siniestro y bajo esa luna de oro?

En octubre de 1990, Joaquín Mortiz, del Grupo Editorial Planeta, publicó mi libro de cuentos y relatos de variada índole *Historia de Beppo el Inmóvil* (Beppo se llamaba el gato de Jorge Luis Borges). En dicho volumen aparece el texto “Zelig soy yo”, que está inspirado justamente en la película *Zelig* que dirigió Woody Allen en 1983. Sospecho que esta singularísima obra cinematográfica, junto al estudio de los heterónimos de Fernando Pessoa y al teatro de Eugene Ionesco y de Samuel Beckett, provocaron en mi espíritu creativo el amasijo compuesto por la multiplicidad de voces o de yo es que se extiende cada día más a lo largo de mis libros, al punto que en la actualidad me es difícil saber quién soy o más bien quién habla o escribe cuando yo escribo y hablo. Es por eso que un autor como Ricardo Piglia, quien viene de dos grandes maestros, Macedonio Fernández y Jorge Luis Borges, me abre tantas ventanas en lugar de cerrármelas. Nos cuesta mucho creer, a estas alturas, en un yo granítico e indivisible. Sospecho que ese fenómeno sólo ocurre en el fundamentalismo no muy lúcido de las

estéticas o poéticas estatuarias. ¿No? Sí. ¿No que no? En fin de los en fines. Aún creo que en estos asuntos, como en muchos otros, no existen ni existirán las últimas palabras. Sin duda que mucho de esto nos faltó en nuestra educación sentimental, religiosa y política en aquella República de Chile ¿del Nuevo Extremo?

Alabanza de la leche de burra

Dicho con un respeto absoluto,
me siento con la obligación moral de informarles
a todos ustedes, mis fieles e infieles lectores,
que a la Norita del Carmen Figueroa de la Fuente Ovejuna,
la musa, la musaraña, la musísima del siglo veinte,
casi del diecinueve, la criaron con leche de burra de Los Andes,
y Vuestro Inseguro Servidor, alias el Ceniciento, el Sabelotodo,
Su Majestad el Lobo Sapiens, no puede presumir
de haber tenido la misma fortuna.

Sólo la leche de burra nos proporciona el vigor y la inteligencia
para sobrevivir con entusiasmo en este mundo de locura
ingobernable, sobrevivir cultivando el Arte de la Risa
o al menos de la sonrisa que nos permite
vivir, sobrevivir jubilosamente, sin pasar por el túnel
de la muerte, aquel túnel donde a pesar de todo
no existe o más bien se supone que no existe la explotación
del muerto por el muerto, o algo por el estilo.
¡Vaya uno a saber con lágrimas o sin lágrimas en los anteojos!

Pido un aplauso, venid a mí, pido un aplauso

Estoy cansado, sé muy bien lo que digo, estoy muy cansado,
con los ojos
lentos de lágrimas, y ya me voy a dormir en este mismo instante.

De cualquier modo, y antes que sea demasiado tarde
en el insólito camino que al parecer no termina con la vida,

pido un aplauso, venid a mí, pido un aplauso inagotable
para Nuestro Señor Jesucristo que sólo hoy nos acompaña:

¿Honor a quien honor merece? Que levanten su mano izquierda,
es decir la mano del corazón, los que digan ¡honor a quien honor
merece!

Pido tres plausos, la Santísima Trinidad en los aplausos cuyo
único propósito
es viajar hacia el torbellino de luz de Nuestro Señor Jesucristo.

No me pregunten cómo pasa el tiempo

¿Lo dije alguna vez
o no lo hemos dicho todavía?

Como lo dijo en su día no sé quién,
¿hasta cuándo posar de inteligente?

El Hijo de la Madre Teresa de Calcuta,
alias Vuestro Inseguro Servidor,

nunca ha sido muy inteligente, por fortuna,
gracias a Dios y no sólo a Dios, gracias a Dios.

¡Hay que lanzar al aire las benditas o malditas ideas!
¿El desorden también tiene su embrujo?

¡Sin duda que sin el desorden no podríamos ser
lo que fuimos, lo que somos y seremos algún día!

¿Pellizquito de pulguita chismosa por sospechosa?
¿Pellizquito de pulguita embrujante por rimbombante?

¡No me pregunten cómo pasa el tiempo y váyanse al diablo!

¿Hasta cuándo vamos a repetir las mismas estupideces?

Subir y bajar escaleras es todavía un milagro

Lo más recomendable es subir
y bajar escaleras simultáneamente,

aunque la escalera para bajar por el mundo
piense exactamente lo contrario

a lo que piensa la escalera para subir por el mundo,
más allá del milagro de que existan o no existan las escaleras.

Julio Cortázar fue el primer filósofo
que se puso a pensar seriamente en el porvenir

de las escaleras no sólo en este mundo
de locura cada vez más ingobernable,

sino que además tuvo la valentía necesaria
y se atrevió a subir y bajar escaleras simultáneamente.

Sin duda que el origen del pensamiento filosófico
acerca del porvenir incierto de las escaleras

tiene su origen, valga la redundancia,
en la ciudad de París durante el otoño de 1967,

aunque algunos especialistas en fenómenos paranormales
aseguran que el año 1967 no es un año muy confiable

y que en las cosas relacionadas con el tiempo, por lo que vemos
a cada instante, todo puede ocurrir antes o después del tiempo

entendido como un prodigio, un monstruo o más bien una quimera
donde a menudo no hay nadie que pueda servir de testigo.

Después de leer o escuchar estas palabras más o menos lúcidas,
lo más recomendable es subir y bajar y volver a subir escaleras

simultáneamente, siguiendo las huellas del mundo
y pensando exactamente lo contrario, siempre lo contrario

a lo que aún piensa la escalera para subir por el mundo,
más allá del milagro de que existan o no existan las escaleras.

Aparición de las moscas de ayer,
de mañana y de siempre

¿Cuántos pares son tres moscas?

O dicho con otras palabras:

¿Un día más será eternamente lo de menos?

¡Váyanse al diablo! ¿Váyanse al diablo, qué día
es hoy con su cara de loco indomable?

¡Váyanse al diablo!, la confusión es absoluta.

De tanto pensar en voz alta como en los orígenes,
se me caen las siete muelas del Apocalipsis
y me pongo a llorar en los brazos del Espíritu Santo,

quien me dice no llores así, a lo bestia, hijo mío,
y nunca olvides que tenemos toda la muerte
del mundo por delante, gracias a Dios, arrodíllate,

arrodillémonos como en alguna película de Federico Fellini,
y nunca olvidemos que la bendita, sí, la muy bendita
o maldita resurrección, como dicen los gringos,

nos está esperando a la vuelta de la esquina.

O dicho de otro modo: ¿cuántos pares son tres moscas?

Sin duda que un día más será eternamente un día menos.

¿Aleluya?

Sonatina alrededor de las amígdalas del sur

Cómo te atormentan las amígdalas del sur,
es decir las hemorroides de cada día

con su vaivén más o menos olímpico
y sus palpitaciones de carácter más bien religioso

donde todo puede suceder al unísono,
de acuerdo, ¿al unísono de qué?,

y en menos que canta un gallo,
bendito sea Dios, ¿en menos que canta un gallo?

Cómo nos atormentan una vez más
las amígdalas del sur, no sólo del sur,

piedad, misericordia, piedad,
misericordia, misericordia, misericordia.

¿No ven ustedes que estoy a punto
de perder la razón para siempre?

Y seréis como los dioses

Uno

¿Masturbación a falta de suicidio?

Así lo dijo no sé quién durante el siglo XIX en un suburbio de París, mientras escuchaba el sonido no muy clásico de las lluvias que iban y venían con rumbo desconocido.

Dos

“Y seréis como los dioses”.

¡No me hagan reír porque se me caen
no sólo esos dientes sino también las muelas!

Se me caen los dientes, no dejan de caerse
en lo más profundo de Vuestro Inseguro Servidor
los siete dientes del Apocalipsis, ¿setenta veces siete?

¡No me hagan reír porque corro el peligro
de morir y resucitar al unísono,
como viene ocurriendo desde el amanecer del Génesis!

Tres

Por lo que vemos, la paz no es un buen negocio.
¿No lo ha sido nunca, vaya uno a saber, no lo ha sido nunca?

¡Caos global, ojivas nucleares, caos global
como en algunos matrimonios, allí donde el amor llega
cuando ambos cónyuges han acabado por odiarse ferozmente!

Cuatro

Por acá todos cultivan el Arte de la Simulación.
Simula el perro que no es perro, sino más bien un gato
con colmillos de perro cuyos ojos de gato son todavía
invulnerables.

Por acá todos cultivan el Arte de la Simulación.
Simula el gato que no es gato, nunca lo ha sido, sino más bien
un perro
con bigotes de gato cuyos ojos de perro ¿son todavía
invulnerables?

Cinco

Ya ni sé dónde nacimos, ni el cómo, ni el cuándo,
pero me dicen el Santo Padre y eso me gusta,

aunque no siempre me gusta, como es obvio y lo confieso,
pero sea como sea es un gran honor

para Vuestro Inseguro Servidor, ayyy, me salió verso
sin el mayor esfuerzo, ¿aleluya, venid a mí, aleluya?

Y nunca olviden que aún soy Su Santidad el Lobo Sapiens,
misericordia,
misericordia, es preciso pedir siempre un minuto

de misericordia, por lo menos, un minuto inagotable
para Su Santidad que vive y trata de hacer el bien no solamente
en Roma.

Seis

Lo peor de la calvicie, como dijera durante el siglo pasado
Su Majestad el Lobo Sapiens, alias el Otro,

el Muca Muca, siempre el Otro,
¿no es más que su condición insoportablemente monótona?

Siete

Como dijo aquel filósofo, cada uno se va como puede:

—Unos con el pecho entreabierto.

Otros con lo que alguna vez fue una sola mano.

Unos con la melancólica cédula de identidad en el bolsillo,
y otros con la misma cédula, que ya no es la misma, en el alma.

Unos con la luna atornillada en la sangre, al modo
de Federico García Lorca, y otros sin sangre, ni luna, ni recuerdos.

¿Se nos va todo?

Gabriela Mistral lo dijo en aquel tiempo como nadie lo ha dicho todavía: “Se te va todo, gota a gota, se nos va todo”. Su Majestad el Lobo Sapiens, alias Cayo Valerio Lavín Cerdus o a menudo el Místico, ¡vaya uno a saber!, a menudo el ¿Místico?, se levantó hoy a las cinco de la mañana con un entusiasmo envidiable que transmite un desconcierto melancólico. Y al puro estilo de la Mistral, para decirlo coloquialmente, se puso a escribir lo de siempre, es decir lo mismo de lo mismo, aunque en prosa no muy prosaica, piedad, misericordia, como él hubiese querido, puesto que así está escrito en el aire del mundo, aunque ustedes cierren los ojos y no lo crean.

Las escrituras de la ausencia dicen lo siguiente:

“Se va de ti mi cuerpo gota a gota. Se va mi cara, lo que pudo ser mi cara, se nos va esta cara en un óleo más o menos sordo. Se van mis manos en el azogue, se nos van estos pies ya no muy míos en dos tiempos de polvo. Se te va todo, sin duda, se nos va todo hacia la nada donde a menudo es nadie el que nos está esperando, nadie o más bien nada porque la vida es así desde siempre.

“Se va mi voz que te hacía campana muy cerrada a cuanto no somos nosotros. Se van mis gestos que se devanaban, en lanzaderas,

debajo de tus ojos, ¿así se dice? Y se te va la mirada que entrega, cuando te mira, el enebro antiguo y el olmo no menos antiguo y misterioso.

“Aunque tal vez no lo creas, me voy de ti con tus mismos alientos, y como la humedad de tu cuerpo, yo también me evaporo porque así está escrito en el aire del mundo. Me voy de ti con vigilia y con sueño, paso a paso, sin hacer ruido, y en tu recuerdo más fiel ya me borro porque la vida es así: no hay nada que al fin no sea como es, aunque la misma nada se confunda, gota a gota, mientras va diluyéndose en el aire del mundo. Y en tu memoria me vuelvo como esos que no nacieron en llanos ni en sotos.

“Sangre sería yo, únicamente sangre, si me fuese en las palmas de tu labor, así como en tu boca de mosto. No mucho más que tu entraña fuese, y sería, quemada en esas marchas tuyas que no oigo, ¿qué ruido es ése?, que no volveré a oír nunca, tal vez nunca más porque la vida es así, aunque a menudo el todo y la nada son infinitamente más complejos. Como ya dije a media voz, sería quemada en tu pasión que aún retumba en la noche, aquella noche ingobernable, sería quemada como en una demencia de mares solos, cada vez más solitarios. Se va de ti mi cuerpo gota a gota. Recuérdalo, recordémoslo, recuérdenlo. Al fin se nos va todo. ¿Qué día es hoy? El brazo ya no va hacia los brazos. ¿Se nos va todo?”.

Voy y vuelvo, no se preocupen,
¡vooooo y vuuueelvooo!

¡Voy y vuelvo!, dijo en el aire del mundo aquella sonrisa.
¡Voy y vuelvo!, dijo una vez más la sombra de Jesucristo,
alias El Transparente, mientras descendía y seguirá descendiendo
de la Santa Cruz donde a menudo no hay nadie:
sólo esas lágrimas de sangre en la curva de los anteojos
cada vez más suspicaces, de Jesucristo, así es,
la curva más o menos luminosa de Nuestro Señor Jesucristo.

Susplicacia de la visión más allá de la curva
de los anteojos en aquel túnel donde aún palpitan esos lentes
aún más desconfiados que el ratón más pobre
y tal vez menos astuto, aunque parezca una mentira:
ese ratón más o menos sinuoso que se oculta y desaparece
junto al Santísimo Sacramento
en una iglesia muy antigua del sur de Hispanoamérica.

¿Qué sonrisa dirá mañana, bajo aquella luz,
como en el principio, voy y vuelvo?
No habrá última cena porque así está escrito en el aire del mundo.
La cena del origen, ¿alguno de ustedes la recuerda?,

Sí, ésa misma, está a punto de iniciarse a lo lejos,
tal vez muy cerca, vaya uno a saber, muy cerca o muy lejos.
¡Voooyyy, les ruego que no me olviden, voooyyy y vueeelvooo!

El beso polaco fue un invento de los húngaros

Sin duda que el beso polaco fue un invento de los húngaros durante la segunda mitad del siglo XIX. Lo descubrió el poeta simbolista Danubio Kalocsa en la primavera de 1869 con el apoyo de tres turcas perseverantes, de nuevo estilo, y muy entusiastas en el desliz aéreo, carnes arriba, y en el contradsliz aéreo, carnes abajo. El vaivén de una nueva geografía con ese impulso terrestre y subterráneo: el soplo de otra lengua multiplicándose por encima y por debajo de la piel, desde Estambul a Budapest, desde Budapest a Estambul, subiendo y bajando sin tregua por las orillas libidinosas del Bósforo.

Esmirna es la turca del principio: no tiene pies ni cabeza, pero en la desnudez de su cuerpo hay más audacia que en una cama turca. Eso de la no cabeza y de los pies invisibles es un decir, pues la lengua de Esmirna, como en el fuego y la gracia de una espiral, busca el espacio húmedo del beso polaco y al fin lo encuentra. Esmirna es el vuelo en vínculo con Danubio Kalocsa durante la primavera de 1869, que se abre y se cierra y se abre dando origen a un estilo nuevo. Bursa es la turca del medio: parece un pájaro celestial por su cuello tan suave y tan largo como el de todo pájaro celestial. El asunto es aún más simple que la naturaleza de un anillo. Bursa

agita de repente su lengua y Danubio Kalocsa, el simbolista de la torsión en el aire, carnes arriba, descubre la segunda variante del beso polaco: esas palpitations más al revés que al derecho, aunque con una temperatura propia que no le debe nada a nadie. Anatolia es la turca del fin: sonríe con una especie de sonrisa que va muy lejos, más allá de toda sonrisa. Es la concupiscencia transfigurada en humor, amor, humor libre. Anatolia no deja de sonreír como una niña de ojos oscuros en el Jardín de las Delicias: ella es el vuelo en la luz de Bursa y de Esmirna, la suma de todos los vuelos, carnes arriba, el desliz aéreo y de pronto el contradesliz aéreo, carnes abajo.

Ahora saca su lengua, el enjambre de sus lenguas, y va subiendo y bajando de simbolismo en simbolismo, como en Hungría, la Hungría de Danubio Kalocsa, esa Hungría que desconoce, hasta dar con el invento y la travesura del beso polaco, ese beso cuya invención le pertenece a los húngaros a partir de la segunda mitad del siglo xx. Aquel poeta simbolista tuvo el apoyo de las tres turcas perseverantes, de nuevo estilo, y muy entusiastas en el arte más bien circense del desliz aéreo, carnes arriba, y del contradesliz aéreo, carnes abajo.

Iluminaciones que van y vienen a partir de Voltaire

1

Todos van naciendo, muriendo y resucitando
cada vez más locos, ¿gracias a Dios
o más bien a las Diosas
del Génesis y del Apocalipsis?

Samuel Becket lo decía
y lo sigue diciendo desde el otro mundo,
allí donde a menudo no hay nadie
que se atreva a desmentirlo
con algunas lágrimas en sus anteojos.

Todos van naciendo cada vez más locos,
gracias a Dios o más bien a las Diosas
que se mueren y resucitan
en un ataque de risa ingobernable.

2

¿Será cierto, como pensaba Voltaire
en algún rincón de París donde aún habitan

las arañas de un color indescifrable,
que los médicos recetan a menudo medicinas

de las que saben poco, más o menos, muy poco,
para curar enfermedades del color de las santísimas arañas,

enfermedades de las que saben o a menudo no saben, cuánta
incertidumbre,
en seres humanos de los que al fin no saben absolutamente nada?

3

La única vez que mi adorada y bella esposa, en compañía
de Vuestro Inseguro Servidor, supimos

lo que era un orgasmo auténtico, mucho
muy simultáneo, para decirlo con relativo énfasis,

fue cuando el juez firmó, sin perder la compostura,
los fieles e infieles documentos del divorcio.

Sé que a Woody Allen le sucedió lo mismo
de lo mismo, ¿así se dice?, a los pies de uno

de los rascacielos más enigmáticos
de Nueva York, allí donde a menudo no habita

nadie, ni siquiera el Espíritu Santo con sus alucinaciones,
ni siquiera la madre del Espíritu Santo mordiéndose las uñas.

4

¿Al fin se nos murió Dios, el único
y tal vez el último, durante el vértigo
de un ataque de risa ingobernable?

Aprovecho esta oportunidad para decirles
con algunas lágrimas en el precipicio de los anteojos,
aunque sin mucho conocimiento de causa, humildemente:

—¡Misericordia! Venid a mí. ¿Qué día es hoy? ¡Misericordia!

5

Tal vez el tiempo no transcurre, según dicen
algunos fanáticos que aún pertenecen a la familia
de Cayo Valerio Lavín Cerdus, aquel hijo único, se supone,

más o menos único, de la Madre Teresa de Calcuta.
Ellos saben muy bien lo que dicen y por qué lo dicen,
aunque aparentemente no sepan lo que dicen que saben
y sean unos farsantes por delante y por detrás, por encima
y por debajo de todo aquello que alguna vez estuvo por encima.

¿A lo mejor el sol o más bien la madre del sol es una mosca?
¿A lo mejor la bendita o maldita tierra ya no se mueve,
aunque ustedes crean que se mueve a la velocidad del relámpago?

Algún energúmeno dijo alguna vez, casi muerto
en un ataque de risa ingobernable, que la otra ciencia
ha demostrado que yo no moriré de muerte más o menos natural:
“Así como van las cosas en este mundo, sin duda que las moscas
son ángeles en crecimiento perpetuo, aunque ustedes no lo crean.
A lo mejor la sangre de la nariz, más bien de las narices,
puesto que se trata de dos raíces en una,
es al fin una especie de bálsamo que sirve para sacarle brillo
a los zapatos de ayer, de tal vez hoy, y por supuesto de mañana”.

¿A lo mejor la carne está podrida, mucho muy podrida,
como se dice en México desde antes que existiera México?
¿A lo mejor la carne no es más que un espectáculo
de la televisión que habla y hablará por nosotros,
más bien por ustedes, cuando llegue el día del Juicio Final?

6

¿Será Vuestro Inseguro Servidor
como aquel Gregorio el Grande,
quien hizo quemar la Biblioteca Palatina
con el único propósito de que no pudieran
leerse o plagiarse más que los libros de Gregorio el Grande?

Así como van las cosas en este mundo de locura
ingobernable, ¿gracias a Dios?, el todo y la nada pueden ocurrir
a la vuelta de la esquina, vaya uno a saber, y en menos
que canta o suspira un gallo con su aspecto de criatura enigmática.

7

Al fin hemos descubierto que los prejuicios
constituyen la única razón de los tontos
que se multiplican con un entusiasmo insuperable.
No vale la pena que cultivemos las artes de la guerra
por culpa de los tontos que aún brillan a lo lejos, no muy lejos.
Como dijo no sé quien, la verdad nos llega del cielo
y el error o más bien el horror son cada vez más terrenales.

8

Ahora es Voltaire quien dice con una precisión insuperable
al analizar el rostro de una muchacha más o menos joven:

—Percibo la presencia del acné en su frente,
y pienso que dicho fenómeno se debe a la falta de sueño,
al exceso de carbohidratos y a ciertos malestares digestivos.
También aparece el acné en su nariz, debido a los trastornos
que amenazan su circulación, y hay arrugas más o menos
profundas
que son la consecuencia del abuso con el tabaco de ayer,
de mañana y de siempre.

¿Y qué decir de aquellas grietas en las comisuras de sus labios?
Todo por el desequilibrio que provoca la ausencia de vitamina B.

Ahora es Voltaire quien se ha puesto muy triste
y empieza a llorar por dentro y por fuera, como si no fuese
Voltaire.

9

¿Por qué me han crecido las orejas
de un modo tan convulso e irracional,

cuando en todo el mundo se ha confirmado
que las orejas son al fin los únicos instrumentos

más o menos racionales del bendito o maldito ser humano?
La única certidumbre es que uno se descubre en el espejo

cada siete minutos, ni un minuto más,
ni un minuto menos, y el espejo amenaza con morirse

y resucitar en un ataque de risa ingobernable
desde la bendita peluca o sin la bendita o maldita peluca,

paso a paso, con orejas muy orejudas, todavía, o sin orejas,
hasta que suene al fin la campana y aparezca

en el aire del mundo, más acá o más allá del aire
del mundo, la primera señal del Apocalipsis.

10

Qué no daría Vuestro Inseguro Servidor, alias
La Sombra de Voltaire a menudo, más bien a veces,

qué no daría por bailar a media luz con Diana Ross,
mientras Julio Iglesias nos observa todavía desde lejos

y a los pies de la bendita o maldita Tour Eiffel
donde algún día estuvimos durante el siglo pasado.

Ay, Dios mío, Dios de nunca jamás y de nadie,
¿qué se hizo al fin, dónde respira nadie, qué se hizo todavía?

Ay, Dios mío, si parece que todo hubiera ocurrido
a lo largo y a lo ancho del siglo xx, ¿casi en el xix?

Ay, este corazón amargurado, para decirlo al modo
de aquel Brasil nuestro de cada día donde nunca estuvimos,

aunque Brasil viaja en nosotros desde mucho antes que existiera
Brasil en el sinuoso aire del mundo, y seguirá viajando.

11

Quienes saben de estos asuntos, aseguran
con lágrimas en sus anteojos
o más bien en lo más profundo de sus ojos
porque todavía no se han inventado los anteojos,
que la bendita o maldita duda
no es un estado muy agradable, pero la certidumbre
es un estado cada vez más sinuoso y ridículo.

Lo sabemos por experiencia propia e impropia,
y así viene ocurriendo desde el amanecer del Génesis.

12

Aquel 3 de octubre de 1752 le escribí al conde de Argental
con una melancolía que parece venir de muy lejos:

—He perdido mis dientes, casi todos, más bien todos,
y sin saber cómo ni cuándo, como por arte de magia pura,
tal vez impura, empecé a escribir de un modo más bien
incomprensible
para mi época donde nadie se atrevería a decirnos
que Su Majestad la Razón
es una virtud sospechosa que jubilosamente se pierde razonando.
¿Me estaré muriendo al por mayor o al por menor o por debajo
de la mesa
donde a menudo no habita nadie, ni mi gato, ni siquiera mi sombra?
Confieso que el bendito o maldito sol, como dirán en el porvenir,
no es mucho más que una mosca en el aire del mundo,
mientras el tiempo no transcurre y la tierra no se mueve,
¿por qué habría de moverse la tierra si el tiempo no se mueve?
Alguien dirá en el futuro con conocimiento de causa,
que a lo mejor las moscas son ángeles, no hay duda, fatalmente
ángeles
o algo por el estilo, y que la sangre de narices, todavía,

sigue siendo muy buena para lustrarse los zapatos
de tacones más bien altos, aunque no mucho, como los míos.
¿A lo mejor mi carne y la de ustedes no dejará de pudrirse, paso
a paso?

13

Quienes saben de estos asuntos, paso a paso, todavía,
dicen que somos desdichados por lo que nos falta,

pero no somos felices por las cosas que aún tenemos:
dormir, alumbrarnos, bailar bajo la luz de aquella luna

que no sólo parece de oro, muy cerca o muy lejos,
sino que más bien es oro en toda su pureza e impureza.

Permítanme que insista en el fenómeno de dormir, esa costumbre
o más bien el arte de dormir como nuestros padres y abuelos.

Pudiera ser que el arte de dormir no lo haga a uno más dichoso
en este mundo de locos sin consuelo, pero no dormir
es insoportable.

14

Le escribí al duque de Richelieu el 3 de junio de 1771:

—Confieso que todavía soy una especie de Don Quijote de la Mancha, y sigo inventando pasiones para ejercitarme con un entusiasmo cada vez más profundo que me deslumbra.

15

Le escribí a la condesa de Lutzelbourg el 4 de junio de 1757:

—¿Qué hacer entonces, mi muy estimada señora?
Cultivar su campo y su viña, pasearse
por las alamedas que uno mismo ha plantado con júbilo,
tener un buen alojamiento con muebles que otorgan felicidad,
no alejarse mucho de los buenos vehículos, comer muy bien,
leer y releer buenos libros, vivir o convivir con gente decente el día
a día, y no pensar en la muerte ni en las maldades de los vivos.
Sin duda que los necios sirven a los reyes, mientras los sabios
se divierten y gozan de un reposo inolvidable, como si fuesen
niños.

16

Le escribí a D'Alembert el 21 de mayo de 1760:

—Muy querido filósofo, ahora y siempre.
Después de considerarlo todo bien, muy bien,
me atrevo a pensar que la filosofía del inolvidable Demócrito

es finalmente la única buena, sí, muy buena.
El único partido razonable en un siglo cada vez más ridículo,
es cultivar la ciencia o más bien el arte de reírse de todo,
empezando por la ciencia de reírse de uno mismo.
Como usted puede ver, he tomado el partido de la risa
y solamente quisiera morir en tres segundos, riéndome sin piedad
como un niño que al fin lo sabe todo, ¿qué día es hoy?, lo sabe todo.

17

A estas alturas, sólo es posible ver a los devotos
que van y vienen a lo largo y a lo ancho del mundo.

Pero ¿dónde se ocultan los sabios? ¿Dónde
están las almas tolerantes, justas e inquebrantables?

18

Acerca de la tortura física y no sólo física,
me permito decir hoy lo siguiente:

—Aquel magistrado que compró con algún dinero
el derecho de hacer semejantes experiencias con su prójimo,
le cuenta a la hora de la cena a su mujer
lo que ha pasado esa mañana.
La primera vez, todo fue muy tenso y la señora se ha sentido

muy asqueada, pero en la segunda
ya empezó a tomarle el gusto porque después de todo
las mujeres son curiosas, válgame Dios, las mujeres son muy
curiosas.

A partir de entonces, lo primero que le dice a su marido
cuando llega a casa con la toga puesta, es lo siguiente:
ayyy, cariñito, ¿no has hecho hoy torturar a nadie?

19

Nuestro mundo que nunca ha sido nuestro, ¿por fortuna?,
seguirá siendo el gran teatro donde la misma tragedia
o más bien tragicomedia, se representa bajo nombres diferentes.

20

La gente de letras que al fin da un mayor servicio
al pequeño número de seres pensantes
aún esparcidos por el mundo, son los letrados que se aíslan,
los verdaderos sabios más o menos ocultos en sus gabinetes,
quienes no argumentan en los bancos de las universidades
ni se dan el lujo de decir las cosas a medias a lo largo
y a lo ancho de las academias donde todo puede ocurrir.

Casi todos han sido perseguidos por motivos más bien oscuros.
Nuestra miserable especie está constituida de tal modo
que los que aún marchan por el camino más trillado, siempre
arrojan piedras y no sólo piedras a quienes enseñan un camino
nuevo.

21

A la margravina de Bayreuth, el 28 de marzo de 1752:

—Salud, señora, pensad sobre todo en vuestra salud.
Eso es al fin lo único que tiene importancia.

Salud, señora, piense usted que la belleza, el ingenio,
la grandeza y el don de gustar, todo eso, sin duda, todo eso
se pierde no sólo en los pies sino también en la cabeza
cuando se digiere mal, muy mal, espantosamente mal.

A fin de cuentas, es el estómago quien designa a los felices.

22

Sumergido en el azar de la calle más o menos sinuosa,
aparece de pronto el azar de la muy bella
señora con aspecto de muchacha rubia.
Pero no, alguien en mí sospecha desde lo más profundo

que no, que tal vez nunca, sin duda que no es aquella muchacha
rubia.

Lo único cierto es que la otra era en otra calle, ¿así se dice?,
en otra ciudad, paso a paso, y diríamos que yo era otro.

Ahora me pierdo repentinamente de la visión inmediata
y no sé, tengo dudas, ¿seré aquel Voltaire de siempre, todavía?

Es una gran ventaja recordar intransigentemente.
Ahora siento mucha pena por no haber visto a la otra muchacha
nunca más, pero quién sabe, tal vez las dos muchachas, ¿así se dice?,
no son más que una muchacha muy sola cuya virtud principal
es saber o al menos sospechar que este mundo, ese teatro
del orgullo y del error, está lleno de desdichados
que hablan de felicidad sin saber muy bien lo que dicen
o lo que piensan.

¡Sin duda que es una gran ventaja llevar el alma al revés!
Al menos, dirán en el futuro, se escriben versos de muy variada
temperatura.

Se escriben versos, tal vez se pasa por loco, se escriben versos
y después por genio, si cabe, se escriben, vaya uno a saber,
se pasa por loco y después por genio, si cabe
y hasta no cabiendo, vaya uno, ¿maravilla de las celebridades?

Decía yo, aún Voltaire, que al menos se escriben versos,
pero dicho fenómeno en relación con alguna muchacha
rubia, más o menos rubia, ¿pero cuál?

Recuerdo que había una que vimos hace mucho tiempo
en otra ciudad, así es, en otra ciudad o más bien en otra calle,
y hubo ésta que descubro en este mismo instante,
pero en otra especie de calle que al fin nunca es la misma
porque los extremos de lo real se multiplican sin saber el cómo
ni el cuándo.

¿Todos los recuerdos no son al fin el mismo recuerdo?
¿Todo lo que fue es la misma sombra?
Sospecho que un transeúnte, ¿así se dice?,
nos está observando con un asombro
que parece venir de muy lejos, todavía.
¿Estaré yo, aún Voltaire, dibujando versos con gestos y muecas
que van del aire al aire, paso a paso, con algo de ingenio?
Como algunos climas, mi ingenio es cálido al mediodía
y más bien frío por la tarde, no muy lejos del crepúsculo.

Solamente yo, en cierto modo, no soy lo mismo, el mismo
instante.

Y al fin este fenómeno, más bien estas palabras, ¿no son lo mismo
de lo mismo?

23

Aún vamos por este mundo que no es más que un teatro
donde se cultiva a pierna suelta el error, el orgullo y el horror.

Aún nos deslizamos entre una multitud de desdichados
que solamente hablan de la felicidad a la vuelta de la esquina.

24

El hambre, la sinuosa peste y las guerras que van y vienen
sin misericordia, son los tres ingredientes más famosos
a lo largo y a lo ancho de este mundo que se pudre sin elegancia.

25

De pronto me despierto en aquel siglo que tal vez ya no existe
y pienso que es absurdo mantener por medio de delatores y verdugos
la religión de un atribulado Dios al que los verdugos asesinaron.
Es casi tan contradictorio como acaparar los tesoros de los pueblos
y de los reyes en nombre de ese mismo Dios que nació y vivió
en la pobreza.

Más adelante veremos lo que ha sido la Inquisición en España
y en otros lugares, y hasta qué punto el exceso de barbarie
y la rapacidad de algunos hombres se han extendido por el mundo.

26

Aquel 3 de junio de 1771, bajo la llovizna intermitente,
le escribí al duque de Richelieu un mensaje muy breve:

—En medio de todas mis pasiones, siempre he detestado el vicio
de la ingratitud. Y si le debiera un favor a Su Majestad el Diablo,
hablaría muy bien de sus cuernos, antes que fuese demasiado tarde.

27

¿La inmortalidad? ¡Qué fenómeno con tantas ramificaciones!
¿La inmortalidad?
La razón me ha enseñado que todas las ideas les vienen
a los hombres
y a los animales por medio de los sentidos, y no puedo
interrumpir la risa
cuando me dicen que los hombres tendrán ideas, aunque
ya no tengan sentidos.
Cuando un hombre ha perdido su nariz, por ejemplo, esa nariz
perdida
forma parte de él en tan escasa medida como la estrella polar.
Si pierde todos sus miembros y sin duda ya no es un hombre,
¿no resulta un poco extraño decir entonces
que aún le queda el resultado de todo lo que ha perecido?
No estoy dispuesto a decir que tiene ideas después de su muerte

o que sigue comiendo y bebiendo más allá de su desaparición física.
¡Cuánta inconsecuencia en una visión semejante!
Lo cierto es que ha hecho falta el paso de muchos siglos
para que alguien se atreviera a formular una suposición
tan asombrosa.

28

La mayor desgracia del hombre de letras
no es quizá ser objeto de la envidia de sus colegas
o víctima de los contubernios, o más bien despreciado
por los poderosos de este mundo cada día más inundo.
Lo peor es ser juzgado por los tontos y los hipócritas.
No hay duda que los tontos llegan a veces muy lejos,
sobre todo cuando el fanatismo se une a la inepticia
y la inepticia se une al espíritu de venganza.
Pienso también que la gran desgracia de un hombre de letras
es ordinariamente la de no depender de nadie.
Un burgués compra cualquier pequeño empleo
y ya está defendido por sus colegas.
Si se comete una injusticia en su contra,
encontrará inmediatamente sus defensores.
El hombre de letras, sin embargo, carece de socorro
y va pareciéndose cada vez más a los peces voladores:
si se eleva un poco, los pájaros lo devoran.

Si se hunde, nadie le tiende una mano y se lo comen
los demás peces.

29

Mientras quemaban a un fanático por el delito
de afirmar que sólo él fue y aún es el Espíritu Santo,

alias Cayo Valerio Lavín Cerdus
o más bien Su Majestad el Lobo Sapiens,

el caballero de La Ferté hizo el siguiente comentario:
“¡Qué mala suerte tuvieron y aún tienen en esa familia!”.

30

Muy querida amiga Madame de Champhonin,
cuando transcurre aún el 28 de septiembre de 1739:

—Lo cierto es que París no deja de ser un abismo
en el que se pierden la tranquilidad y el recogimiento del alma,
sin los cuales la vida no es más que un tumulto importuno.
No vivo apenas. ¿Así se dice? Aún soy llevado, sí, arrastrado lejos,
muy lejos de mi propia sombra por torbellinos, y voy, vengo,
y ceno hoy
en una punta de la ciudad para cenar mañana en la otra.

De una reunión con tres o cuatro amigos íntimos, me levanto
y vuelo hacia la Ópera o la Comedia con el propósito de ver
curiosidades
como si yo fuese extranjero, o más bien abrazar a cien personas
en un solo día,
presentar y recibir cien excusas, no tener ni un solitario instante
para uno mismo, ni el tiempo para imaginar o escribir o pensar
o tal vez dormir.
Aunque usted no lo crea, me siento como aquel anciano
que murió ahogado bajo el peso de las muy bellas flores
que le arrojaban.

31

A D'Alembert, de buen humor, el 6 de enero de 1761:

—Que la paciencia esté siempre con ustedes, paso a paso,
y nunca dejen de ir o volver a carcajadas por el camino
de la verdad.

32

A D'Aquin de Chateau-Lyon, el 22 de diciembre de 1760:

—Algunos señalan en el aire del mundo, aún en estos días,
que yo dije alguna vez que todos los hombres

han nacido con una porción igual de inteligencia.
¡Dios me libre de haber escrito nunca semejante falsedad!
Desde que tenía doce años siento y pienso todo lo contrario.
Adivinaba ya desde entonces el número prodigioso de cosas
para las que no tengo ni el más mínimo talento.
Vuestro Inseguro Servidor sabía que sus órganos
no tenían ninguna disposición para que yo avanzara
demasiado lejos en el reino cada vez más laberíntico
de las matemáticas.

33

Somos máquinas. No somos más que máquinas ¿desde el origen?
También somos sentimientos, pasiones, gustos, modos de pensar,
talentos, modos de hablar o de andar, todo nos viene
yo no sé cómo, tal vez nadie lo sabrá nunca, todo es como las ideas
que van apareciendo desde la profundidad de los sueños:
todo nos viene sin que hagamos nada de nuestra parte.
Al fin somos máquinas. No somos más que máquinas ¿desde
el origen?

34

Al país donde tú vayas, pregunta qué hacen,
cómo los tratan, quién los viste, cuánta luz

en el agua tan clara y tan oscura,
¿comen aún, sonríen, cantan, se van

comiendo por encima y por debajo,
quién los desnuda, se bañan, quién los viste

por encima y por debajo del mundo,
aun cuando esto último no pasa de ser una locura,

quién les ofrece la comunión del principio y del fin,
quién nos asegura que seguirán viviendo eternamente?

Que los locos sigan cantando, venid a mí, que los locos
no dejen de cantar, venid y vamos todos, que los locos sigan
cantando.

35

Casi todo es lamentable y cruel, dijo mi madre
con algo de asombro y felicidad, así lo dijo

desde el interior de aquella semilla
transfigurada en un insecto luminoso.

¡Qué náusea, hijo mío, qué náusea!
¿No deberíamos guardar un millón de minutos de silencio?

36

Aún cultivas el arte de morderte
a ti mismo la cabeza de uno mismo

con premeditación, ventaja y alevosía,
como si viviéramos en los tiempos de Adán y Eva,

cuando Caín y Abel se mordían por encima y por debajo
de la mesa , ¿cuál mesa si por acá no hubo nunca

una mesa o algo por el estilo, se entiende,
o ya no se entiende brutalmente nada?

37

Nunca le des la espalda a la oscuridad:
corres el peligro de que se te aparezca

Su Majestad el Lobo Sapiens, alias el Místico
o más bien el Antropófago que no deja de morderse

las uñas de las manos y los pies con un entusiasmo
envidiable, de los mil demonios, como en aquellos días

del Jardín de las Delicias, cuando el canibalismo
era más bien un espectáculo circense.

38

Al fin uno se repite a cada instante, no deja de repetirse uno
después de morder su propia lengua con algo de melancolía

y románticamente, pues así está escrito, romántica y sinuosamente
en las aguas de aquel cielo más hondo, así como en las alturas
del océano.

39

Si nos olvidamos de vivir,
podríamos aprender a vivir.

Si nos olvidamos de aprender,
podríamos aprender a aprender.

Si nos olvidamos de respirar,
podríamos aprender el arte

de resucitar como Dios manda, sabiamente.

Si nos olvidamos de morir, podríamos

aprender el arte de morir como Dios manda,
muriendo de risa y resucitando a cada instante.

Si nos olvidamos de no olvidar,
y esto no es un juego de palabras,

podríamos aprender a no aprender
como Dios manda, con alegría y entusiasmo.

Si al fin nos olvidamos de ser felices,
corremos el peligro de ser más felices que nunca.

40

Después de escribir a su modo *La náusea* con mucho estilo,
mi madre fue cerrando los ojos como si aún estuviera pensando
en Madame de Champhonin, cuando aún transcurre el 30
de septiembre de 1740:

—Casi todo se ha vuelto lamentable y cruel. Me atrevo a decirlo
así, una vez más, desde el interior de aquella semilla
transfigurada en un insecto luminoso.
¡Qué náusea, hijo mío, qué náusea tan angelical y diabólica!
¿No deberíamos guardar un millón de minutos de silencio?

¿El sol de la fotosíntesis?

Hace más de cuarenta años, Elena Poniatowska dijo que Su Majestad el Lobo Sapiens tenía una estrella en la frente, más allá del abismo de la frente. Ahora también aparece aquel esplendor de un paisaje solar, nuestro sol de la fotosíntesis, aquel sol de naturaleza muy fecunda en el abismo más o menos sinuoso de tu frente: un horizonte que divide al cielo del infierno.

Algunos creen que aún perteneces a la tribu de los chamanes más antiguos, aquellos que han perdido sus dientes y van muriéndose al por menor como Voltaire, según la carta que fue enviada al conde Argental el 3 de octubre de 1752. Puede ser, ¿por qué no?, ya casi todo es posible, pero quién sabe.

Y Elena Poniatowska se nos aparece una vez más, de improviso, como si fuera un arcángel extraviándose de toda órbita: una luz común, a veces, paso a paso, pero muy distinta.

Es muy posible que al fin sean los latidos de otra fotosíntesis, vaya uno a saber, los latidos, vaya uno, ¿los latidos de otra fotosíntesis?

Al país donde vayas, pregunta de inmediato qué hacen,
cómo los tratan, quién viste a los locos, cuánta luz en las aguas
no muy claras y tan oscuras, ¿comen aún, sonríen, lloran,
se atreven a cantar de gemido en gemido,
cantan al fin o se van comiendo los unos a los otros por encima
o por debajo, con lenguas o ya sin lenguas, colmilludos
o más bien desdentados, acolmilladamente, se van comiendo
los otros
a los unos por debajo o a los otros por encima, con luz o ya sin luz,
quién los desnuda, quién les ofrece la comunión del principio
y del fin de los tiempos, cuando se supone que todo
palpitaba frágilmente por encima o por debajo de todo,
quién los viste y los desnuda una vez más, quién les ofrece al fin
la comunión de los orígenes, aquella del principio
y del fin de los tiempos, quién nos asegura
que seguirán viviendo o más bien sobreviviendo libremente?

Que los locos sigan cantando, sigamos cantando
como aquellos niños que algún día fuimos y algún día seremos,
puesto que así está escrito en un círculo de fuego, alrededor
de la Vía Láctea.

Vámonos con Speak Low, vámonos sin olvidar la sonrisa
de Voltaire,
vámonos, *oh amore mio per sempre*, vámonos entonces, ahora

o nunca, vámonos junto al sonido elegante de Cal Tjader
y Poncho Sánchez en la Sala Nezahualcóyotl de la UNAM, amor mío,

¿nos vamos al fin, de *latin jazz* en *jazz* latino, vámonos, ahora
o nunca,
vámonos al fin del aire del aire, *oh mon amour* de labios

sinuosamente dulces, más bien agridulces, amor mío, nos vamos
o nos quedamos para siempre junto a la belleza del sonido?

Elogio de Silvana Tarantino

Silvana Tarantino fue tu novia durante algunos años. Era pelirroja, tenía ojos de color ámbar, y un rostro oval, sagrado y oval, como de clítoris sumergido en su enigma: ese órgano minúsculo y eréctil, aquella voz griega ubicada en la parte superior de la vulva. Confieso que no sé por qué digo lo que digo, pero lo digo porque presiento que no me queda otra alternativa que decirlo como lo he dicho. La vida es como es, ni modo, la vida es así. Y ahora tomo distancia de mi propia e impropia sombra para decir lo siguiente: siempre creíste que el vocablo clítoris mantenía un vínculo semántico y más o menos clandestino con los primeros instrumentos oftálmicos de la humanidad. Efectivamente, clítoris significa “oftalmoscopio septentrional”. Es decir, un aparato para medir las evoluciones e involuciones del humor vítreo.

Silvana no sabía nada de este asunto. Y contigo era oftálmicamente amorosa, un poco traviesa, casi una niña que jugaba con el rabillo de sus ojos a la perfección. Una muchacha eréctil, sin duda, sin la más mínima, sin ninguna duda y de pupilas muy grandes. Qué niña tan gatuna y casi febril en su entusiasmo de guiñarte la retina, el cristalino y la córnea sin ningún esfuerzo. Sus impulsos eran silvestres, ingenuos, como el de un arcángel recién nacido. ¿Así

se dice? La verdad es que Silvana Tarantino fue tu novia durante algunos años.

Cada vez que aparecen las moscas zumbantes, vaya uno a saber, ¿se dice así?, de zumbido en zumbido y en la región más acuosa de tus ojos, piensas y no dejas de seguir pensando en los labios de Silvana, aquel rumor más allá de sus labios, aquel suspiro en lo más profundo del clítoris oblongo, y al fin sollozas y sollozas porque sí, porque no, porque tal vez, por todo lo que pudimos haber sido. Al fin sollozas como sucede a menudo con las pupilas melancólicas de algún animal diurno o nocturno, que para el caso es lo mismo, mientras el crepúsculo se desmorona y va cayendo como un castillo de naipes, para utilizar una comparación metafórica imperdonable en la vida y la obra de Vuestro Inseguro Servidor, alias Su Majestad el Lobo Sapiens, quien tiene aún la certidumbre de saberlo y dominarlo todo, casi todo, sin dominar ni saber al fin absolutamente nada.

Aparición de Juventina Longotoma

Juventina Longotoma, mi maestra de canto, no sólo de canto lírico, me preguntó con algunas lágrimas en aquel desliz más o menos pendular de sus anteojos:

—¿Es posible cantar y seguir cantando muy cerca o muy lejos, más allá, casi más allá del tiempo y con la boca profundamente cerrada?

Yo estuve a punto de informarle que sí, vaya uno a saber, que tal vez, vaya uno, que casi todo es milagro, y que el secreto reside en la espera del momento preciso.

Mientras tanto, la maestra Longotoma empezó a estornudar sin mucho estilo y fue quitándose las medias de color azul, un azul más bien agridulce, así es, un azul casi celeste, poco antes de volver a los estornudos sin mucho entusiasmo.

—¿A qué familia pertenece el ornitorrinco
desde la antigüedad más antigua,
y cuando tal vez todo estaba en todo?

—Yo no lo sé, nadie en mí lo sabe de cierto,
querida maestra de los ojos sublimes,
pero nos queda el consuelo de que la moneda
siga colgando del aire, gracias a Dios, del aire al aire, todavía.

¿Qué hacer, entonces, cuál es el camino?

¿Cuál es el árbol genealógico de Su Majestad el Lobo Sapiens,
alias el Otro, siempre el Místico, alias el Otro?

¿Cuál es al fin la etimología
de la muy lujuriosa etimología?

¿Saben ustedes, como dijera en el siglo pasado
y con elegancia casi decimonónica
no sé quién, a qué familia de los insectos
de cuatro patas pertenece aún la muy célebre vaca?

¿Qué hacer, entonces, cuál es el camino?

Sólo pamplinas por encima de la línea de flotación
de Su Majestad el Ombligo.

Sólo pamplinas por debajo de la línea de flotación
de su Majestad el Ombligo.

¿Saben ustedes, como dijera en el siglo pasado
y con elegancia casi decimonónica

No sé quien, a qué familia de los insectos
de cuatro patas pertenece aún Su Majestad el Lobo Sapiens,
alias el Místico, siempre el Otro, alias el Místico?

¿Cuál es al fin la etimología
de la muy lujuriosa y antropofágica etimología?

¡Puras pamplinas, váyanse al diablo, y más pamplinas!
En un ataque de incertidumbre y entusiasmo,
soy capaz de morderme las uñas de los pies.

¿Qué hacer, entonces? Umbilicalmente, ¿cuál es el camino?

Diez razones para atreverse a dormir desnudo

1

Se supone que científicamente es el hábito más higiénico a lo largo y a lo ancho de la Historia Universal, aunque existan los disidentes que científicamente piensan todo lo contrario. Sea como sea, con lucidez más o menos lúdica o sin ningún tipo de lucidez, podríamos aceptar que permanecer desnudo durante el sueño evita el desarrollo de bacterias y de hongos. Charles Baudelaire llegó a saberlo por experiencia propia, aun cuando estuvo a punto de morir de una pulmonía insuperable en el otoño de 1853 al sur de la ciudad de París. Cuando uno duerme con muchas prendas encima no sólo de su cuerpo sino también de su espíritu, el ambiente facilita la aparición de algunos bichos como los ácaros, sobre todo cuando nuestra cama está muy caliente. No olvidemos jamás que la temperatura propicia la aparición de todo tipo de bichos cuya felicidad es envidiable, aunque algunos todavía no lo crean.

2

Hay algunos indicios desde la prehistoria o aun antes, en el sentido de que cultivar el arte de la desnudez durante el sueño, mejora ostensiblemente la memoria. Si el cuerpo se siente más fresco que nunca por el ejercicio no siempre muy privado de permanecer desnudo durante el sueño, lo más probable es que más allá de la mejoría en la memoria, la vejez, o más bien su fantasma, no aparezca nunca por estos territorios donde lo real y lo irreal se multiplican con júbilo, mucho sentido del humor, y una alegría de vivir que no reconoce límites.

3

Dormir desnudo, muy desnudo, dormir con esa magnífica desnudez colgando de las pestañas, provocará en nosotros o en ustedes, lo cual es al fin lo mismo de lo mismo, un aumento en la producción de oxitocina, esa hormona del amor que eleva nuestro optimismo por encima de todos los límites provocados por el sentimiento religioso, más bien confesional, o fanáticamente antirreligioso, aunque no menos confesional. ¿Entendido? ¿Se entiende o no se entiende? Porque así como van las cosas, Vuestro Inseguro Servidor está a punto de no entender ni lo uno ni lo otro, ¿gracias a Dios?, es decir absolutamente nada.

4

La desnudez, a lo largo y a lo ancho del hábito de dormir cuando el sueño se nos viene profundamente encima, es un buen aliado para bajar de peso, más bien esa pesadumbre no sólo en los dominios de lo carnal sino también de lo espiritual, que al fin, según y cómo, puede convertirse en lo mismo de lo mismo. Sin duda que un cuerpo radiante y más o menos fresco está en condiciones de controlar el cortisol, esa hormona que previene no sólo el aumento de la presión arterial, sino también el colesterol, me gustas cuando callas ¿porque estás como ausente?, lo cual evitará que despertemos muy ansiosos y con ganas de comernos por encima y por debajo a medio mundo, o incluso al mundo entero por sus cuatro esquinas o más bien por sus cuatro puntos cardinales que a menudo son más de cuatro, como es obvio, ¿y hasta las últimas consecuencias?

5

Dormir desnudo, muy desnudo, mucho muy, como también dicen algunos filósofos de vanguardia, nos da una sensación de libertad que puede colindar con el despotismo ilustrado y no solamente ilustrado. La autoestima se vuelve aún más erecta que todo lo humano, es decir lo salvajemente erecto, y entonces uno empieza a bailar en la punta de los pies y no se siente cohibido, como lo revelan algunas postales fotográficas de la primera mitad del siglo xx. ¿O más bien de la segunda mitad?

6

Si cultivamos el Arte de Dormir Desnudos a partir de este momento, es muy posible que recuperemos al fin, vaya uno a saber, la eterna juventud por la que dieron su vida nuestros padres en un sacrificio inútil. Ay, Dios mío, cómo nos cambia la vida, cuando parece que estábamos a punto de descubrir la Verdad, así es, el origen de la Verdad en sus cuatro puntos cardinales que siempre fueron más de cuatro, como es obvio.

7

¿Qué deberíamos hacer, entonces, para que brille con luz propia una muy buena circulación sanguínea por todo el mapamundi del cuerpo? Se nos ocurre la siguiente sugerencia: eviten que los elásticos del pijama presionen alguna parte de vuestros cuerpos e impidan la circulación expedita, ¿así se dice?, de la sangre nuestra de cada día.

8

Por su parte, como decían y aún dicen los clásicos, por su parte, como decían y aún dicen, por su parte, al estilo James Joyce, la temperatura fresca, sí, la muy fresca temperatura al no tener encima del cuerpo esa amenaza más o menos constrictiva del pijama, todo

fluye y se vuelve muy propicio para que los niveles de azúcar se mantengan dentro del estatus y la salud de ustedes y de Vuestro Inseguro Servidor sea un fenómeno inolvidable, como de campeonato mundial.

9

El Arte de Dormir Desnudos, entonces, ya casi al fin del decálogo, piel con piel, es la causa de una liberación de oxitocina que protege al músculo cardíaco y reduce las fluctuaciones de la insidiosa presión arterial.

10

Y acerca del acné, ¿qué podemos decir que no sea una invención sin fundamento científico? Digamos que al dormir desnudos nuestra piel puede respirar libremente por dentro y por fuera, así es, por encima o por debajo de sí misma, ayudándonos a vivir con júbilo y protegiéndonos cuando por allí aparezcan las malas vibraciones. Eso es todo, casi todo, por el momento, y vámonos a vivir con ese entusiasmo que no tiene un principio y tal vez no tiene un fin, como en los orígenes, cuando todo estaba en todo y teníamos toda la luz del universo por delante para vivir y seguir viviendo, más bien viviéndonos ¿por los siglos de los siglos?

Especulación más o menos filosófica a partir de la sangre de las arañas

¿Aún es transparente la sangre de las arañas?

Algunos especialistas aseguran
que sólo el 30% de las personas que aún respiran
a lo largo y a lo ancho de este mundo
que jamás ha sido nuestro, por fortuna,
puede mover libremente sus fosas nasales.

Otros especialistas aseguran sin ocultar su entusiasmo
y más allá de cualquier tanto por cierto,
que los perros son mencionados 14 veces
a lo largo y a lo ancho de la *Sagrada Biblia*,
y los gatos brillan por su ausencia, injustamente.

Asimismo, se sabe muy bien que durante
la eyaculación que no es víctima de la precocidad, los hombres
expulsan el semen a más de cuarenta y cinco kilómetros por hora.

Después de tantas iluminaciones científicas,
¿aún es transparente la bendita o maldita sangre de las arañas?

Variaciones cervantinas

Ya lo dijo don Miguel de Cervantes Saavedra
con una lucidez insoportablemente camaleónica:

¿Qué gana un antviejo con hacer antigimnasia?

¿Qué ganará con antihablar por el antiteléfono?

¿Qué ganará con hacerse antifamoso?

¿Qué gana un antviejo con mirarse al antiespejo?

¡Nada, hombre, por Dios, nada de nada
o más bien antihundirse en el antifango!

Ya son las antitrés o las anticuatro de la antimadrugada.

¿Por qué no antitrata de quedarse antidormido?

Pero no, antinó, dele con hacer antigimnasia.

Dele con los antillamaditos de antilarga antidistancia.

Dele con antiBach, con antiBeethoven, con antiTchaikovsky.
Dele con las antimiradas más bien antiturnias al antiespejo.
Dele con la antimaldita antiobsesión de seguir antirrespirando.

¿Antilamentable? Antimejor sería que antiapagara la antiluz.

Ayyy, antiviejo antirridículo le dice su antimadre.
Eres antiexactamente igual a tu antipadre.
Él antitampoco quería antimorir sin antidarse cuenta del antitodo
y la antinada.

Dios te dé la antivida para andar en el antiauto.
Que el AntiDios te dé la antivida para antihablar por el antiteléfono.
Dios te dé la antivida para sentir el antiplacer de antirrespirar
no sólo por la antinariz.
Que el AntiDios te dé la antivida para antienterrar a tu antimadre.

Antialabada sea tu antimadre, antibendito sea el AntiDios
que nos está antiesperando con los antibrazos antiabiertos.

¡Te quedaste antidormido, antiviejo cada vez más antidormido!
Pero el antianciano no piensa en antidormir de un antimomento
a otro antimomento.
Se antirruegaaa, ¿así se dice?, no anticonfundir antillorar
con antidormir.

Aproximación al crecimiento de las inolvidables orejas y las no menos inolvidables amígdalas

*Al espíritu de Hugo Gutiérrez Vega
que siempre nos observa y no deja de sonreír
mientras va escuchándonos con el júbilo y la sutileza
de su melancolía que parece venir de muy lejos, ahora y siempre*

1

Cómo me han crecido por fuera y por dentro
las benditas o malditas orejas, amor mío.

Mucho más la oreja del Génesis,
la del sinuoso amanecer, que la otra,
la crepuscular y dubitativa oreja del Apocalipsis.

Cómo nos han crecido por dentro y por fuera,
se supone que a través de un túnel,
las orejas del principio y del fin del mundo.

De cualquier modo, la noche va deslizándose
sin perder su equilibrio hacia el amanecer.

2

Aún te molestan con relativo entusiasmo
las amígdalas del sur, un poco más,

un poco menos, aún te molestan
como en un zigzag cada vez más enigmático

las amígdalas del sur, es decir
las hemorroides del bien y del mal,

mientras el mundo gira sin rumbo fijo
y seguirá girando a la deriva

como en aquel amanecer del Génesis
con almorranas o sin almorranas,

para decirlo arábigamente
y con la más absoluta elegancia de espíritu.

3

Sin mucho esfuerzo, me convertí en el quiropráctico
más inútil, así es, el más inútil del mundo,
pero lírico, ¿qué día es hoy?, pero mucho muy lírico.

Nadie en mí sabe por dónde continuar precipitándonos
sin mucho estrés hacia el fondo de estas escrituras
donde nadie podrá saber el cómo y el por qué, afortunadamente.

Y a propósito de cualquier posible despropósito, como dijera
Fernando Pessoa con algunas lágrimas en el abismo de sus anteojos,
¿qué diablos significa desde aquel tiempo la palabreja despropósito?

Nadie en mí lo sabe de cierto y ni siquiera lo supongo,
pero la vida es así, ya no hay duda, la vida es lo que es, una cosa
muy linda y muy misteriosa, ¿vámonos con la música a otra parte?

4

Se supone que nunca estoy solo.
Me acompaña desde antes de nacer

aquella soledad de brazos caídos y pupilas muy agudas
que habitualmente se esconde bajo el abismo de la cama

y desde allí se burla de nosotros sacándonos la punta,
no sólo la punta de la lengua donde a menudo no estoy,

y todo eso con un entusiasmo cada vez más envidiable.
Aunque la soledad podría ser absoluta, se supone, yo nunca estoy
solo,

vaya uno a saber, cuando sabemos que al fin nadie sabe
a ciencia más o menos cierta, ¿qué significa nada, qué significa
nadie?

5

Dulce María Carabobo nació al sur de Venezuela
y a veces nos escribe con esa melancolía

tan suya, paso a paso, tan de profundis,
que más bien parece un juego inoxidable

por dentro y por fuera, como en aquellos tiempos
donde nuestra juventud fue siempre

un fenómeno aún más inoxidable que aquel juego
más o menos sutil que parecía inoxidable, aunque no lo era.

6

Con inocencia salvaje
o sin inocencia salvaje, lo mejor de tu vida

a lo lejos, muy cerca o muy lejos, contigo en la distancia,
lo mejor de tu vida ¿me lo he llevado yo?

¿Alcanzas a ver, amor mío, cómo estoy llorando
por dentro y no sólo por dentro?

Confieso, y tú lo sabes desde siempre, confieso
que sólo contigo aprendí a ver la luz del otro lado de la luna.

Nunca olvides, entonces, amada mía, nunca olvides, después
de casi todo, que yo soy y por siempre seré el que más
te ha querido.

7

Para vivir como un niño feliz
no necesitas nada, ni la vida misma.

Para sobrevivir como un viejo feliz,
lo necesitas todo, casi todo:

aquella luz, el soplo de aquella luz,
toda la luz del mundo, bendito
el soplo, toda la luz del mundo

y la presencia, la ausencia, milagrosamente
la presencia de aquel niño feliz, muy feliz,
bienaventurado el impulso, la vida misma.

8

Ya no crees ni en Su Majestad la Lotería,
lo cual es grave, mucho muy grave.

No creer en la Lotería, según dicen algunos científicos,
es tan peligroso como dejar de creer en la luz de la Divinidad.

9

Cuando te corten el pelo,
que te lo corten desvanecido de atrás.

Si no te lo cortan desvanecido de atrás,
no habrá pachanga, simón, agarra la onda.

Si no la agarras no habrá mongas ni morongas. ¿Entendido?
No seas gacho, nacho, yo sé muy bien lo que digo, de bolón pimpón.

10

Hoy amanecí convertido en el Santo Padre
que no puede controlar sus nervios
y se ríe a mandíbula batiente,
como aún dicen los clásicos:

hoy amanecí convertido en la luz del Santo Padre,
quien no deja de sonreír y de llorar como un niño, por si las moscas.

11

“Que Dios nos libre de la lujuriosa locura de Dios”,
dijo la bellísima mientras iba mordiéndome
no sólo el pasado sino también el porvenir
en la punta, no sólo en la punta de la enigmática lengua.

“Olvídate de Dios y no cultives
la obscenidad con la mano en la cintura”,
le dije a la bellísima de labios agridulces,
mientras íbamos desapareciendo
más allá de la sinuosa línea del horizonte.

12

Desde que llegaste a la Ciudad de México,
lo has repetido sin tregua y con misericordia:

todo el amor para los jubilados, ahora mismo,
por el amor de Dios, todo el amor, ahora

y en la hora, todo el presupuesto, la gracia
del amor diurno, vespertino y nocturno, el soplo,

todo el soplo de Dios, toda la gracia,
venid a mí, toda la sabiduría, ¿qué día es hoy?,

ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo,
es decir antes que sea demasiado tarde.

No olvidemos que los jubilados allá en el fondo,
con su desconcierto, son el futuro de la patria, la luz de cada día.

Vámonos tocando de jazz en jazz, de bolero
en bolero hasta el fin del mundo

Aunque ustedes no lo crean, yo nací en Puerto Rico
y te seguiré queriendo aunque tú no me quieras,

oh amore mio per sempre, no te vayas,
no me abandones, ¿qué día es hoy?, vámonos

tocando, paso a paso, inmóviles,
vámonos tocando de *jazz* en *jazz*, vámonos

de bolero en bolero y hasta las últimas
consecuencias, vámonos en violines y trompetas

y saxofones que sonrían y acabarán burlándose
de nosotros, ven a mí, ¿por qué no vienes?, baila

conmigo, no llores, amor mío en el aire del mundo,
ya no llores, baila, bailemos hasta el fin del mundo

y no sólo de nuestro mundo que nunca ha sido nuestro,
por fortuna,
¿qué día es hoy, alguno de ustedes sabe qué día es hoy?, vámonos

tocando de *jazz* en *jazz*, vámonos de bolero en bolero
y hasta las últimas consecuencias, no llores, ¿se dice así?, vámonos,

ohhh amore mio per sempre, cosa más linda,
vámonos tocando, ¿qué día es hoy?, así se dice, ¿vámonos tocando?

Mientras piensas en Voltaire
y escuchas “Contigo en la distancia”

Mientras piensas en Voltaire
y escuchas, no dejas de escuchar y sigues

escuchando a Cheo Feliciano en “Contigo en la distancia”,
vas cayéndote paso a paso desde aquel vuelo palpitante

de la santísima piel hacia el abismo del alma
donde algún día, ¿lo recuerdas?,

vivíamos abrazados, aún más abrazados que jamás nunca,
y lo real no dejaría de seguir siendo aún más palpitante

que en aquel tiempo de los orígenes, cuando todo está a punto
de volver a ser lo que algún día fue, lo que somos

o tal vez fuimos, ¿lo recuerdas?, mientras vas descubriendo
que sólo es Cheo Feliciano el que aún piensa

en Cayo Valerio Lavín Cerdus cuando Su Majestad el Lobo Sapiens
no deja de llorar y seguir llorando por encima

y por debajo de la piel del mundo, no deja de llorar por dentro
mientras la vida transcurre a lo lejos, me voy en luz, muy lejos,

¿nos vamos o nos quedamos, más y más lejos, contigo
en la distancia, nos vamos de luz en luz, paso

a paso, y hasta la victoria, cuál victoria de qué, de cuál siempre?,
contigo una vez más en la distancia, *oh amore mio*

per sempre, dicho al itálico modo, ¿nos vamos al fin con la música
de Voltaire o de Feliciano a otra parte, nos vamos al fin o nos
quedamos?

Dionisia López Cayuso y el más allá de la cabeza

A Dionisia López Cayuso también le pica la cumbre,
vale decir el más allá de la cabeza, mientras se le ocurren
algunas ideas más o menos subrepticias,
como dicen los técnicos, o caprichosamente luminosas,
vamos por partes, por ejemplo, vamos por partes:

- 1) ¿A qué se debe que se haya puesto de moda
el Arte de la Decapitación en privado y en público
a lo largo y a lo ancho de la República
donde nuestros niños aún corren y cantan
como en aquellos días luminosos de Gabriela Mistral?
- 2) ¿Por qué somos como somos, el desorden
también tiene su encanto, por qué no dejan
de multiplicarse, ohhh Dooos, las fosas no solamente
clandestinas?
- 3) ¿Sabe alguno de ustedes por qué no aparece en el aire,
sí, del aire al aire, la Sagrada Virgen de Guadalupe,
como hubiera dicho el fantasma itinerante de Pablo Neruda?

4) Qué difícil es no hacer nada. ¡Ni nada ni nadie!

Se requiere de muchísimo talento. ¿Ni nada ni nadie?

Qué difícil es no hacer nada, todavía.

5) Mientras voy peinándome la barba

más o menos femenina

por encima o por debajo de sí misma,

pienso en el futuro de la humanidad

con algo de inquietud, asombro y melancolía

sin pies ni cabeza, como en aquellos tiempos,

cuando tal vez todo estaba en todo,

aunque al fin nada estuviera en nada.

6) De trapisonda en trapisonda nos vamos,

como decían los antiguos, nos vamos

alborotándolo todo, con lenguas más o menos locas

o sin lenguas, a chiflidos, balbuceando,

balbuceándolo todo por encima

o por debajo del mundo, allí donde una voz

dice sin prisa y a media voz, como desde lejos:

“Una red de miradas mantiene unido al mundo”

y no lo deja caerse. ¿Qué día es hoy, qué noche de qué día?

Una red de miradas mantiene unido al mundo, buscándolo,
iluminándonos, buscándolo sin tregua.

Una red de miradas mantiene unido al mundo.

7) Nariz bella en 35 segundos. Ni uno más, ni uno menos.
Ahhh qué nariz tan bella con el corrector Espíndola.
No deje de estirar con júbilo y optimismo el labio superior,
y empuje ligeramente el corrector nasal
dentro de la fosa todavía más nasal que el corrector,
procurando que éste no se mueva de la punta de la nariz.

Ejecute la misma operación en la otra fosa
que deberá ser idéntica a la primera fosa:
si ambas fosas son iguales entre sí, como Heráclito
nadando en las aguas convulsas de aquel río
y aquel río nadando en las aguas convulsas de Heráclito,
el mundo podría dormir, entonces,
dormir y seguir respirando con menos incertidumbre.

Cuando llegue el momento de sacar el corrector Espíndola
con el extractor nasal, enganche el lado B del corrector
y jale sin vértigo hacia afuera, como lo sugiere
Santa Ludovica de la Nariz Inagotable: la única Santa
que nasalmente gobierna el mundo con sabiduría
y todo al fin se alumbra, venid a mí, sin duda que todo
al fin se alumbra.

Algunas visiones en el Día Internacional del Huevo

1

Ingrata, locatis y méndiga,
¿por qué te muerdes las uñas de los pies
con ese entusiasmo ingobernable?

Vámonos tocando *jazz* por encima
y por debajo del oblicuo y vaporoso ombligo.

Ayyy, ingrata, ¿será mejor, mucho mejor
que sigamos pecando por una eternidad?

2

Por debajo de la mesa, Vuestro Inseguro Servidor,
alias Hernán Rodrigo Lavín Cerdus,

es capaz de ir y venir por este mundo
de locos sin consuelo acariciando tus rodillas

con una maestría aún más juvenil y seductora
que la del célebre maestro Armando Manzanero,

cuya naturaleza le permite avanzar
en círculos más o menos concéntricos

por encima o por debajo del agua
donde a menudo no habita nadie.

3

Aunque ustedes piensen furiosamente
lo contrario, hoy es el Día Internacional
del Huevo, sin duda, el Día de Su Majestad el Huevo.

4

¿Cómo se llama al fin, después de casi todo,
el pellejo de uno o la piel de la oreja,
para decirlo paso a paso y nerudianamente?

¿No tiene nombre, todavía, el cutis
que va rodeando nuestro ombligo
donde no deja de palpitar la antigüedad más antigua?

5

Aunque ustedes se muerdan las uñas y todavía no lo crean,
aquí somos especialistas en ocultar lo visible,
paso a paso, no solamente lo visible.

6

Sin duda que lo que al fin tú haces
no es más que una burla de lo que haces.

Si reconoces que así es, ¿por qué te empecinas como un loco
y sigues haciendo lo que aún crees que haces, aunque todo es inútil?

7

Sea al fin como fuese o como sea, para decirlo
con algún eco del español antiguo,

hoy es el Día Internacional del Huevo, aunque ustedes
piensen lo contrario, pues ya no existe la certidumbre

científica, vaya uno a saber, más o menos científica,
de que hoy sea el Día Internacional del Huevo

con todas sus ramificaciones no sólo semánticas
a lo largo y a lo ancho de este mundo

que no deja de girar con un entusiasmo envidiable,
aunque al parecer todo, por lo visto, se nos está cayendo

a pedazos, con huevos más o menos ovals, vaya uno a saber,
unos ovoides
de naturaleza un tanto longilínea o más bien circunspectos
o lanceolados,

como hubiese dicho con estupor y algo de júbilo don Francisco
de Quevedo y Villegas,
mientras al fondo y no muy lejos, todos se matan
con un entusiasmo insuperable.

¿Nuevas instrucciones para cantar?

Puede que sí, puede que no, puede que sin embargo, como hubiese dicho Su Majestad el Lobo Sapiens después de comunicarse por vía telepática con el cadáver de Julio Cortázar, ese cadáver no propiamente exquisito y lleno de mundo con inmundicia o sin inmundicia, lo cual no se aleja mucho de aquella moneda que aún cuelga y seguirá colgando del aire donde habita el mundo en su conducta más o menos cotidiana de rotación y traslación. ¡Vámonos girando, venid y vamos todos, vámonos girando? Sea como sea, no dejen de respirar. ¿Será posible? Ya no se muerdan las uñas de las manos y de los pies a lo bestia, ¿será posible?, y no dejen o mejor dicho no dejemos de respirar.

Un buen síntoma sería que empiecen por romper los espejos de su casa. No hay duda. Es posible. Y cuando digo casa me estoy refiriendo a la casa de ustedes, como es obvio, aunque toda obviedad puede ser al fin una bendición o un suplico insoportable. ¿Están listos? Bien. ¿Estamos listos? Ahora dejen caer los brazos, más bien esa simulación cada vez más esquelética de los brazos. ¿Se entiende o no se entiende? ¿Verdad que sí, tal vez no, verdad que sin embargo? ¡Vaya uno a saber, cuando se supone científicamente que todo no es mucho más que una especie de gran desmadre antropofágico! ¿Vaya

uno a saber? Supongamos que se entiendo todo, caramba, casi todo. Supongamos que toda suposición no es mucho más que una especie de tortura insoportable.

Sea como sea, olvídense y canten una sola nota, una especie de agujijón solitario, el agujijón de los equilibristas, y escuchen por dentro, no sólo por dentro, y por fuera. O dicho de otro modo: hagan un esfuerzo por olvidar que están cantando en el túnel de una sola nota, la más solitaria de las notas que se estremece y palpita por fuera y por dentro. ¿Se entiende? ¡Está claro, mucho muy, muy mucho, está clarísimo! ¿Cómo que a veces no se entiende? Cante, siga cantando, cante. Y si oye, pero esto ocurrirá después, no mucho, quién sabe, mucho después. Y si oye algo así como un paisaje sumido en el miedo de los orígenes, cuando se suponía que todo estaba en todo, pero con hogueras deslizándose entre las piedras de la más variada fisonomía, donde no sólo las piedras se dan el lujo de aparecer elegantemente en cuclillas, y si oye algo así como un paisaje sumido en el miedo de los orígenes, creo que estará muy bien encaminado. Sospecho que casi todo está muy bien encaminado. Sucederá lo mismo, no hay, ya no hay duda, sucederá lo mismo de lo mismo: es decir, la paulatina aparición en el escenario de un río por donde bajan algunas barcas pintadas de amarillo y de negro, vamos bien, vaya uno a saber cuánta virtud en el negro y cuánta potencia en el amarillo. Lo mismo, casi lo mismo ocurrirá si usted oye por algún lado un sabor de pan o un tacto de dedos o una sombra de caballo persiguiendo a su yegua.

Ya casi hemos llegado al fin. ¿Todo por servir se acaba, como decían los antiguos? Después cómprese algunos solfeos, qué palabrita, y por favor no deje de cantar por la bendita o maldita nariz, para decirlo a la mexicana, y deje en paz a Robert Schumann, es decir a Cayo Valerio Lavín Cerdus, el primero y tal vez el último, alias el Místico.

Aparición de la bendita o maldita inspiración bajo las costillas de Jesucristo

¿Se nos murió la bendita
o maldita inspiración y estoy velándola?

¿Se nos murió al fin la maldita
o bendita inspiración a lo lejos,

bajo las costillas de Jesucristo
mordiéndose las uñas de las manos,

y estamos velándola en lo más profundo del aire,
mientras todo parece transcurrir a lo lejos, del aire al aire?

¿Se nos murió la maldita
o bendita inspiración mientras Jesucristo

resucita a lo lejos, enfermo de ternura, visionario
y con algunas lágrimas en el abismo de los anteojos?

Viaje alrededor del sillón que fue acusado
por faltarle el respeto a una silla

Aunque ustedes sigan creyendo que no estoy muy bien
de mis facultades perceptivas, les informo
con precisión científica, no solamente científica,
que a mí también me sucedió lo que algunos dicen
que al fin me sucedió durante un largo viaje a Santiago de Chile.

Sólo allí pude comprobar que la ciudad de Santiago se nos va
y se nos viene oscilando en el aire, así es, del aire
al aire como un péndulo, y carece de alguna mitología
que la sostenga.

¿Será por eso que alguien se atrevió a decir
en su poema “Violación” lo siguiente?

“Un sillón acusado
por faltarle el respeto a una silla
alegó que la silla
había sido la culpable de todo
se desnudó por propia iniciativa
mientras yo conversaba por teléfono

qué quería que hiciera señor juez
pero la silla dijo violación violación violación
y el acusado fue declarado culpable
aún más culpable que Su Majestad el Lobo Sapiens,
alias el Hijo de la Madre Teresa de Calcuta
o a menudo el Otro, el Muca Muca, sí, el Muca con Peluca, siempre
el Otro”.

Aunque ustedes sigan creyendo que Vuestro Inseguro Servidor
no está muy bien de sus facultades perceptivas,
no sólo perceptivas, les aseguro
que a mí también me sucedió lo que algunos dicen
que fue sucediéndome durante aquel largo viaje a Santiago
de Chile.

¿Nos vamos de bolero en bolero?
¿Nos vamos o nos quedamos?

Aún estamos muertos allá en el fondo, casi muertos
de risa, nuestra risa, esa risa que sube y sube
en espiral, mientras el mundo
gira y gira en su bellísima locura.

Me voy en luz, ¿nos vamos, amor mío
y de nadie, puesto que todo es nadie, finalmente,
nos vamos, nos quedamos, ¿nos vamos o nos quedamos?

Todo se ha vuelto muy confuso, ¿quién habla?,
no es fácil descubrir quién habla cuando se supone
que uno es el que habla.

Y al fondo aquella música que vuela hacia nosotros desde Puerto Rico.
¿Cheo Feliciano una vez más, Héctor Lavohe o Ismael Rivera?

Ayyy, amor mío, de bolero en bolero me voy, nos vamos,
me voy en luz más allá de las montañas que aún se deslizan
y llegan a nosotros desde Santiago de Chile.

¿Aún me quieres, luminosa desde el fondo, me quieres
a partir de la elegancia o más bien la zozobra de tus labios dulces,
vamos bien, tus labios agridulces, como sucede
aún con alguna sonrisa
más o menos oculta del Espíritu Santo?

Aplausos para Jesucristo

Estoy muy cansado, con los ojos llenos de lágrimas,
y ya me voy a dormir en este mismo instante.

De cualquier modo, y antes que sea demasiado tarde
en el insólito camino que al parecer no termina con la vida,

pido un aplauso, venid a mí, pido un aplauso inagotable
para Nuestro Señor Jesucristo que hoy nos acompaña:

¿Honor a quien honor merece? Que levanten su mano izquierda,
es decir la mano del corazón, los que digan
¡honor a quien honor merece!

Pido tres aplausos, la Santísima Trinidad en los aplausos
cuyo único propósito
es viajar hacia el torbellino de luz de Nuestro Señor Jesucristo.

Aproximaciones más o menos umbilicales a Fernando Pessoa

1

Una vez más te digo que practiques el bien: más acá o más allá del bien.
¿Qué ganaríamos con eso, por encima o por debajo del mundo?
¡Nada, gracias a Dios, no ganaríamos nada!
Ni dinero, ni amor, ni respeto, ni siquiera la paz del Espíritu.
Lo más probable es que no ganes nada de eso.
¿Entonces por qué vuelvo a decir lo que una vez más te digo
sin los brazos abiertos? No entiendo por qué te digo
que practiques el bien,
cuando sabemos que muy poco ganas con esa conducta.
¿Valdrá la pena continuar por debajo o por encima
del mismo mundo?

2

Aún dicen por ahí que el bien es una especie de mal necesario.
Se supone que si no tuviéramos la oportunidad
de conocer el mal por dentro y por fuera,
aquel mal no sólo con su aspecto de bien por fuera

y por dentro, perderíamos la brújula
y no sabríamos qué hacer en este mundo.

Por todo ello, el bien es en sí mismo un mal,
y es muy necesario para conocer profundamente el mal.
Como ustedes pueden ver, es un mal necesario.
Queda entonces demostrado no sólo en público,
que el mal podría ser estrictamente un bien necesario.

3

Ojalá quisieran los dioses que Su Majestad el Destino tuviera
un Destino.
Por ahora estoy triste, no es fácil descubrir lo que piensan
mis pensamientos.
¿Alguna vez el Destino podrá acercarse al Espejo de su Destino?
¡Ojalá quisieran los dioses que Su Majestad el Destino tuviera
un Destino!

4

Alguien dijo alguna vez con algunas lágrimas en el abismo
de sus anteojos
muy semejantes a los anteojos del Espíritu Santo:

—Todos tenemos algunos momentos de envidiable futurismo,
como cuando tropezamos con una piedra
sin saber científica o filosóficamente para qué puede servirnos
una piedra.

5

Ya nadie en mí recuerda cuándo fue la última vez
que hice o más bien estuvimos a punto,
¿quién habla?, de hacer algo por primera vez.

6

¿A qué familia pertenece la vaca?
¿Sabe alguno de ustedes cómo se llaman las alas de los insectos?
¿A qué familia pertenece el bendito o maldito ornitorrinco?

Su Majestad el Lobo Sapiens no lo sabe de cierto,
como sin duda hubiera dicho Jaime Sabines,
y ni siquiera lo supongo, ¿venid a mí?, ni siquiera lo supongo.

7

¿Exactamente todo lo contrario?
Así como van las cosas en este mundo,

pensar es un abuso imperdonable.

¿Algo así como el mayor abuso de confianza?

De pronto no se me ocurre nada, sin duda, ni la Nada

se me ocurre otra vez, ¡Aleluya! Dios habita en ustedes. ¿Aleluya?

8

Sin duda que es posible cantar y no sólo cantar

con la boca herméticamente cerrada, como Dios en aquel tiempo.

Sin duda que el fenómeno llamado espejismo, todavía,

es algo maravilloso e insoportable por su crueldad:

nos permite ver no solamente lo que somos

sino además, paso a paso, lo que pudimos haber sido.

9

¿Sabe alguno de ustedes para qué sirve la poesía,

ese registro mortal de la inmortalidad,

y para qué sirve la antipoesía, vale decir

para qué sirve ese registro que al fin se diluye

en lo mismo de lo mismo, sabe alguno de ustedes
lo que tal vez ninguno de ustedes sabe, todavía,

es decir Todo, para qué sirve casi Todo,
más bien la Nada con el Todo a cuestas?

10

La broma más perfecta de Dios o más bien de las Diosas
que tal vez lo sospechan todo sin saber absolutamente nada,

es transmitirnos la sensación de todo lo contrario,
lo cual es un milagro aún más milagroso

que todos los milagros, y esto no es un juego de palabras
ni un eco del inolvidable Cantinflas.

11

Solamente el Todo sabe muy bien, desde antes de su alumbramiento
de locura ingobernable, que olvidarse del Todo
es más bien el principio de toda purificación.

12

¡Sálvense los unos a los otros, aunque sea demasiado tarde?
Estoy cada vez más contento, y nadie sabe en mí o en mi sombra
por qué estoy como estoy: ¡violenta e insoportablemente contento!

13

A estas alturas, con sol o con lluvia, ya nadie sabe
lo que tal vez supo algún día: nada de nadie y de nada.

¿Honor a quien honor merece, para decirlo a lo bestia?

Ya ni Bernardo Soares sabe en mí lo que fuimos o pudimos
haber sido
en aquel tiempo, cuando algunos suponían que Todo estaba
en Todo.

14

Se supone que luego de permanecer afuera, voy entrando
y alguien en mí se dispone, según algunos indicios, a cerrar
la ventana
por dentro y por fuera, ¿más por fuera que por dentro?
¡Vaya uno a saber! Supongamos que entro y cierro nuevamente
la ventana.

Como lo hemos dicho en varias oportunidades, entro,
más bien voy entrando y me dispongo, por segunda vez,
que siempre
corresponde a la primera, me dispongo, como dije, a cerrar
la ventana
por fuera y por dentro, ¿más por dentro que por fuera?
Ahora traen el candil, como alguna vez se dijo, y dan las buenas
noches.

Y mi voz alegre, no mucho, más o menos alegre, también da
las buenas noches.

Ojalá mi vida, no sólo la mía, sea siempre esto que aún es:
un día lleno de sol, o suave de lluvia, o tempestuoso
como si se acabara el mundo, ¿cuál mundo si aquí no hay mundo?
La tarde suave y los grupos que pasan, mientras son observados
con algún interés por la ventana, ¿alcanzan a percibir la silueta
en la ventana?

Observen aquella última mirada más o menos amiga que sube
y sube hacia el sosiego de los árboles, y después, ya casi sin ventana
o mejor dicho cerrada por encima y por debajo la ventana,
el candil encendido.

Cuánto júbilo al no leer nada, así es, ni siquiera la nada misma
por encima
o por debajo, allí donde a menudo no hay nadie, así es, nada de
nadie y de nada:
ni dormir ni sentir la vida corriendo en mí, de sombra en sombra,

a través del desliz más o menos sinuoso de mi sombra,
y a pesar de todo sentir la vida corriendo en mí como un río
por su lecho, y afuera ese gran silencio de Dios
durmiendo paso a paso, todavía.

15

¿Cuánto cuesta morir en la Ciudad de México?
¡Vaya uno a saber!, dijo Pessoa cuando todavía no era
Fernando Pessoa.

Eso dicen que llegó a decir cuando todavía no era el que llegó a ser,
paso a paso.
¿Cuánto cuesta resucitar en la Ciudad de México, sin deslizarse
por el túnel de la muerte?

La verdad es que el muerto debería seguir un curso para aprender,
sin complejo
de culpa, todo lo necesario en esta materia ondulante, resbaladiza,

tal vez lúdica allá en el fondo del amor, ¿qué ruido es ése?,
allá en el fondo, y ponerse vivo, muy vivo, insoportablemente
vivo.

16

Alguien viene a decirnos que en alguna de las calles más antiguas
de Lisboa
acaban de descubrir a un ratón filosóficamente vivo,
aunque no mucho,
es verdad, un ratón que pudiera llegar a ser como aquel personaje
de cuyo nombre ya ni me acuerdo, ¿tal vez Cayo Valerio
Lavín Cerdus,
de quien se dice que con júbilo y suspicacia no ha nacido todavía?

17

Aquel músculo cardíaco navega por dentro
en un mar cada vez más sinuoso y lleno de neuronas
por dentro y por fuera, como en los orígenes.

Así vamos navegándonos los unos a los otros,
del aire al aire ¿como una red vacía?
Digámoslo una vez más, paso a paso:

—Nunca pienses en lo que vas a hacer.
Qué bruto eres. Nunca pienses y no lo hagas.

18

Cuánta voluptuosidad habita en aquel arte
de hacerle justicia a un adversario.

No es muy difícil iluminarnos por dentro
y descubrir que uno mismo es al fin el adversario.

Pero quién sabe, vaya uno a saber, ayúdenme y nunca olviden
que a cada instante me tropiezo con una piedra, ayúdenme.

Mis primeros 970 años

Nunca olvidaré que al mediodía de ayer cumplí mis primeros 970 años.

Un año más que el simpático Matusalén, aquel abuelo

del mismísimo Noé nuestro de cada día, el de los orígenes,
y hoy me siento aún más joven que Su Majestad el Lobo Sapiens,

aquel inteligentonto que a juicio de Su Eminencia
Cayo Valerio Lavín Cerdus, lo sabe todo desde los benditos

o malditos orígenes, como dirían en gringolandia, lo sabe todo
sin saber, gracias a Dios, absolutamente nada.

Y eso es todo por hoy, supongamos que mañana será otro día,
¿y eso era todo?

Se despide de ustedes con algunas lágrimas en los anteojos,
Cayo Valerio Lavín Cerdus, alias el Amigo de los Humildes
al que mucho le gusta jugar a las escondidillas
a salto de mata y escondiéndose de sí mismo,

aunque difícilmente de su sombra, el Inocente
o más bien el Gran Simpático que tal vez lo sabe todo
sin saber al fin, gracias a Dios,
jocosamente nada.

Recuerdos de infancia

Cuando yo nací bajo aquel árbol bellissimo
de hojas neuróticamente amarillas,
mi madre doña Graciela Cerda D'Amico,

la pianista de los dedos muy largos
y toda la melancolía del mundo,
dijo con una felicidad envidiable y casi póstuma:

—¡Qué niño tan hermoso por dentro y por fuera!
Lo veo y no lo veo, como si fuese una aparición celestial, sin duda,
un fenómeno más bien del plástico, aunque decir plástico

es decir la más hermosa o la más soberbia estupidez,
ya que el plástico no existe
y no es más que otra dimensión de lo irreal ocultándose en lo real.
No sé lo que me sucede, pero sospecho que hay algo diabólico

y muy alegre en sus ojos de ternura insuperable,
gracias a San Judas Tadeo
y a Santa Rita de Cascia, la única Santa, como ustedes saben,

que cuando la tocamos grita, así es, ¡grita hasta por debajo
de la lengua y del ombligo!

Memoria del niño que corre por encima de las piedras azules

¿Cómo resucitar bajo el desliz de aquellas nubes si tú no me besas
ni me miras a la velocidad de un lentísimo rayo de luz?,
más cerca que de lejos, aunque no hay lejos,
nunca habrá lejos si tú me miras y me besas
como se besaban nuestros padres
en otra dimensión de lo real, antes de que fueran nuestros padres
y también antes de la lentísima velocidad de aquel rayo
de luz que ya no existe, ¿alguien
sabe algo de aquella luz, quién se atreve
a saber algo todavía sobre la velocidad
de aquel rayo de luz que tal vez ya no existe?

No soy más que en el espacio de la infancia, esa música
de la infancia convertida en tiempo, y el tiempo
es aquella luz de una velocidad cada vez más lenta
como la sonrisa de Dios deslizándose entre las nubes
donde al besarme ni me besas y al mirarme ni me miras
porque todo es infancia desde lejos, con aquella luz o aquella sombra
de Dios, pérdida de lo real cada vez más lejos,
como lo sabía Friedrich Hölderlin o más bien Scardanelli

subiendo mientras bajaba por la escalera casi invisible
de la casa del carpintero y ebanista Ernst Zimmer, junto a las aguas
profundas del Neckar, bajando mientras subía
sin saber que solitariamente subía, al modo de otro Friedrich,
aquel Nietzsche cuya espuma viene del vértigo, ese Nietzsche
que palpita
y seguirá palpitando desde aquella voz que también es otra
dimensión de lo real,
y en aquella infancia tan próxima y tan lejana ya no hay nadie.

Bueno, si mi padre no es más que un fantasma
desnudo en los brazos desnudos
de mi madre, todo va bien y el mundo puede estar tranquilo,
avanzando y retrocediendo como las palpitaciones
de las galaxias en el pasado, cuando el pretérito
no existía y el mundo no era este salto
al vacío que aún llamamos desde lejos mundo, ¿quién se atreve
a imaginar o descubrir lo que será tal vez mañana el mundo?,
nadie dice nada porque sólo la nada existe, piadosa
y cruel, aun cuando esta vieja filosofía es el mejor estímulo
para irnos cayendo desde la piel al alma
y morirnos de risa, se me olvidó que te olvidé, se me olvidó
que ya no estás, ¿por qué no me besas
o al menos me miras a la velocidad de un lentísimo rayo de luz?,
se me olvidó que ha llegado el momento de morir
o más bien de resucitar en un ataque de risa y más risa

como si fuéramos cayendo de círculo en círculo, ya lo dijo
Dante Alighieri, cayéndonos una vez más desde la piel al alma
donde el fuego en los latidos de su luz no desaparece nunca.

Todavía soy ese niño que va corriendo más allá del río entre
las piedras,
infinitas piedras azules en cuyo espacio se levanta el Museo
de Bellas Artes
con su juego luminoso y sombrío, la sombra de una cúpula
deslizándose a través de los castaños, mientras el perfume
de las rosas blancas y amarillas viene de aquella fuente
donde el agua es inmortal como la primavera que no transcurre,
así como tampoco transcurre la perspicacia de los zorzales
o el púrpura en los ojos de las palomas a media altura, no muy lejos
del río Mapocho, allí donde no estoy ni respira mi sombra
desde que no estamos, ¿quién aparece
y desaparece a lo lejos en aquella casa de la calle Loreto 6,
cuando la abuela Nora no descansa
y sigue haciéndonos la señal de la cruz con su pañuelo blanco
desde aquel balcón cubierto de flores insoportablemente
amarillas e invisibles?

Nadie vive allí, todavía, nadie, pero la supervivencia es aún más real
que otras dimensiones de lo real, todo es antiguo
y nadie vive allí porque el allí es el vértigo de una espiral invisible
desde donde nadie habrá de volver para contarnos la historia

de la primera mirada y del primer beso bajo el desliz de aquellas
nubes
cuyo único fin es seguir siendo nubes de color ámbar,
aunque el ámbar es a menudo tan invisible como aquella espiral
donde mi madre
no es más que la hija vertiginosa en los brazos
de mi padre con todo el amor del mundo, aun cuando ya no haya
mundo
a partir de la desgarradura en la voz de Hölderlin,
¿quién cantará desde el equilibrio de un acorde no muy clásico
por nosotros, mientras dure el instante de júbilo
donde aquel nosotros no sea más que la imagen de una memoria
intermitente
que va desapareciendo, de latido en latido, hacia la Eternidad?

Descubrimiento de la lluvia

Dicen que mucho antes del descubrimiento de la lluvia,
las mujeres se bañaban con el polvo
que algunos reconocen como la luz de las estrellas.

Dicha forma de bañarse fue siempre un enigma
y las mujeres bailaban y reían sin descanso
como si la fiesta no tuviera un final en este mundo.

Melancolía y asombro en aquellas noches del origen,
cuando la lluvia era otra dimensión del pensamiento utópico
y bailábamos en el polvo con los senos desnudos,
como si la resurrección no sólo de la carne fuese posible, todavía.

Dirán que mucho antes del descubrimiento de la lluvia,
las mujeres desconocían el odio
y observaban la velocidad de las estrellas
cuya luz no era todavía un fenómeno de naturaleza metafísica.

Algo de temor en aquellas noches del origen,
cuando el amor y el odio no existían más allá del simulacro

de algunas mujeres que bailábamos sin culpa,
después de vislumbrar que la resurrección era un alumbramiento
cuyo misterio se originaba en la más absoluta inocencia.

Aquel viaje en burro

Aunque ustedes no lo crean
y piensen que Vuestro Inseguro Servidor

amaneció más loco que de costumbre, les aseguro
que sí se puede ir al Más Allá, pero en burro, solitariamente

en burro, que al fin es el único animal supersónico
que nos queda en este mundo ingobernable y diabólico

por un exceso de inteligencia no propiamente emocional.
Olvidense de lo que son, lo que fuimos y seremos algún día,

olvidense hasta del olvido que aún se burla de lo que somos
y pudimos haber sido antes del Génesis, mucho antes

del amanecer un tanto convulso, eléctrico, misterioso,
cuando el Todo y la Nada vivían en un abrazo y bailaban

como nuestros padres y abuelos, con ese entusiasmo
que es pura vida
multiplicándose al estilo de aquellos zancudos cristianos

que caminan y caminan y seguirán caminando sobre las aguas
más o menos convulsas hasta el amanecer del Nuevo Génesis.

Sucede que me canso

Aunque ustedes piensen lo contrario y no me crean, sucede que me canso de ser mujer y de ser hombre, dice a través de una sonrisa un tanto desmayada María Luisa Botafumeiro. Así lo dice con algunas lágrimas en sus anteojos de moldura dorada, luego de morderse los labios con un estilo más bien decimonónico. Dime que sí, dime que no, dime que sin embargo. Un estilo que surge con exuberancia repentina e insuperable.

Sucede que me canso de ser y no ser, como en aquellos días del siglo pasado. Al menor descuido, yo también me voy hacia los cines y las sastrerías y los juegos donde el porvenir no es más que un sistema de ojos cada vez más inquisitoriales. Ahora empiezo a sentirme como un cisne de fieltro navegando en un agua de origen y ceniza. ¿Quién lo dijo así, tan de repente, durante el amanecer del siglo pasado, como yo he vuelto a decirlo desde São Paulo? ¿Lo digo ahora y lo repetiré porque todo, incluso la vida, se repite sin misericordia, como suele ocurrir con los cisnes de fieltro?

¿Es verdad que el olor de las peluquerías en cualquier rincón el mundo nos hace llorar a gritos? Sucede que me canso de casi todo, sin duda, de ser mujer y de ser hombre, sonrío María Luisa Botafumeiro con las mismas lágrimas en sus anteojos de moldura

dorada, dime que sí, luego de morderse una vez más los labios con un estilo más bien decimonónico, dime que no, dime que sí, dime que tal vez no, ¿mañana será otro día?, dime que sin embargo, dímelo todo a través de un estilo que surge con exuberancia repentina y puede llegar a convertirse en un fenómeno más bien ingobernable. Ya ni sé lo que digo, pero voy repitiendo lo que una voz desconocida me dicta desde el aire donde todo se mantiene en calma:

—Sólo quisiera no ver establecimientos ni jardines. Ni mercaderías, ni anteojos, ni maniqués, ni agujas, ni escarabajos deslizándose, ni flores de aspecto carnívoro, ni ascensores que suben y bajan sin saber que ascienden y descienden, como viene ocurriendo con la naturaleza de los ascensores cuyo aspecto no está muy lejano de lo carnívoro desde que el mundo es mundo. Sucede que me canso de mis pies y mis uñas y mi pelo y mi sombra. Sucede que me canso de ser mujer y de ser hombre, dice María Luis Botafumeiro con algunas lágrimas en sus anteojos de moldura dorada, luego de morderse los labios con un estilo más bien decimonónico, dime que sí, dime que no, dime que tal vez sí, dime que todo es posible. ¿Mañana será otro día? ¡Vaya uno a saber! Sin embargo sería delicioso asustar infinitamente a un notario de ojos cada vez más profundos, como al borde de un precipicio. Asustarlo con un lirio cortado o dar muerte a una monja de la Sagrada Concepción a través de un golpe de oreja. Sería muy hermoso ir por las calles con un cuchillo verde o más bien púrpura, dando gritos hasta morir de frío.

Uno al fin se cansa de todo, así es, del todo y la nada, sonrío María Luisa Botafumeiro. Cada uno se va cansando de ser mujer y

de ser hombre con algunas lágrimas en el abismo de los anteojos. São Paulo crece y crece como algunos animales nocturnos, y yo no sé qué puedo hacer con estas lágrimas que nunca me abandonan. No quisiera seguir siendo raíz en las tinieblas: vacilante, tiritando de sueño, hacia abajo, en las tripas mojadas de la tierra, absorbiendo y pensando, comiendo y comiendo y comiendo muy triste, cada día. No quiero para mí tantas desgracias. Ni para mí ni para nadie, así es, cacofónicamente hablando al modo de los orígenes. No quisiera continuar de raíz y de tumba, como dirán en el porvenir. Ya no quiero ser una bodega con muertos, una bodega donde todo se pudre y va muriéndose de pena en la oscuridad. Lo más probable es que en un futuro no muy lejano, como en el siglo que ya se fue, dirán que el día lunes arde al estilo del petróleo cuando me ve llegar con mi cara de túnel, y aúlla en su transcurso como una rueda herida, y da pasos de sangre caliente: no más de siete pasos hacia la noche más profunda. Y nos empuja a ciertos rincones, a ciertas casas húmedas, a hospitales donde los huesos entran y salen por la misma ventana desde el otoño de 1935, y aún hay zapaterías con mucho olor a vinagre, no muy lejos de algunas calles espantosas como grietas y más grietas. Hay pájaros del color del azufre y horribles intestinos, aunque ya no existe aquel otoño de 1935. ¿Quién puede asegurar que ya no existe aquel otoño? Hay obsesivamente pájaros que aún cuelgan de las puertas de las casas que odio, aunque el odio no es la mejor de las iluminaciones. También hay espejos que deberían haber llorado de vergüenza y espanto.

¿Quién habla desde el origen cuando María Luis Botafumeiro dice al fin, como nadie, lo que dice? Hay dentaduras olvidadas para siempre en una cafetera y paraguas en todas partes, y venenos y ombligos que se abren y se cierran con mucha incertidumbre como en el sur de Brasil o de la India, según dicen los que saben y han descubierto el principio y el final de todo en este mundo. Yo paseo con calma, vaya uno a saber, sí, así es, supongamos que yo paseo con relativa calma o más bien con ojos más o menos lentos como algunos zapatos. Yo voy paseándome la vida con algo de furia y un poco de olvido. Alguien en mí se pasea desde la incertidumbre de los zapatos que a menudo se confunden con la línea ondulante de los ojos. ¿Juan Emar, James Joyce o tal vez Pablo Neruda? ¡Vaya uno a saber! La ciencia ha comprobado que la certidumbre sólo se alcanza cuando se han vuelto muy sinuosas las líneas del horizonte. ¿Cómo olvidarlo? Paso, cruzo oficinas y tiendas de ortopedia y patios donde hay ropas colgadas de un alambre. São Paulo cuelga todavía del alambre que se parece mucho a la eternidad. Y hay calzoncillos y toallas y camisas que aún lloran lentas lágrimas sucias, aunque el sol aparece, desaparece, aparece y desaparece sin desaparecer del todo, nunca, ¿qué día es hoy?, nunca. Esto no es un juego. No. Lo que aquí se dice no es un juego de palabras.

Sucede que me canso de ser mujer y de ser hombre, dice María Luis Botafumeiro con algunas lágrimas en sus anteojos de moldura dorada, luego de morderse una vez más los labios con un estilo decimonónico, dime que no, dime que sí, dime que sin embargo, dime que siempre no, dime que siempre sí, dímelo todo

a través de un estilo que más bien surge con exuberancia repentina e insuperable.

La abuelita se aburre como una piedra y no quiere abandonar su analfabetismo

Si mi abuelita se resiste con la boca muy cerrada o más bien con la boca muy abierta, y ya no quiere seguir aprendiendo a leer como Dios manda, habría que pegarle con un gran palo de fierro en la cabeza. No existe otro método más eficiente que el palo de fierro inventado por los alemanes en aquellos días ¿de la Primera o Segunda Guerra Mundial?

Quienes saben de estos asuntos, dicen que mi abuelita se llama como aún dicen que se llama, es decir Glasfira Suárez de Montegordo, y que nunca aprenderá a leer porque se ha comprobado, científicamente, que el hábito de la lectura es una cosa muy mala para el dolor de cabeza. Pero existe algo todavía peor: escribir o más bien leer poesía en voz alta, ya que los poemas son un veneno mortal para las pobres, desamparadas y tristes neuronas. Si los poemas son malos, no existirá un buen futuro para el dolor de cabeza. Y si son buenos, mucho peor. No hay ni habrá un organismo humano que pueda permanecer con vida después del impacto salvaje y escandaloso de un buen poema. O para decirlo con otras palabras: ¿Qué hacer ante la presencia de aquel veneno de la poesía?

Será mejor que volvamos al origen de nuestra canción que aún palpita en el aire, como aquella sonrisa de Juan Rulfo durante aquel atardecer de 1980:

—Si mi abuelita se resiste con la boca cerrada o con la boca abierta, y ya no quiere seguir aprendiendo a leer como Dios manda, habría que pegarle y pegarle y pegarle con un gran palo de fierro en la cabeza. No existe otro método más eficiente que el palo de fierro inventado por los alemanes en aquellos días de la Primera Guerra Mundial.

Apariciones de Juan Emar en 1935

Hoy he sido operado una vez más, en terceras nupcias, de la oreja
y del teléfono, como le sucedió a Juan Emar, alias
Álvaro Yáñez Bianchi, durante la primavera de 1935,
con su espíritu deslizándose sinuosamente
hacia la ciudad de París.

Alguna vez tuvo el valor de verse desnudo en el espejo
y no muy distante de sí mismo por dentro y por fuera:

La verdad es que yo nací feliz y algo feo, muy feo, mucho muy feo,
como dicen los mexicanos desde el primer día, sí, desde el primer
soplo.

Lo cierto es que la felicidad que me rodeaba tenía la forma de dos
alas inmensas
que me envolvían y acariciaban con sus plumas cada vez más blancas.
En mi rostro era posible percibir la apariencia de un macaco
a veces verosímil, a veces inverosímil, a veces verosímil.
Con el paso del tiempo, mi rostro fue mejorando por fortuna.
Pasé por todas las etapas del simio en demanda de la belleza
y pude comprobar al fin que mi rostro mejoraba.

Trepano por aquellas etapas logré adquirir el rostro
del orangután
que finalmente es, como ustedes lo saben, el que ostento
en la actualidad, tanto en el día como en la noche,
sin importar si brilla el sol o si está lloviendo a chuzos, brutalmente.

La verdad es que no corría ni un minuto, cuando un deseo estuvo
a punto
de hacerme perder la razón ¿nuestra? de cada día, vaya uno a saber,
¿la razón razonante?

Quise abrir la puerta de la casa con otra llave, entrar en puntillas
a través del más absoluto silencio, aguardar un largo rato
tras cada paso de animal sutil, envolvente, sinuoso,
temblar con el ruido de las ratas y robar, robar cuanto pudiera
en mi propia casa donde a menudo no habita nadie, ni la sombra
de nadie,
y así lo hice, digamos que al fin así lo hice y de un armario saqué
un gran trapo negro
para ir echando los objetos robados: tengo en mi escritorio
la calavera
de Sarah Bernhardt que me robé como pude, aleluya, como pude.
En el *hall* tengo un cuadro de Luis Vargas Rosas: me lo robé
sin decir
agua va, nadie lo sabe todavía, ni agua va, nadie lo sabe, ni agua
viene, nadie
sabr  nunca que en el comedor tengo dos viejos saleros de oro

que también me los robé de algún lado, vaya uno a saber el cómo,
el dónde
y el cuándo en medio de tanta incertidumbre
a nivel mundial, según dicen los que saben, ustedes
verán que por todos los rincones de mi casa aparecen las obras
completas de don Diego Barros Arana que también tuve la fortuna
de robarlas en el momento preciso, ni un poco antes ni mucho
después.

Así pude llegar a mi dormitorio, sin duda, y el dormitorio
me esperaba.
A esa hora y ese día, si el tal Desiderio Longotoma no me hubiera
hablado del unicornio,
debería yo estar en cama y durmiendo paso a paso, inmóvil,
con mi propia sombra.
A esa hora y ese día, si un ratero hubiese entrado a mi habitación
después de desvalijar media casa, debería yo despertar
y alzándome bruscamente
desde el fondo de las sábanas, sería el momento preciso
para gritar ¡¿quién vive?!,
así es que al fin me desperté gritando ¡¿quién vive, carajo, quién vive?!

Si saqueando alguna vez el dormitorio de un ciudadano honesto,
oyese yo en la noche
su voz de alarma, debería agazaparme detrás de un ropero
y esperar ansioso,

corriendo mi mano hacia un arma, en este caso hacia
las muy largas tijeras
que allá en los confines de la Etiopía me sirvieron
para cortar el fruto del árbol de la quietud.
Así es que me escondí como pude y mi mano se armó sin hacer
ruido.

Ante el silencio volví a gritar ¿quién vive, qué día es hoy, quién vive?
Apreté las tijeras y mi respiración jadeante rebotó contra las tablas
del ropero que me ocultaba como en los orígenes,
cuando se supone que todo seguía deslizándose y estaba en todo.
Desde lo más profundo de mi cama oí su jadear, ¿así se dice?
Ni un momento que perder, salté al suelo, ni un momento:
cogí del cajón del velador mi revólver y luz, un poco
de luz, más y más luz, ¿toda la luz del mundo?
Al verme iluminado y sorprendido, no vacilé, no hay dudas ni tiempo,
no vacilé y al fin pude saltar como un leopardo, muy altas
las puntas de las tijeras allá en la cumbre, todo el vuelo
de las tijeras hacia la cumbre.

Al verme así acometido, apunté, disparé y tal vez sigo disparando.
Al ver lo profundo en la boca del revólver, hice un rápido gesto
para esquivar.
La bala me rozó la sien derecha y fue a incrustarse en el espejo
de enfrente.
Entonces pegué con las tijeras y con toda la fuerza de mi brazo,
hundiéndolas sin piedad en el vientre.

Herido, tajeado así, el revólver se me escapó y caí a lo largo
de mi sombra.

Fue lo que aproveché para ajustar un segundo tijeretazo,
y esta vez escogí el corazón, más bien las honduras del corazón.
Suponemos que con el corazón perforado fallecí, fuimos
muriéndonos
de uno mismo en uno mismo, paso a paso, en segundos,
de sombra en sombra.

Recuerdo que eran las 2 y 37 de la madrugada.
Ante mi cuerpo muerto y sanguinolento, retrocedí con paso
cauteloso.

Recordé entonces el cuerpo de Scarpia mientras Tosca retrocede.
Volví a cruzar, de espaldas, el umbral de la casa.
Volvimos a respirar la humedad del asfalto
y un nombre resonó en el silencio de mi cabeza: ¡Camila!
Dormí como pude, tal vez sin dormir, quién sabe, dormí como pude.
Al día siguiente, la prensa anunciaba mi muerte con grandes letras,
encabezando los artículos con estas palabras:

¡Espantoso crimen!
¿En qué país estamos?
¡Espantoso crimen!

Ya una vez sepultado, largo a largo bajo el pasto, las cucarachas
y las hormigas, volvió a resonar en el abismo de mi cabeza
aquel nombre idolatrado de ¡Camila, Camila, Camila!

Entonces pensé que el fruto del árbol de la quietud
mezclado con leche, fue lo que ignoró Marcel Proust.
¡Camila! Marqué su número de teléfono: 52061. ¡Camila!

Lo que a Camila siempre le reproché entre risas y sarcasmos
de ella, fue su más absoluta ignorancia.

Hasta hace pocos días, Camila creía que las cáscaras
de las almendras
eran fabricadas por carpinteros especializados en la protección
del fruto mismo.

También creía que tanto Hitler como Stalin eran dos personajes
ligados íntimamente a nuestro Congreso Nacional,
que las ratas nacían espontáneamente de los trastos acumulados
en los sótanos,
que Mussolini era ciudadano argentino y que la batalla de Yungay
había tenido lugar en 1914 en la frontera franco-belga.

Camila vivía fuera de toda realidad y de todos los hechos.

Ella ignoraba, pues, el espantoso crimen y la triste sepultación.

Así es que al verme llegar a su casa, corrió muy alegre hacia mí
tendiéndome sus brazos con una soltura de animalito nuevo.

Luego, riendo de buena gana, indicó la casulla bajo mi brazo
y me gritó:

¿Tú de fraile, Dios mío, tú de fraile?

Entonces, ante sus ojos atónitos, la desenvolví y le mostré
el magnífico fruto encarnado.

¿Se come?, me preguntó con incredulidad y entusiasmo.

¿Se come?

Tras mi afirmación lo cogió entre sus manos y con una caricia
larga, suave
y húmeda, le pasó de alto a bajo su lengua palpitante.
En seguida quiso enterrar en él sus dientes, pero yo la detuve.
Así no, podría hacerte daño, hay que mezclarlo con leche.

Cuando se está sepultado largo a largo bajo las hormigas
y las cucarachas
de un cementerio, todo sentimiento de responsabilidad desaparece.
Este sentimiento se hace activo y clava cuando los demás hombres
le muestran a uno con el dedo, por las calles, al pasar.
Pero si uno se halla largo a largo, no hay dedo
que logre perforar una lápida funeraria.
Comimos ambos del fruto encarnado.
Sólo que ella es, no hay duda, y seguirá siendo
una muchacha en flor.

Historia de un viaje alrededor de la alcachofa

Hubiéramos querido saludar personalmente a Julio Ramón Ribeyro en París, Lima, Santiago de Chile o Ciudad de México, pero aquella posibilidad no fue más allá de ser una sinuosa o más bien esquelética posibilidad. Su rostro, como el de Agustín Lara, se convirtió desde su origen en un fenómeno delgadísimo y filudo, con aquella temperatura un tanto vallejana y aquel sentido del humor inolvidable, así es, múltiple en sus niveles que son desde el origen una estimulante compañía. La editorial Tusquets, de Barcelona, publicó en 1975 el volumen *Prosas apátridas*, de Ribeyro, quien cultivaba el escepticismo como una de las Bellas Artes. El maestro y ensayista José Miguel Oviedo dice en las primeras líneas de su prólogo: “Todo, casi todo, en la vida de Julio Ramón Ribeyro ha ocurrido como tratando de destruir al escritor que hay en él y nada, sin embargo, ha logrado destruirlo: su silenciosa terquedad creadora ha alcanzado, absurdamente, el fruto que le estaba estrictamente prohibido, la Obra, esa constancia verbal de una vida que no quería dejar ninguna, ese nítido retrato de un rostro cada vez más difuminado. Hay escritores que se construyen su destino y hay otros que se resignan a ser modelados por él. Ribeyro pertenece a esta segunda clase”.

¿Alguno de ustedes sabe o sospecha qué habita en el cuerpo de una alcachofa? O dicho de otro modo, ¿por qué sucede lo que sucede cuando pensamos en el cuerpo y en el espíritu de una alcachofa? Mi propuesta es la siguiente: dejemos que Julio Ramón Ribeyro, desde algún rincón de París o del Más Allá, nos diga paso a paso, sin premura, lo siguiente:

—Las palabras que se dicen los amantes durante su primer orgasmo son las que presidirán en el futuro toda su comunicación sexual. Son momentos de la más absoluta improvisación, en los cuales los amantes se rebautizan o rebautizan las partes de su cuerpo. Los nuevos nombres regresarán siempre durante el acto para constituir el código que utilizarán en la cama. Estas palabras son inocentes y muchas veces poéticas con relación a lo que designan. A veces son también disparatadas. Nadie está libre de decirle a su mujer en la noche de su primera posesión: “Alcachofa”. Y se fregó porque desde entonces, al poseerla, tendrá siempre que decirle “Alcachofa”. El día que no se lo diga, la habrá dejado de querer.

Inhala y exhala sin perder el equilibrio,
insondablemente, hasta el fin del mundo

Quítate la camisa del color del cielo, pero no te quites la corbata de lunares blancos, ni siquiera el nudo francés de la corbata, y acuéstate sobre las baldosas amarillas, luego de quitarte los grandes zapatos de estilo soviético, esos zapatos no muy graciosos y más bien crueles de los que tanto nos reímos con alegría contagiosa y muy difícil de olvidar.

Ahora puedes imaginarte que las baldosas amarillas son muy fieles y aún cultivan aquel esplendor más bien azul de la ternura, para decirlo al modo del inolvidable Rubén Darío. ¿Por qué no separas las piernas como en el origen, dejando tus rodillas en reposo absoluto? ¿Por qué no abres los dedos de los pies al estilo de algunas mariposas del Oriente? Olvídate de todo, hasta de tu sombra inquieta, y respira por la nariz sin perder el equilibrio, sólo por la nariz que aún te acompaña desde la época más antigua. No dejes de seguir respirando y conserva tu equilibrio emocional, sin precipitarte por encima o por debajo del mundo.

Inhala sin prisa, poco a poco, gloriosamente, y exhala sin prisa, paso a paso, melancólicamente. Exhala e inhala, como en los tiempos antiguos, inhala y exhala, sin olvidarte de seguir respirando porque así está escrito en el aire desde los orígenes. Inhala con

lentitud y asombro. Exhala con asombro y lentitud. Inhala abriendo los ojos. Exhala cerrando los ojos.

Ya puedes morirte sin angustia y con entusiasmo en un ataque de risa ingobernable, o más bien descansar en paz por los siglos de los siglos. De cualquier modo, no olvides beberte el cóctel de cicuta con las siete gotas de jugo de limón, como aquel Sócrates, el más célebre entre los célebres, y cuando todavía no era sino un fantasma aquel amor que apareció mucho después, allá en los tiempos del cólera.

Quítate la camisa del color del cielo una vez más, pero no te quites la corbata de lunares blancos, ni siquiera el nudo francés o más bien húngaro de la corbata, y acuéstate sobre las baldosas amarillas, luego de quitarte los grandes zapatos de estilo soviético, qué horror, qué pesadumbre, qué suplicio, esos zapatos no muy graciosos y más bien crueles de los que tanto nos reímos con alegría muy difícil de olvidar y cada vez más contagiosa.

El hombre de la joroba

Aquel hombre, ya con joroba, cruzó el umbral del prostíbulo
y dejó su bastón del color de la caoba más antigua
junto al cuerpo semidesnudo de Amarilis,
mejor conocida como La Turbulenta.

Pasaron varios minutos, la lluvia del trópico
seguía cayendo sobre las iguanas, los pericos, eternamente
las iguanas, y el hombre muy pálido se puso a llorar.

A la mañana siguiente, el hombre, ya sumergido
en el desliz sinuoso
de la calvicie, cruzó el umbral del prostíbulo
y dejó su sombrero junto a los muslos de Amarilis,
mientras la lluvia del trópico no se interrumpía
y el hombre, apoyado en el bastón, se puso a llorar.

Al tercer día, el hombre de la joroba cruzó el umbral del prostíbulo
y luego de percibir el origen de la tristeza en el pubis
de Amarilis, dijo con lágrimas en los anteojos:

—Es mucho mejor ser dentista que oculista,
pues la mujer tiene sólo dos ojos
y treinta y dos dientes más allá del Monte de Venus
donde la risa y la muerte se confunden
hasta que son al fin la misma cosa, el mismo fenómeno.
Nunca olvides que los viejos desconfiamos de la juventud
porque algún día fuimos jóvenes, aún más jóvenes
que el Espíritu Santo.
Por ahora cúbrete, muñeca, no dejes de respirar,
cúbrete las honduras del ombligo, muñeca, y recuérdalo.

Lo que el viento no se llevó

La excelsa desnudez de Kitty de Hoyos en la pantalla del cine.

La sutil obesidad que no es impúdica ni diabólica ni obesa,
aquel juego
umbilical de nuestra inolvidable y muy querida Muca Muca.

¿La recuerdan?
Jamás olvidaremos a la excelsa bailarina de ojos dulces,
mucho muy, y con peluca.

He aquí las palabras de Voltaire que vienen silenciosamente
a nuestra memoria,
mientras bailamos un vals más o menos melancólico
a la luz de la luna:

“Somos desdichados por lo que nos falta, pero no somos felices
por las cosas que aún tenemos, como el arte de dormir en calma,
a pierna suelta,
y un larguísimo etcétera que no dejará de multiplicarse,
paso a paso.

Dormir no lo vuelve a uno más feliz o menos feliz, con peluca
o sin peluca.
Pero no dormir es a todas luces un tormento insoportable”.

De pronto es el espíritu de Voltaire el que no deja de alumbrarnos
a partir del baúl de Fernando Pessoa.
(Más adelante hablaremos desde el fondo de aquel baúl,
si los dioses
y sobre todo las diosas de la memoria lo permiten).

Ayyy, Virgen del Perpetuo Socorro: ya ni sé lo que pienso,
ya ni sé lo que digo, ya nadie sabe en mí por qué diablos sucede
lo que sucede.
Aunque Vuestro Inseguro Servidor con su melancolía no es aún
el Santo Padre,
¿por qué diablos no aprovechó el momento para bendecir
a la muchedumbre,
por qué diablos no fue a la peluquería para embellecer
no sólo su pera
sino también su bigote, y en seguida cortarse el pelo por detrás
y por delante,
con buen estilo y la más profunda delicadeza como Dios manda?

Aunque ustedes no lo crean, las palabras de Voltaire
vienen nuevamente

a nuestra memoria, mientras seguimos bailando el mismo vals
por dentro y por fuera,
aquel vals convertido en un mambo más o menos melancólico
a la luz de la luna que de pronto despierta de un sueño
apocalíptico
y quiere escaparse de Voltaire y de su condición de luna,
pero es imposible.

Una vez más entra y sale por la pantalla del cine
la desnudez de Kitty de Hoyos
con sus ojos más bien agridulces y muy sensual y con peluca,
la misma peluca
de Voltaire, la de hoy, la peluquísima de ayer, de hoy,
la peluquísima de siempre.

La mano escondida

Aún estoy desnudo. Voy observando inmóvil, paso a paso, mis pies, casi inmóvil, y reflexiono: “En algún tiempo estas uñas fueron garras”. Ahora no existe, fuera de mí, ningún otro cadáver que sea capaz de desmentirme. Irresoluto, sádico tal vez, ¿reptil? Siempre acaba uno por desconocerse en lo que digo. Supongamos, entonces, que mi escritura desaparece más allá o más acá de estas garras que alguna vez fueron uñas. Por último: no hay fin en este juego que obviamente no es un juego, sino todo lo contrario. Pero ¿qué significa lo contrario? Es algo así como el movimiento de múltiples ritmos avanzando y retrocediendo hasta su expansión definitiva.

Cuánta energía se acumula en este flujo inmóvil. Cuánto arrebatado simultáneo. Jamás dejo de observar el enigma de mis pies y me siento como aquel gusano que avanza por el túnel de una manzana sin conocer su recorrido, pues ignora la totalidad de la manzana.

Al fin el gusano abre un túnel con el propósito de buscar la salida. La horadación, por fortuna, nunca se interrumpe y acaba en el principio, allí donde el gusano es feliz al formar parte de la manzana cuyos límites fueron construidos y, de algún modo, destruidos por el tiempo y el espacio.

Aún estoy semidesnudo, como alguien lo dijo en mí hace algunos minutos cuando miraba o más bien recordaba la pesadilla que tuve. Reflexionemos, entonces. Y me digo:

—Todo ocurrió, lo sé, en la calle Serrano, sí, creo que en Serrano y Soler, salvo que no parecía Soler y Serrano, pues el paisaje era muy distinto. Pero yo sabía que era en la vieja calle de Serrano, allá en Palermo. ¿Buenos Aires aún? Vaya uno a saber. ¿Vaya uno? De pronto me encontraba con un amigo que tal vez ignoro. Vaya uno a saber. Lo veía y estaba muy cambiado. Yo nunca había visto su cara tan filuda, pero algo me dice que su cara no podía ser la cara que aún estoy viendo. ¿Así se dice cuando no hay otro modo de decirlo? Bueno. Supongamos entonces que no hay otro modo de decirlo. Mi amigo estaba muy cambiado. Muy triste. A su rostro lo cruzaba la pesadumbre, la enfermedad, tal vez la culpa. Tenía su mano derecha dentro del saco (esto es importante para el sueño). No podía ver su mano que ocultaba y tal vez aún oculta del lado del corazón. Recuerdo que entonces lo abracé con algo de temor. ¿Quién abrazó a quién? Sentí que necesitaba mi ayuda. ¿Qué te sucede?, le dije a media voz. Qué cambiado estás. Me respondió con una voz que parecía venir quién sabe de dónde. “Sin duda que estoy muy cansado”. Y lentamente fue sacando la mano. Todavía no sé de dónde fue sacando esa mano que más bien era la garra de un pájaro. Nunca olvidaré que desde el principio, aquel hombre tenía la mano escondida. Sin saberlo, yo había preparado esa invención: que el hombre tuviese una garra de pájaro y que viera, de pronto, lo

terrible del cambio, así es, la crueldad palpitando en su desdicha, ya que estaba convirtiéndose paso a paso, o aun inmóvil, en un pájaro.

Nunca olvidaremos que aquel hombre, desde el principio, tenía la mano escondida. Sin saberlo, yo había preparado esa invención: que el hombre tuviese una garra de pájaro y que viera, de pronto, lo terrible del cambio. Cuánta desdicha, ya que estaba convirtiéndose en un pájaro. Sin embargo, el asunto es más complejo. Hasta el día de hoy, nadie puede llegar a decirnos quién es quién, dónde se oculta el pájaro y qué ha sucedido con el geomántico, ¿así se dice?, enredado en un sueño donde al fin todo es un texto que nunca podrá ir más allá de las primeras palabras y cuyo propósito sería multiplicarse sin fin. ¿Tal vez sin principio y sin fin? “Probablemente estoy desnudo, miro estos pies que me acompañan desde aquel día de mi alumbramiento en Sudamérica, y lejos de cualquier otro impulso, reflexiono”.

Vamos cayéndonos con música de Brasil
hacia lo más profundo del alma

Una vez más, luminoso, de luna
en luna voy cayéndome, paso

a paso, inmóvil, desde lo más profundo
de la piel, con algo de poesía

vamos cayéndonos, amor mío,
amor de tal vez nunca y de siempre,

desde el maravilloso
abismo de la piel hacia las alturas

no menos maravillosas del alma,
allí donde no hay nadie que nos esté esperando

porque no es preciso, nada, ya casi nada es preciso
y toda la luz del amor nos envuelve

como sucedió hace tres días
con Adán y Eva en el viejo Paraíso

donde la fiesta nos está esperando
y al fondo se escucha la voz de Elis Regina,

¿alcanzan a oír su voz que va y viene de muy lejos
en aquel fraseo sinuoso y sensual de María Creuza

y Vinicius de Moraes al fondo, milagrosamente,
porque así fue y seguirá siendo así en el aire

del mundo, ya que así fue escrito por los dioses
y las diosas en aquel amanecer del Génesis, ¿lo recuerdan?

Del aire al aire una vez más

Sin duda que los inmortales,
más allá de cualquier especulación metafísica
o incluso científica, que al fin es lo mismo
¿de lo mismo?, son o más bien somos mortales.

Sin duda que los mortales, así como van las cosas
en este mundo, son o más bien somos
insoportablemente inmortales.

La vida de estos últimos representa
la muerte de aquellos, ¿vaya uno a saber?
Y la muerte de aquellos representa
la misteriosa vida de estos últimos.

Así transcurre la existencia, sin que lleguemos
a saber cuál es el origen del cómo, tal vez
nunca, vaya uno a saber cuál es el origen del cuándo.

¿Mañana aparecerá una vez más el misterio
en el aire de otro día, del aire al aire

una vez más, siempre el aire de otro día,
como pensaban paso a paso nuestros padres?

Aquella memoria alrededor del Louvre

¡Cómo navegan por debajo del Louvre
al estilo del agua bendita
que tiene la virtud de navegar milagrosamente
en lo más profundo de sus propias aguas,
cómo navegan los excrementos humanos
desde aquel convulso amanecer de la Revolución Francesa!

Todo se ha vuelto luminosamente excrementicio
desde aquellos días al fondo, siempre al fondo
y no muy lejos de la guillotina que aún va y viene
desde los orígenes con su propia música, cuando el Todo y la Nada
se guillotinaban sin mucha elegancia, paso a paso,
más bien inmóviles,
pero con un entusiasmo envidiable, peluconamente
hablando, lo cual no es poco decir, ¿vámonos, entonces,
de peluco en peluca, de peluca en peluco, vámonos,
ahora que aún hay tiempo?

¿Cuándo, a qué hora, cuándo leeremos poesía?

Aún estamos en Santafé de Bogotá, aquí en México, en Santiago de Chile o tal vez allá en Colombia, mientras no deja de transcurrir el 18 de febrero de 1993.

Se supone que alguien, tal vez Gabriel García Márquez o al menor descuido Su Majestad el Lobo Sapiens, quien lo ignora todo, casi todo, y sigue palpitando a lo lejos porque la vida es así desde siempre, empieza a escribir o más bien a balbucear como un niño más o menos lúcido:

“Por un error de cálculo en el uso horario, ¿así se dice?, llamé al Palacio Presidencial a las tres de la madrugada, las tres en punto, miento, a las tres con siete minutos, y la impertinencia se me hizo más alarmante cuando escuché en el teléfono al Presidente de la República en persona:

No te preocupes —me dijo con su cadencia episcopal—.

No te preocupes.

En este empleo tan complicado ya no queda otra hora para leer

poesía.

¿Horror de horrores? La vida es así. ¡Qué diablos!”.

Pues en ésas estaba el Presidente Belisario Betancourt

en aquella madrugada trémula del poder:

leyendo y releendo los versos matemáticos de don Pedro Salinas,

antes de que llegaran los periódicos a amargarle

el nuevo día con las fantasías de la vida real.

Hace novecientos años, Guillermo IX, gran duque de Aquitania,

se desvelaba también en las noches de la guerra

componiendo serventesios libertinos y romances de amor.

Enrique VIII, quien devastó bibliotecas únicas y le cortó la cabeza

a Tomás Moro, aquel 6 de julio de 1535,

terminó en las antologías del ciclo isabelino.

Por lo que se sabe aún, el zar Nicolás I ayudaba a Pushkin

a corregir sus poemas para impedir que tropezaran con la censura

cada vez más sangrienta, que él mismo había impuesto.

Si damos un salto geográfico y temporal, veremos que la Historia

con mayúscula no fue tan truculenta con Belisario Betancourt,

quien no sólo fue un gobernante que amaba la poesía,

sino más bien un poeta a quien el destino le impuso la penitencia

del poder.

Una vocación dominante cuya primera trampa le salió al paso
a los doce años en el seminario de Yarumal.

Así fue el asunto, sin duda: fatigado por la aridez de la *rosa rosae*
rosarum,

Belisario escribió sus primeros versos de una clarísima
inspiración quevediana,
antes de leer a don Francisco de Quevedo y Villegas en octosílabos
de muy alta maestría, y antes de leer, por supuesto, al tal González:

Señor, Señor, te rogamos
y rogaremos sin fin,
que caigan rayos de mierda
sobre el profesor de latín.

El primero le cayó a él mismo con la expulsión inmediata.
Y Dios supo muy bien lo que hizo.
De no haber sido así, quién sabe si hoy estuviéramos celebrando
los setenta años del primer Papa colombiano.

Los jóvenes de ahora no pueden imaginarse hasta qué punto
se vivía entonces a la sombra de la Poesía, ese fenómeno
con mayúscula.

No se decía primero de bachillerato sino primero de literatura
y el título que se otorgaba a pesar de la química
y la trigonometría, era el de bachiller en letras.

Para nosotros, los aborígenes de todas las provincias,
Bogotá no era la capital del país ni la sede del gobierno,
sino más bien la ciudad de lloviznas heladas donde vivían los poetas.
No sólo creíamos en la poesía sino que sabíamos con certeza
—como lo diría Luis Cardoza y Aragón—
que es la única prueba concreta de la existencia del hombre.

Colombia entraba en el siglo xx con casi medio siglo de retraso
gracias a la poesía.

Era una pasión frenética, otro modo de vivir una especie
de bola de candela que andaba de su cuenta por todas partes:
uno levantaba la alfombra con la escoba para esconder la basura
y no era posible porque allí estaba la poesía.

Se abría el periódico, aun en la sección económica
o en la página judicial, y allí estaba.

En el asiento de la taza de café, donde quedaba escrito
nuestro destino, y allí estaba, sin duda: podía aparecer hasta
en la sopa.

Fue allí donde la encontró Eduardo Carranza:

“Los ojos que se miran a través de los ángeles domésticos
del humo de la sopa”.

Jorge Rojas la encontró en el placer lúdico de una greguería
magistral:

“Las sirenas no abren las piernas porque se quedaron escamadas”.

Daniel Arango la encontró en un endecasílabo perfecto,
escrito con letras urgentes en la vitrina de un almacén:

“Realización total de la existencia”.

Hasta en los orinales públicos donde la escondían los romanos,
allí estaba: “Si no le temes a Dios, témele a la sífilis”.

Con el mismo terror reverencial con que íbamos de niños
al zoológico,
íbamos al café donde se reunían los poetas al atardecer.
El maestro León de Greiff enseñaba a perder sin rencores
al ajedrez, a no darle ni una sola tregua al guayabo,
y sobre todo a no temerle a las palabras.
Esa es la ciudad adonde llegó Belisario Betancourt
cuando se lanzó a la aventura del mundo,
entre el pelotón de antioqueños sin desbravar, con el sombrero
de fieltro y de grandes alas de murciélago, y además el sobretodo
de clérigo que lo distinguía del resto de los mortales.
Llegó para quedarse en el café de los poetas, como Pedro en su casa.

A partir de entonces, la historia no habría de darle un minuto
de tregua.
Y menos aún, como bien lo sabemos, en la Presidencia
de la República, que fue tal vez su único acto de infidelidad
a la poesía.
Ningún otro gobernante de Colombia tuvo que enfrentar
al mismo tiempo
un terremoto devastador, la erupción de un volcán genocida
y dos guerras muy sangrientas en un país prometeico

que hace más de un siglo está matándose por las ansias de vivir.
Creo, sin embargo, que si logró sortearlo todo no fue sólo
por su hígado
de político, que lo tiene, sin duda, y muy bien puesto,
sino por el poder sobrenatural de los poetas para asumir
la adversidad.

Se han necesitado setenta años y la infidencia de una revista juvenil
para que Belisario se revelara por fin al desnudo, sin las tantas
hojas de parra de tantos colores y tamaños como ha usado
en la vida

para no asumir sus riesgos de poeta.

En el remanso de la tercera edad, es una digna

y muy hermosa manera de volver a ser joven.

Por eso me pareció tan justo que esta concurrencia de amigos

sucediera en una casa de poesía, la más luminosa, la casa

de siempre,

la casa en cuyas madrugadas se escuchan todavía los pasos

sigilosos

de José Asunción, desvelado por el rumor de las rosas,

y donde hemos vuelto a encontrarnos muchos de los amigos

que más queríamos a Belisario, desde antes de que fuera

Presidente,

los que tantas veces lo compadecimos mientras lo fue,

y los que seguimos queriéndolo más que nunca

ahora que ha logrado el raro paraíso de no serlo ni deseárselo.

Gabriela Mistral y aquellos locos

A menudo se nos aparece
la figura de Gabriela Mistral bajo esas nubes
y envuelta en paramentos franciscanos para decirnos
que sí, vaya uno a saber, que tal vez no, que sin embargo.

Se nos aparece a menudo y nos dice con elegancia
de espíritu que no, tal vez, que sin embargo,
pues ya fue escrito en el aire del mundo
que mañana será otro día, aunque no sea cierto.

De cualquier modo, existe la fortuna o más bien la esperanza
de que mañana será un nuevo día para empezar de nuevo
en este mundo más o menos ingobernable donde ni siquiera
los locos
pueden cultivar su locura con certidumbre, entusiasmo
y elegancia de espíritu.

Decálogo de todos los días

*A la memoria de Rubén Darío,
quien nos observa con una sonrisa cómplice*

Si está muy aburrido de la vida
y desea que lo maten a palos, con lentitud
y perseverancia, no deje de sonreír y marque el 1.

Charles Baudelaire sonríe y me saluda
desde la cumbre de la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si ya no soporta a su mujer y quiere divorciarse ahora mismo
porque la muy ingrata es cada día más bigotona,
más peluda y más gorda, sonría y marque el 2.

Por segunda vez, Charles Baudelaire sonríe y me saluda
desde la cumbre de la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si está muy aburrido de la vida y sólo desea bailar
sinuosa y suavemente con una encueratriz de origen húngaro,
pero con los pezones al estilo de la Santa Rusia,
no deje de sonreír y marque el 3.

Por tercera vez bajo la niebla, Charles Baudelaire sonríe
y me saluda con entusiasmo al estilo de Buster Keaton
desde la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si ya no puede vivir con nadie, ni siquiera en los brazos
de su propia o más bien impropia sombra, y sólo quiere bailar
un vals de otro tiempo bajo la luz indomable de la luna,
bailar aunque sea con el enemigo, sonría y marque el 4.

Por cuarta vez bajo la niebla, Charles Baudelaire, quien ya no se llama
como tal vez se llama, sonríe a lo lejos, al estilo
de un personaje del cine mudo,
vuelve a sonríe y me saluda desde la cumbre
de la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si aún tiene la esperanza de que los políticos lo sigan traicionando
por detrás y por delante, aun cuando sea con algunas lágrimas
de cocodrilo viejo en los anteojos, no deje de sonríe y marque el 5.

Por quinta vez, Charles Baudelaire, quien aún se llama
como tal vez se llama,
sonríe desde muy cerca y muy lejos, al modo de Groucho Marx,
vuelve a sonríe con entusiasmo y me saluda
desde la cumbre de la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si ya no puede respirar en calma
y solamente desea que lo embalsamen al morir
o incluso antes, como le sucedió a Vladimir Ilich Ulianov,
alias Lenin, aquel Lenin de tal vez nunca, sonría y marque el 6.

Por sexta vez, Charles Baudelaire, quien tal vez nunca
se llamó como se llama
o algo por el estilo, sonrío, se muerde las uñas, sonrío, abre
y cierra los ojos al modo japonés, y al fin no deja de saludarme
desde el alumbramiento de la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si es hiperquinético y no puede masturbarse en un ambiente
de recogimiento búdico, alegría de vivir y asombro
por lo que aún ocurre en este mundo de locura casi mística
y felicidad envidiable o más bien insoportable, no deje de sonreír
y marque el 7.

Por séptima vez, Charles Baudelaire, quien se llama al fin
Cayo Valerio Lavín Cerdus,
alias el Señor de los Cielos, Su Majestad la Mano Peluda
o más bien el Lobo Sapiens,
sonríe a lo bestia sin saber por qué sonríe a lo bestia,
pero con ritmo,
y al fin me saluda con muchísimo entusiasmo
desde el punto más alto de la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si todas las mujeres de Mozambique
lo vuelven todavía más loco que una cabra del monte
por vivir con el punto G muy enredado en el profundo
caracol del oído,
sonría, no deje de sonreír, misericordia, misericordia, sonría
y marque el 8.

Por antepenúltima vez, Charles Baudelaire, quien aún se llama
como se llama, es decir el Otro, el Único, siempre el Otro,
sonríe y me saluda con entusiasmo al estilo de Woody Allen
desde la cumbre de la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si ya no quiere saber nada de nadie, de nada y de nadie
porque le duelen mucho los dientes y las muelas
con una obstinación casi mística o más bien sobrenatural,
para decirlo como hay que decirlo, y ya tampoco se interesa
por el futuro
del bendito o maldito Arte de la Palabra que nos abruma
y todavía nos deslumbra, no deje de sonreír y marque el 9.

Por penúltima vez, Charles Baudelaire sonríe y me saluda
desde el laberinto de la Tour Eiffel que todavía no existe.

Si al fin no sabe quién demonios es quién
a lo largo del mundo transfigurado en tanta belleza e inmundicia,
y aún se siente más aburrido que un orangután

sin la compañía de su simpática, su dulce, su fascinante
y muy sutil orangutana,
sonría, por favor, sonría y marque de inmediato el 10.

Por última vez que nunca es última, Charles Baudelaire sonrío,
bañado en lágrimas, sonrío y ya no me saluda
desde la cumbre abismal de la Tour Eiffel
que solitariamente existe como una bestia cada día más salvaje.

Aún transcurre el año 1935 y Pablo Picasso no deja de sonreír como un niño que tal vez lo sabe todo

Recordemos que Pablo Picasso lo dijo no muy lejos del Jardin du Luxembourg: “Todo el mundo podría comprender el arte. ¿Por qué no se intenta interpretar el canto de un pájaro? ¿Por qué nos gusta la noche, así como las flores y todo lo que nos rodea, sin pretender en absoluto entenderlo? Ahora bien, cuando se trata de un cuadro, la gente piensa o más bien tiene la sospecha de que está obligada a entenderlo. Si al menos, y ante todo, pudieran familiarizarse con la idea de que un artista crea porque no hay más remedio que crear. Él mismo no es sino una partícula insignificante del mundo, y que no se le debería prestar mayor atención que a otras muchas cosas que nos alegran igualmente, a pesar de que no podemos explicárnoslas”. Aún transcurre la primavera o algo por el estilo en la ciudad de París, y es el año 1935. “Cuando nos gusta una mujer o la amamos con intensidad, no se nos viene a la cabeza tomar antes las medidas de sus miembros, o algo por el estilo. Simplemente la amamos con nuestro anhelo”.

En octubre de 1952, tal vez el día 7, el periódico *Le point* publicaba en París el estudio del grafólogo Raymond Trillat. Dicho trabajo es de 1942. Se asegura que el autor de tal estudio ignoraba de quién

era el manuscrito estudiado. Según Trillat, el autor del manuscrito defiende su yo, a veces su pobre yo que se ve asediado por los demás. He aquí algunas percepciones a partir del análisis de la personalidad de Pablo Picasso:

“Mucha emotividad. Un entusiasmo excesivamente multifacético. Estados de temor. Apasionada inclinación hacia el prójimo y aspiración a un trato que no habrá de realizarse. Es de otra época y de otro mundo. Caballeresco, algo ingenuo y extravagante. Unas veces muy tierno y otras veces muy duro: no conoce ni el término medio ni el equilibrio. En ocasiones, su sensualidad es espontánea. Conquista después de haber engañado y desorientado. Busca en ella un impulso sublime, pero renuncia a ella tan pronto como puede sacarle una ventaja. Ama ardiente y firmemente, y al fin mata lo que ama. Cuando está triste busca una salida mediante la creación pura: una pureza que se alimenta de impurezas. Su temperamento es sanguíneo, colérico, sujeto a grandes descargas nerviosas a las que después sigue la apatía. ¿Y su visibilidad? Un tanto débil para los objetos lejanos en el ojo izquierdo. Nivelada, pero aguda, en los dos ojos cuando la visión es próxima”.

Picasso fue siempre fiel a las vibraciones contenidas en su loca y volcánica fogosidad. Cuánta agudeza y agresividad en su formulación sin límites. Consciente y subconsciente en una amalgama a todas luces palpitante. Sí, así es, a toda luz y a toda sombra. Cuánta deformación completa en aquella expresión proyectada y artísticamente configurada. También aparecen en su plenitud esas artimañas de prestidigitador que atropella y asusta, como muy bien lo dijo en

su tiempo Lothar-Günther Buchheim: “¿De qué otro modo podría sacudir el sueño de los petrificados hábitos visuales? Carece de sentido anotar sus drásticos procedimientos. Picasso no destruye para presentar a nuestra mirada campos de ruinas, sino que edifica con la meditada finalidad de darnos algo nuevo, mejor y más estimulante. Nos ofrece la expresión de nuestra época tan extraña y de su frenesí de visionario. Picasso es una fuente de la que seguirá manando una inspiración que habrá de fecundar y enriquecer al mundo, de suerte que se eleve el nivel de nuestra conciencia, y así podamos apresar mejor las alegrías y los enigmas de nuestra existencia que va y viene sin descanso. Muchísimos artistas no sólo plásticos continuarán nutriéndose de sus descubrimientos”.

Apología del beso como una de las Bellas Artes

Aún me llamo Silvia Peregrino, estudio letras hispánicas, acabo de cumplir 25 años y todavía no sé besar con furia casi mística, como dicen que besaba mi abuela Fabiola Casanova, quien vivió en carne propia ese ritmo pagano que aún pertenece a la cultura mediterránea. Lo cierto es que no sé besar con misticismo, euforia más o menos juvenil, o sin misticismo, aun cuando no soy maniaco-depresiva ni me comporto como Virginia Woolf.

Antes de inscribirme en la Universidad Nacional Autónoma de México, yo estaba estudiando en el Colegio de las Monjas Alemanas, ubicado al sureste de Santiago de Chile, y la verdad es que ni en Chile ni en México me enseñaron a besar con melancolía, desenfreno y entusiasmo, como dicen que besaba en su juventud y en su madurez el indomable Roberto Matta.

Por fortuna, mi gran amiga Lorena Garduño descubrió en la Biblioteca “Samuel Ramos” el folleto de autor anónimo *Decálogo del besador profesional*. Para que ustedes no permanezcan flotando entre las nubes, sí, flotando y colgando del aire como yo, ahí les van estas enseñanzas que son un ejemplo de sabiduría:

- 1) Lo primero, como es obvio, será siempre lo primero. Ya lo decían los monjes taoístas: es imprescindible propiciar la confianza entre el labio superior y el labio inferior, a fin de que ningún labio se quede al margen y no participe en la ceremonia del romanticismo: la más sensitiva y jacarandosa que sólo puede empezar y acabar en los labios, por encima y por debajo de ellos, como se sabe desde el origen del mundo. Si un labio no se considera el espejo de otro labio, ya nada es posible: ni siquiera el milagro del primer beso.

- 2) Hay que tener mucho ojo con la nariz, pues así aparece en las escrituras más antiguas: mucho cuidado con ese instrumento tan peligroso que puede ser la causa de una tragedia. Si la nariz es aún más curva y más larga que el pico verdiazul de un papagayo del Brasil, será imposible que se cultive libremente el ritual del beso como una de las Bellas Artes. Así le sucedió a Leonardo Da Vinci, quien nunca pudo besar a Mona Lisa como Dios manda, y acabó convirtiéndola en el rostro de la Gioconda con una sonrisa que no es sino la confirmación del desasosiego universal.

- 3) Si la lengua es todavía más larga que la nariz, el asunto es aún más complicado: tan complejo como el origen del mundo. La boca se siente muy confusa y no sabe cómo ponerse, si al revés o al derecho, si de perfil o de frente, si horizontal o vertical, si tal vez oblicua para que aparezca el prodigio ondulante

del beso. Sin embargo, todo se ha vuelto muy difícil: la lengua, con la nariz, su prima hermana que a menudo funciona de lengua, de nariz o de lengua, es un fenómeno ingobernable que constituye el principio del caos. Algunos afirman que la lengua dice la verdad a través de la nariz, lo cual es cierto a veces, quién sabe, aunque no sea muy cierto. Sólo se ha estudiado y descubierto, anatómica y fisiológicamente, la naturaleza apocalíptica de la lengua desde sus orígenes, cuando apareció como un áspid de luz agitándose en el aire por primera vez.

- 4) Respirar por la boca no sólo es un atentado contra la salud: el aire penetra con mucha frialdad y pueden despertarse los microbios. Si así ocurre, se enfermarán los labios y la bendita lengua, ese apéndice de índole gustativa que se fue convirtiendo, desde la Antigüedad, en una pieza clave para lo que aún se relaciona con la gimnasia rítmica del beso, entendida como una de las Bellas Artes, sobre todo a partir del esplendor del Imperio Romano, y cuando también era posible ganar o perder la vida por la sublime concupiscencia, por algún accidente en la armonía labial, o por la no menos sublime transparencia. Y otro aspecto inolvidable: no dejen de lavarse la dentadura tres veces al día, sin precipitación, antes y después de ir al baño, no solamente después de comer. Nunca lo olviden: diente por pobre muela, sí, muela por pobre diente, pero con la eficacia que sólo le pertenece al bicarbonato de sodio puro.

- 5) Quien no aprende a besar con furia casi mística en su juventud, antes de los treinta años, corre el peligro de convertirse en una bestia insoportable, como aquellos mamíferos carnívoros que aún carecen de ombligo, aunque la zoología moderna opine lo contrario. Si no aprendemos a besar por encima de la línea de flotación, al estilo de algunos musulmanes no muy ortodoxos, es imposible que aprendamos a besar con lengua o sin lengua, mordiéndonos por debajo de la línea de flotación. Como es obvio, la musaraña es religiosamente obvia: o aprendemos a besar como un buzo ciego con furia casi mística, o de súbito nos vamos al diablo, como ocurre desde el Génesis.
- 6) Es necesario escupir un poco antes y un poco después de que comience la ceremonia vital o fúnebre del beso. A lo largo de la historia de la humanidad, el beso se ha convertido en el espacio de Eros, el memorable, o de Tánatos, el envidioso que al fin se arrepiente. Si no escupimos en el momento oportuno es muy probable que no escupamos nunca. Pero nadie ignora que si no aprendemos a escupir con júbilo, no aprenderemos a besar como si hoy fuera el último día. Si todo se hace con una vocación estética, el escupo deja de ser una mariposa sin alas o un objeto volador no identificado, y finalmente se transfigura en una obra de arte. Ya en el espacio imaginario donde lo real es de una

belleza absoluta, el escupo y el beso pasan a formar parte de una misma y enigmática familia.

7) Cierren los ojos, pongan la lengua inmóvil, más arriba, en la bóveda del paladar, como una pequeña merluza que duerme, y atrévanse a extender los labios que sólo entonces se parecerán a la bocina de un teléfono muy antiguo, para besar de pronto con un impulso épico. Quien se inicia en el arte del beso con unos labios de bocina telefónica, adquiere tanto poder como el Hijo de Dios en la cruz (perdón por el brillo no muy lúcido, más bien torpe, de la analogía), y tanta seguridad como Lao Tse en lo más profundo de su gruta que aún no ha sido descubierta por la luz o la sombra del propio Lao Tse. Ahora cierren los ojos, pongan la lengua inmóvil, arriba, sí, más arriba, sí, en la bóveda del paladar que tanto se parece a la bóveda del útero, y esperen, no dejen de esperar con una paciencia inagotable, y sigan esperando.

8) Para descansar del cuerpo hay que hacer gimnasia con la lengua, paso a paso, hasta que todo cambie de sentido y se transfigure al fin en la atmósfera de un beso cuyo círculo será siempre otro beso, y otro, y otro, y otro más. Nada es tan provocador. Nada ofrece tanto estímulo como un beso ingobernable, más allá del asombro de la lengua que no se mantiene inmóvil entre los labios. Hagan gimnasia con la punta de la lengua, jóvenes y viejos, inventando besos de naturaleza

lingüística: toda juventud es un surtidor, el chorro kármico que brota de la punta de la lengua. Adelante, viejos aún jóvenes y jóvenes aún viejos, no hay tiempo que perder, adelante. A besarnos los unos a los otros con inocencia, sin rencor, alumbrados por la felicidad, como si todavía viviéramos en aquel jardín donde seguirán respirando las flores del viejo Paraíso.

- 9) Ningún cuidado de la boca, por dentro y por fuera, será excesivo, como lo advierte Manuel Antonio Carreño en su *Manual de urbanidad*, publicado en París por Garnier Editores, durante el otoño de 1897. La conducta de hacer gárgaras en la mañana y en la noche, además del mediodía, es una buena conducta que debe agradecerse en lo individual y en lo colectivo. Una sociedad que no cultiva el arte de la gárgara con medicamentos aromáticos, estará siempre en una situación de peligro. Es necesario gargarizar al mundo por encima y por debajo de las buenas costumbres que vienen de muy lejos. Es imprescindible que el gargarismo universal no se detenga. Si las gargantas están afinadas y en buen estado, también habrá esperanza para nosotros. Después de una gárgara excelente, el beso con lengua o sin lengua, puede convertirse en una peripecia tan sublime como la bendición de los dioses.

10) La última alternativa no quiere nada con la ley. Olvídense de las buenas costumbres y aprendan a besar a lo bestia, sin piedad ni elegancia, mordiéndose brutalmente como en la época del canibalismo en plenitud. Bésense de un modo antropofágico, más con los colmillos que con la boca, y si la sangre llega al río de los labios, al demonio entonces con el torrente de los labios y el estupor de la sangre. Váyanse canibaleando de bestia a bruto con incisivos, lenguas y colmillos, de bruto a bestia por los siglos de los siglos, para recordar la señal bíblicamente. Vayan al fin mordiéndose sin compasión, como ocurre desde el origen del mundo, de testamento en testamento. La viejísima ternura puede abandonar la escena, aunque no por mucho tiempo. Paulatinamente volverá el amor, y más allá del amor la incertidumbre o la belleza de espíritu clásico, a partir del primer beso que casi nunca es el último.

Como ya dije, me llamo Silvia Peregrino, estudio letras hispánicas, acabo de cumplir 25 años y todavía no sé besar con furia casi mística, como dicen que besaba mi abuela Fabiola Casanova, quien vivió en carne propia ese ritmo pagano que aún pertenece a la cultura mediterránea. Su Majestad el Lobo Sapiens, alias Hernán Lavín Cerda, ése no, aquel de la barbita blanca y la nariz un tanto equívoca, nos ha enseñado que aprender a besar con equilibrio, pasión y sabiduría es aún más difícil que escribir de nuevo *Residencia en la tierra*, aquel sorprendente libro de Octavio Paz, o

El mono gramático, aquel no menos sorprendente libro de Pablo Neruda.

El maestro también nos ha dicho sin levantar la voz, con precisión científica, que el beso polaco, ese fenómeno que algunos conocen como el beso del ángel, no fue, polacamente hablando, una cosa auténticamente polaca, sino un descubrimiento de los húngaros. Como ustedes ven, Lavín Cerda o más bien Lavín Cerdus, como a él le gusta decir, es un especialista en estos asuntos y muy pronto publicará su nuevo libro de ensayos casi ficticios, que viene con ilustraciones maravillosas. Me refiero a la *Historia Universal del Beso. Aproximaciones no sólo lingüísticas*.

Aprovecho esta ocasión para revelar que el maestro se emociona hasta más allá de las lágrimas cuando recita con énfasis y profundo lirismo, al modo de la insuperable Pita Amor, los versos de “Morena, la Besadora”, aquel juvenil y célebre poema de Jorge Luis Borges: “Cabellera rubia, suelta, / corriendo como un estero, / cabellera. // Uñas duras y doradas, / flores curvas y sensuales, / uñas duras y doradas. // Comba del vientre, escondida, / y abierta como una fruta / o una herida. // Dulce rodilla desnuda / apretada en mis rodillas, / dulce rodilla desnuda. // Enredadera del pelo / entre la oferta redonda / de los senos. // Huella que dura en el lecho, / huella dormida en el alma, / palabras locas. // Perdidas palabras locas: / rematarán mis canciones, / se morirán nuestras bocas. // Morena, la Besadora, / rosal de todas las rosas / en una hora. // Besadora dulce y rubia, / me iré, / te irás, Besadora. // Pero aún tengo la aurora / enredada en cada sien. // Bésame, por eso,

ahora, / bésame, Besadora, / ahora y en la hora / de nuestra muerte.
// Amén”.

No voy a repetir lo que ya dije: aún me llamo Silvia Peregrino, estudio letras hispánicas, me gusta mucho aquel Amor de la época del Renacimiento, estoy enamorada del Amor, acabo de cumplir 25 años y sospecho que al fin aprendí a besar con furia casi mística, como dicen que besaba mi abuela Fabiola Casanova. Gracias al embrujo de la poesía soy menos brutal que antes, por supuesto.

Quisiera aprovechar esta tribuna para decirles, públicamente, fuera del espacio y del tiempo, que no aprendí casi nada en los talleres o en los seminarios del maestro Hernán Lavín Cerda, aunque debo confesarme sin precipitaciones: hoy me siento más eurítmica, celestial y eufónica. Me siento y me descubro múltiple, poliédrica, politonal y polisémica, como a él le gusta decir con esa ingenuidad de niño más o menos inocente y algo pícaro, además del entusiasmo sospechoso, una pizca de desilusión, y las lagunas mentales que lo caracterizan desde que llegó a las costas de México, durante la segunda mitad del siglo pasado.

Bendito sea Dios, según sus palabras, y que el diablo se haga el sordo eternamente, puesto que ya nada es para tanto, como él dice, y lo demás será siempre lo de menos.

Aquel viaje hacia la bellísima

¿Qué habrá sido de la bellísima, dónde
estará si alguna vez estuvo, dónde, sí, por dónde
es la salida, qué habrá sido de nuestro amor a lo lejos,
más allá de la línea del horizonte, siempre lejos, dónde,
por dónde es la salida una vez más, qué habrá sido de la bellísima?

Sólo recuerdo que ella buscaba la inmortalidad en el fondo
de su ombligo
donde a menudo no habita nadie, ni la luz del Espíritu Santo,
ni siquiera la sombra luminosa de la Madre Teresa de Calcuta,
oh amore mio per sempre, ni siquiera la Madre Teresa
o más bien la abuelita del Espíritu Santo.

¿Qué habrá sido de la bellísima, dónde, por dónde es la salida,
todo al fin es luz, dónde estará si alguna vez estuvo, dónde, sí,
por dónde
es la salida, qué habrá sido de nuestro amor más o menos sinuoso
a lo lejos,
más allá de la no menos sinuosa línea del horizonte, siempre
lejos, dónde,

por dónde es la salida una vez más, qué habrá sido al fin
de la bellísima?

Llévatela

Llévatela de una vez por todas, y si es cierto
que le tienes mucho amor, te suplico que la lleves, llévatela,
llévatela muy feliz, sinuosamente por dentro y por fuera, te suplico
que la lleves al otro mundo en un viaje inagotable,
llévatela pues me siento muy nervioso y muy torpe,
cada vez más nervioso
mientras me voy de lágrima viva en lágrima viva, ¿así nos vamos?,
llévatela por dentro y por fuera, mar adentro, llévatela por dentro
y por fuera.

¿Qué será al fin lo que alguna vez, lo que algún día fuimos?
Mientras los días se van, mientras van muriéndose aquellos días
y el futuro resucita a lo lejos, muy cerca y muy lejos,
Vuestro Inseguro Servidor escucha con emoción y asombro
a Tito Rodríguez como en aquel atardecer a lo lejos
una vez más, muy lejos, no muy lejos
todavía, siempre, supongamos que siempre
es todavía, y transcurre aún el otoño
de 1967 en el rincón más profundo
del Parque Forestal de Santiago de Chile.

¿Sólo tenemos tiempo para ser felices, sólo tenemos tiempo
y no dejaremos de ser los animales que algún día fuimos,
mucho más vegetarianos que carnívoros?
¿Quién habla, quién respira, quién sigue hablando de ese modo?
Ya casi nadie se reconoce en el que habla porque la vida es así,
aunque no sea cierto,
supongamos entonces que la vida es como es,
¿y eso fue todo, eso era casi todo, eso fue todo en este mundo
que alguna vez, quién habla, que alguna vez fuimos
sin saber ni el cómo ni el cuándo ni el dónde?, y esperamos
con todo el amor del mundo, al estilo de Vinicius de Moraes,
que mañana será otro día muy hermoso y ya sin dudas,
con toda la belleza olímpica
que viene de muy lejos y cuyo propósito, tal vez el único,
es que nuestro amor no deje nunca de multiplicarse
a lo largo y a lo ancho del mundo.

Se pasa por loco y después por genio:
¿maravilla de las celebridades?

Quienes saben de estos asuntos, dicen que en el azar de la calle sólo existe el azar de la muchacha rubia. No es ésta, no es la otra, no es aquella o tal vez aquélla con acento o sin acento. ¿Y eso qué importa? Lo único cierto es que la otra muchacha era en otra calle. ¡Vaya uno a saber? Supongamos que era en alguna calle de otra ciudad, y que tal vez yo era otro desde los tiempos antiguos, cuando nadie hablaba de antigüedad porque la antigüedad no existía, por ahí va el asunto, entonces. La verdad es que me pierdo súbitamente, ¿así se dice?, alguien en mí se pierde de la visión inmediata. Dicen que estoy de nuevo en otra ciudad y en otra calle por donde pasa la otra muchacha. ¿Será, como algunos piensan, una gran ventaja recordar intransigentemente? Ahora me da pena no haber visto a la otra muchacha nunca más, aunque sea de reojo, jamás de los jamases, como dicen algunos científicos. Y me da pena no haber visto al fin a ninguna de las muchas que tal vez no son o no han sido todavía. ¡Qué gran ventaja llevar el alma al revés! Ya ni las visiones que de pronto me alumbran, me pertenecen. No me hablen de confusión porque la confusión sólo palpita en aquellos que aún insisten en que la confusión es tan antigua como el agua. Supongamos, entonces, que llevar el alma al revés significa

un encanto cuyas vibraciones se manifiestan cuando uno, mejor dicho nadie en uno se lo espera, y eso es todavía una gran ventaja. De cualquier modo, pase lo que pase, al menos en lo profundo de Vuestro Inseguro Servidor palpitan los lenguajes y se escriben versos o algo por el estilo. Se escriben y se pasa por loco y después por genio, si cabe, y hasta no cabiendo. ¿Maravilla de las celebridades? ¿Vaya uno a saber! Alguien dice o piensa o más bien decía que al menos se escriben versos. Y todo en relación con una muchacha, una muchacha rubia, más o menos, una muchacha más o menos rubia, pero ¿cuál, de qué muchacha estoy o más bien estamos hablando por encima y por debajo del aire de Lisboa en el otoño?

¿Aló, bueno, aló, me escuchas?
¿Con quién estoy en el teléfono?

La rutina te espera con su amor fraudulento
si al fin decides levantarte de la tumba, esa cuna,
esa tumba de ayer y de mañana: sí, viejo,
la rutina te espera, viejo loco, no te conviene, piénsalo,
no te conviene.

Recuerda que toda resurrección, por último,
no es más que una rutina ingobernable.

¿Para qué volver a lo mismo de siempre?
La intolerancia, el poder, la angustia en los colmillos, el miedo,
la rinitis alérgica, el espasmo múltiple, la peristalsis
fuera de todo control, el desliz venéreo, la neurosis narcisista,
el salto mortal con los ojos vendados, las poluciones nocturnas,
la lengua amarga, cada vez más amarga, las pupilas
dilatándose porque sí, porque tal vez no, porque sin embargo,
carne, carne, carne, los sueños del antropófago, el orgullo
vegetariano, sí, ovo-lácteo-vegetariano, la psicosis colectiva,
el tictac del dolor, la cultura del dolor, tictac, tictac, el acúfeno,
la sintaxis del acúfeno en su espiral ascendente y descendente,
la sintaxis de la antigua y nueva lujuria

en el crepúsculo vespertino, los bostezos en cadena,
la coquetería casi póstuma,
el vuelo de la estupidez,
la soberbia, el delirio, la ilusión,
el antígeno prostático específico,
la débil sonrisa diurna y nocturna,
los estornudos en cadena, la erección casi póstuma,
el campo de batalla, todo es heroísmo,
la luna, el brillo de una épica brutal, la luna,
el absurdo es heroísmo, las pruebas de funcionamiento hepático,
el líquen por encima o por debajo de la mucosa,
vaya uno a saber, no muy lejos
de la lengua que todo lo esconde y al fin lo alumbra,
la misteriosa nuez transfigurada en próstata matutina,
noctámbula y vespertina como los dioses más antiguos,
el tacto, tictac, tictac, todo esplendor es hijo del tacto más
profundo,
aquel espacio con su enigma, viejo más loco que nunca,
se multiplica la luz, a pesar de todo, aquel tiempo con su enigma.

Quédate con tu pobre y triste figura allá en el fondo de tu cadáver,
como todo muerto que aún cultiva las buenas costumbres,
algo solemne
en tu larga figura, sí, es verdad, más dócil ahora que indócil,
quédate en aquel ataúd de doble fondo y sin abrir los labios:
serás un cadáver feliz, te lo aseguro, y sin el peligro

de la resurrección que aparece y desaparece en cada soplo.
Recuerda que el pelo no deja de crecer nunca, transcurre el tiempo,
jamás de los jamases, recuerda que las uñas no dejan de crecer
nunca:
patología en el pelo, patología en las uñas, y más allá la luna
blanca
y negra, esa luna del pubis que tiembla en el infinito
y que según Rubén Darío es como la fosa del amanecer.

Olvidate del recuerdo, olvidate del olvido, olvidate de la memoria.
Dicen que en tu sepulcro hay música, sólo música de fondo,
eso dicen,
mientras el mundo vuela en aquel espacio lleno de ángeles
que solamente bailan al compás de aquella música inaudible.
Sí, así es, viejo más loco que viejo, aún eres, más loco que nunca,
el cadáver más feliz del mundo, y de tu alma tan antigua
no queda ni un solo granito, ni el más solitario de los granitos
de arena:
ríete de lo que fuiste y de lo que no fuiste, casi muerto
de risa, ríete una vez más de lo que pudimos haber sido.

¿Con quién estoy en el teléfono? ¿Aló, bueno, sí, aló, me escuchas?
¡Abre los ojos, viejo cara de hormiga, cara de Lobo Sapiens
que lo sabe todo, eso dicen, sin saber absolutamente nada!
¡Abre y cierra los ojos para que al fin puedas ver
quién te habla por la trompetilla más loca,

sin duda, la trompetilla interminable del bendito o maldito
teléfono!

Descubre el amor que aún palpita, el verdadero amor de la tierra,
y no abandones esa vida confortable de tu sepulcro
donde la música es música indeleble, sin principio
y sin fin, como en los tiempos antiguos,
donde al parecer todo estaba en todo.

Sigue durmiendo, entonces, más allá del tiempo y del espacio,
sigue durmiendo y pensando en aquel paisaje insondable
del ataúd de doble fondo, allí donde sólo vuela tu cadáver
que ha logrado subirse al lomo de una bicicleta imaginaria.

Nunca dejes de dormir, olvídate del Olvido, nunca dejes de dormir
en la sabiduría de tu locura, casi todo es locura.
Aún estamos durmiendo en este paisaje sin límites,
más allá de las nubes, aún estamos más acá
o más allá de las nubes, como si nunca hubiéramos estado
despiertos.

No te pongas nervioso, canta y baila, no te pongas nervioso.
Tampoco deberías resucitar en este mismo instante:
recuerda que toda resurrección es un peligro
mortal, abre los ojos, ¿por qué no los abres?,
¡ábrelos!, recuerda que todo peligro puede ser inmortal.

Dicen que la música de la resurrección no es como la fosa
del amanecer.

Quédate tranquilo, viejo cara de araña, eres el más loco,
¿honor a quien honor merece?, aún eres el cadáver más feliz
del mundo
y tienes la posibilidad de ver en cuerpo y alma al peludo cangrejo,
como hubiera dicho Rubén Darío, así como de saludar al sol,
araña,

cara de araña, no seas rencoroso y olvídate, por ahora,
del salto mortal con los ojos vendados.

Recuerda que tienes todo el espectáculo de la muerte
por delante, sí, eso dicen los que saben, los únicos sabios
que en el mundo han sido, los únicos y los últimos.

A partir de un bolero en la voz de Gilberto Santa Rosa

¿Por qué nacemos, por qué nacimos,
por qué seguimos naciendo desde aquel día,
más bien desde alguna noche de algún día, amor mío,
si tal vez alguna noche de algún día tenemos que morir?

¿Por qué somos así como somos, tal vez fuimos
y seremos algún día, por qué, amor mío, vaya uno a saber
quién habla cuando suponemos que uno es el habla
todavía, viniendo de muy cerca o de muy lejos?

Nunca podré olvidar que aún vas y vamos y aún vienes
volando hacia mis brazos, como en aquel inolvidable
poema de Pablo Neruda, cuando el muy querido
y legendario Alberto Rojas Jiménez
se fue o más bien se nos fue de este mundo para siempre.

¿Por qué seguimos aquí, entonces, naciendo y muriendo
y volviendo a resucitar al menor descuido de los dioses,
ya sin melancolía, casi, vaya uno a saber, ya sin mucha melancolía,
pero con esas lágrimas en el abismo

o más bien a lo largo y a lo ancho del Paraíso de los Anteojos
que tal vez no tienen o no tuvieron nunca un fin y un principio?

¿Por qué nacemos, más bien por qué nacimos,
por qué seguimos naciendo desde aquel día,
más bien alguna noche
de algún día, amor mío, si algún día, vaya uno a saber,
si algún día, tal vez alguna noche de algún largo día,
tenemos que morir?

Caballeresco, tal vez clásico, pero de otra galaxia

Caballeresco, ingenuo, tal vez
clásico, algo sutil, con elegancia
de espíritu, y extravagante a veces.

¿Su Majestad el Lobo Sapiens, alias
Hernán Rodrigo Lavín Cerda, Marqués de Nomeolvides,
vaya uno a saber, paso a paso, vaya uno a saberlo?

Cuánto júbilo de improviso, cuánto entusiasmo
a veces, más o menos convulso y de improviso, vaya uno,
¿cuánto entusiasmo excesiva o febrilmente multifacético?

¿Sois de otra época y de otro mundo, sois como sois, no hay duda,
sois una especie de animal salvaje, muy salvaje, se dice así,
muy animal por encima
y por debajo, así se dice todavía, venid y vamos todos,
se dice así todavía?

Muchos creen, a estas alturas, que no eres
mucho más que una especie de animal desmesurado

o más bien de aprendiz de Santo de otra Galaxia
aún desconocida y expandiéndose más allá de todo Fin,
más acá de todo Principio.

Las orejas del bien y del mal

Ayyy, Dios mío, Dios de nadie, Dios mío
y de nunca jamás, de tal vez nunca,
¿por qué me han crecido a lo bestia
las enigmáticas orejas del bien y del mal
sin misericordia, sin la más mínima misericordia?

Vuelan los años, no solamente los años
del aire al aire, como hubiera dicho Pablo Neruda,
y sin embargo todo es al fin lo mismo de lo mismo
cuando el aire no sólo del mundo
se muerde al parecer la cola, gatunamente,
y va girando a lo lejos, desde el fondo, se muerde
una vez más la punta de la cola
y va girando del aire al aire.

Ayyy, Dios mío, Dios de nadie, Dios mío
y de nunca jamás, de mañana será otro día, de tal vez
nunca, ¿por qué no podemos salir del abismo
del por qué, mientras van creciéndome sin misericordia
y a lo bestia hoy, mañana y siempre,

las enigmáticas orejas del bien y del mal,
sin ninguna, sin la más mínima, sin ninguna misericordia?

Allí donde tal vez la Nada
baila semidesnuda con el Todo

¿No ves que estoy llorando por dentro, amor mío?, y a lo lejos
alguien canta, no muy lejos, vaya uno a saber, alguien canta

y seguirá cantando hasta que llegue el último día,
allí donde tal vez la Nada baila semidesnuda con el Todo

que fuimos o que más bien pudimos haber sido
y la luz al fondo, siempre aquella luz al fondo, amaneciendo

y palpitando y anocheciendo porque así fue escrito
y seguirá estando escrito a lo lejos, en el aire del mundo

todavía, ven a mis brazos, ¿por qué no vienes?, ven y no me dejes,
recuerda que tan sólo quiero bailar contigo esta noche,

más bien la noche de anoche, ¿lo recuerdas?,
no me dejes, cuando estoy contigo no cambio la gloria,

no me dejes, no podría cambiar la gloria por la dicha enorme
de estar en tus brazos y más allá del tiempo, así es, para siempre,

mami, vámonos lejos, aún más lejos de toda lejanía,
¿por qué no me abrazas una vez más?, abrázame así, mami,

allí donde tal vez el Todo baila semidesnudo con la santísima
Nada, vámonos lejos, mamacita, y nunca olvides que soy tuyo

desde los tiempos de Adán y Eva, más bien de la melancólica Eva
y del no menos melancólico Adán que ahora observa sus manos

con mucho asombro como si fuesen las manos
de un tal Lavín Cerdus

y no las manos tuyas donde a menudo brilla el sol
aunque no habita nadie,

y el Todo y la Nada están a punto de iluminarse
una vez más por dentro,

paso a paso, inmóviles en el asombro,
temblorosos por dentro y por fuera.

Aparición de Rachmaninov

Sin duda que Rachmaninov soy yo, caramba,
desde mucho antes que el yo existiera, paso a paso,
¿caramba?, en este mundo cada día más inmundo
con su magnífica locura ingobernable.

Y a propósito de cualquier posible despropósito,
¿qué significa al fin la palabra Rachmaninov?
¿Una convulsión románticamente agridulce
como los estallidos lavinianos de Su Majestad el Lobo Sapiens?
¡Vaya uno a saberlo sin saber al fin del fin del fin, al fin
de los enfines, absolutamente nada!

Vi llorar a mi madre, doña Graciela Cerda D'Amico,
mientras hacía volar a Rachmaninov en su piano de color caoba
desde lejos, muy cerca y muy lejos, allá en la calle Bellavista
de Santiago de Chile del Nuevo Extremo, ¿capital de no sé qué?

Ahora son los pianistas chinos los que resucitan a Rachmaninov
con insuperable virtuosismo convulsamente melancólico.

¿Nos vamos, entonces, o nos quedamos?

Todo se nos pudre por encima y por debajo del mundo.

¡Campanas! ¿Vámonos cuervo a fecundar tu cuerva? ¡Campanas!

Ya ni sé, ya nadie sabe en mí lo que algún día supo o más bien

supimos.

Sin duda que Rachmaninov soy yo, caramba, mientras

nos vamos muriendo y resucitando por los siglos de los siglos.

¿Aleluya?

Aquel amanecer del Génesis,
cuando todo ¿estaba en todo?

¿Alguno de ustedes sabe dónde, vaya uno a saber, por dónde andarán a pierna suelta mis pobres y lúcidos calcetines amarillos, aún más luminosos y amarillos que la sutil o más bien sigilosa respiración del Espíritu Santo? ¡Socorro, venid a mí entre aquellos árboles de flores amarillas! ¿Qué hora es, alguno de ustedes conoce a ciencia más o menos cierta la verdad, qué hora es a lo lejos? ¡Socorro, venid a mí, socorro! Tal vez la única verdad es que yo no puedo, todavía. Los años pasan, mi corbata es un recién nacido que palpita y cuya respiración es aún más azul que la respiración del Espíritu Santo. Pero dónde, qué se hizo, por dónde es al fin la salida, por dónde es la salida, ¿no ven que aún estoy llorando por dentro, vámonos tocando, vámonos llorando al fin por dentro y tal vez por fuera? ¿Quién dice llorando, quién lo dijo, vámonos tocando de *jazz* en *jazz*, bolero adentro, bolereando vámonos con las santísimas tres lágrimas en el abismo de los anteojos con túnel o sin túnel, vámonos del aire al aire en la santísima trinidad del vidrio, ¿qué se nos hizo el túnel, qué se nos hizo paso a paso el vidrio en su belleza cada vez más enigmática, qué se nos hizo al fin, cuando parece que el todo y la nada en su esplendor se multiplican, adónde se nos fue la bellísima y no menos santísima trinidad cada

vez más lúcida y más lúdica trinidad del vidrio? ¡Socorro, venid a mí, socorro, qué hora es? Mientras el todo y la nada giran y giran como un volante loco enredado convulsamente en sus visiones que parecen venir de muy lejos, y al fondo esos girasoles que no dejan de palpar girasoleando, venid a mí, girasoleando. ¿Se dice así, vaya uno a saber, así se dice? ¿Qué hora es más allá de aquel reloj que gira y gira como un volante loco? Hoy me puse una corbata de seda pura, eso dicen los que aún creen con algo de ingenuidad en Cayo Valerio Lavín Cerdus, alias el Padre del Otro, subrepticamente el Otro, aunque la Madre y el Padre del Otro no sean mucho más que las tres convulsiones del Espíritu Santo, la Santísima Trinidad en las convulsiones del Espíritu Santo, Santo, Santo. ¿Qué hora es o ya no es a esta hora? Me voy en luz, de sombra en sombra, nos vamos en aquel juego sinuosamente vertiginoso de tantísima luz que al deslumbrarnos pierde todo su control, bendita sea, y desde el fondo, a lo lejos, más allá del túnel, nos deslumbra como si nunca hubiéramos abandonado el esplendor de aquel amanecer del Génesis, cuando todo estaba en todo, y bailábamos desnudos bajo la primera lluvia, sin alejarnos de aquel misterio más o menos curvo por encima y por debajo de la inolvidable línea del horizonte donde no habita nadie, según dicen, con la única excepción de ustedes y de nosotros. Pero ¿quién habla desde el fondo una vez más, cuando se supone que uno es el que habla por encima o más bien por debajo del Tiempo?

¿Dónde estás, mamita, qué se hizo Dios?

¿Dónde estás mami, mamá,
mamita, qué se hizo Dios, dónde,
qué se hizo, por dónde es al fin la salida
en este mundo de locos sin consuelo?

Aún estamos llorando por dentro, por fuera
y por dentro, al fondo, siempre al fondo y por dentro
como lloraban nuestros padres porque sí,
porque no, porque tal vez, porque sin embargo,
porque mañana ¿será otro día en este mundo
triste, cada vez más cruel y de loquísima
cordura entre convulsiones ingobernables?

¿Dónde estás mami, mamá, mamita,
qué se hizo Dios, qué habrá sido
de nuestra inolvidable Virgen de Guadalupe,
alguno de ustedes la habrá visto pasar por Iztapalapa
y al fondo, siempre al fondo, muy lejos, quién sabe, no muy lejos
de los pies o más bien de la cumbre del volcán Popocatepetl,
allí donde a menudo no hay nadie

y sólo habita el espíritu de Vuestro Inseguro Servidor,
alias el Otro, el que pudo ser, siempre el Otro
persiguiendo a un papalote
que no dejará de subir y subir hacia los 7 cielos?

Breve introducción a la vida y la muerte

Sólo la muerte, ¿qué día es hoy?, sólo la muerte
dice o más bien se atreve a decir la verdad,
¿qué día es hoy?, ni muy cerca ni muy lejos,
¿sólo la muerte es más absurda que la vida?

Lo dijo alguna vez William Shakespeare
casi muerto de risa, inmóvil, paso a paso,
y lo repite hoy Su Majestad el Lobo Sapiens
imitando con júbilo a Fernando Pessoa,

aquel aprendiz de filósofo del mundo
como no es, pero quién sabe, lo único cierto
es que nadie sabe nada, todavía, iluminándonos,
venid a mí, ¿qué día es hoy?, iluminándonos.

El fantasma y otras visiones que se deslizan pendularmente

El fantasma

Al fin un fantasma que no parecía un fantasma.

Un maestro tan anfibio que no parecía un maestro.

Un escritor tan inverosímil que no parecía un escritor.

Un sabio tan suspicaz que no parecía un sabio.

Un hombre tan humano que no parecía un hombre
sino más bien lo que pudiera llegar a ser un hombre

o algo por el estilo:

tal vez un sabio, un escritor, un maestro, un loco, probablemente
un loco, o tal vez un fantasma que sólo a veces parecía
un fantasma.

Durante aquella mañana de otoño se levantó con sueño
y escribió en el aire algunas palabras
que alguien le fue dictando con su voz muy antigua
desde las profundidades del otro mundo:

—Estoy muy poco en mí, tan poco,
que lo que hacen de mí casi no me interesa.

La muela del juicio final

Su Majestad el Dentista me da más y más palos de ciego
alrededor de la enigmática y gran muela del Juicio Final,
y yo sufro, casi muerto, yo me voy sufriendo casi muerto de risa
como un monje budista bajo las garras de un soldado gringo
con absoluta premeditación, alevosía y destellos de esquizofrenia.

El dentista sonrío, tal vez se ríe por dentro, no deja de sonreír
y me da más y más palos de ciego, sádica y odontálgicamente,
alrededor del antiguo pozo donde aún sigue y seguirá palpitando
la doliente y cada vez más subrepticia y misteriosa muela
del Juicio Final.

Su Majestad el Dentista, cuyo nombre de batalla es Augusto
Pittaluga,
no deja de sonreír y me da más y más palos de ciego.
Ya nadie sabe quién soy, todo se nubla, mientras Su Majestad
el Dentista
es el Rey moribundo y la Reina insidiosa de Dinamarca,
mientras yo soy Hamlet, todavía, vaya uno a saber,
soy algo así como el fantasma no muy escurridizo
del Príncipe Hamlet.

Invierno en Chile

En este maldito país
no hay una maldita y solitaria mesa
allá en el fondo de algún maldito restaurante
que no sea coja, mierda, solitaria y malditamente coja.

Junto a esa cojera más o menos enigmática sobrevivimos
de tumbo en tumbo, ¿gracias a Dios?, y algunos se burlan
cuando nos ven llorar bajo los temblores de la supercoja
en aquel restaurante donde el paso del tiempo
se mide solamente por los desequilibrios
de la maldita y solitaria mesa
en este país de solitarios o muertos de hambre
más o menos malditos, vaya uno a saber, vaya uno.

Mientras esto sucede, yo me muerdo, alguien en mí se muerde
y voy comiéndome no sólo estas uñas y sólo pienso en Luvina
cuando descubro que la sombra de Juan Rulfo
avanza sin mucha dificultad por la calle Huérfanos.

“Al menor descuido, le comeré las uñas a la supercoja”,
me digo con algo de amargura en aquel rincón lleno de arañas
que permanecen inmóviles como la sombra ingobernable
de Emil Cioran.

Objeto volador no identificado

Para los ojos de nuestro hijo, Dios
es un objeto volador no identificado
que cada día se parece más a la más bella mosca
de ojos tan amarillos como los de la Santísima Trinidad
en sus vuelos que van y vienen, esos vuelos nunca identificados.

Para mis ojos, Dios es al fin lo más amarillo del objeto
que no dejará de perseguir a nuestro hijo
a través del Universo donde la mosca más bella es
o podría llegar a ser, puesto que todo está en todo,
la Santísima Trinidad desfigurándose o más bien
transfigurándose
hasta convertirse en un soplo sin labios, ¿en un Cristo sin Dios?

Para los ojos de nuestro hijo, la más bella mosca es al fin el vértigo
en su amarillo jamás identificado por otra locura
que no sea la de nuestra Santísima Trinidad
transfigurándose desde aquel amanecer del Génesis.

Aproximación a las orejas

La vida nunca vivida es una enfermedad muy contagiosa
en la que los humanos pueden encontrarse de pronto
con la muerte.

—¿Tengo orejas sensuales?

—De ningún modo: las tienes obscenas.

La vida nunca vivida es una enfermedad muy peligrosa
cuyas orejas son aún más obscenas
que el acto sorpresivo de morir sensualmente.

—¿Cómo es la cosa, entonces? ¿Tengo orejas sensuales?

—De ningún modo, amor mío: las tienes moribundas.

El desliz de la sombra

Cordero de Dios cuya sombra se desliza
paso a paso, más allá de la luz
del Cordero, sin que nadie
pueda reconocerla,
¿por qué somos tan solemnes?

Si la confusión es el principio
y todavía es el fin, de júbilo en júbilo,
¿por qué somos tan ceremoniales?

Cordero de Dios cuya sombra
se ha vuelto ciega, paso a paso, deslizándose,
¿por qué somos tan solemnes?

Sácanos finalmente la lengua, esa lengua
muy tuya, tan ubicua y tan ambigua
que sólo tú conoces, ¿qué día es hoy?, que sólo tú conoces,
aunque sea por televisión, esa lengua, bendita sea la televisión,
y volveremos a creer en ti, Padre Nuestro.

Locura por la resurrección

Que levanten la mano los que están muriéndose de ganas
por resucitar en este mismo instante:
primero los furibundos, esas almas en penumbra
que también son hijas de Harpócrates, quien suena
a cosa de botica, según don Francisco de Quevedo,
y después los fundamentalistas, aquellos hijos,
nietos y bisnietos del silencioso Nobel, quienes inventaron
la neo-nitroglicerina, aún más viscosa y amarillenta,
como burla y homenaje al abuelo Alfred Nobel.

Que levanten la mano los que aún están muriéndose de ganas
por resucitar y seguir resucitando en este mismo instante:
primero los energúmenos, los trogloditas
y después los dogmáticos, quienes dieron origen
a una familia de naturaleza ingobernable, cuya telaraña
se multiplica a lo bestia, con apetito brutal, y fraternalmente
por el mundo.

La condena

¿Estamos condenados a sobrevivir en un mundo
que tal vez nadie creó, y donde solamente se permite morir?

Aún estoy solo, ¿por qué no me adoptan?,
más solitario y más huérfano que nunca.
Nadie me habla en el laberinto del oído izquierdo:
ni siquiera el viejo matamoscas de color azul, aquel azul de Prusia
cuya única virtud es semejante a mi única virtud:
matar moscas en soledad, en el acorde azul del silencio,
con algo de misericordia, sin música, ya sin música de fondo
y construyendo círculos de moscas muertas en la humedad
del aire.

Aún estoy sola, ¿por qué no me adoptan?, más huérfana
que de costumbre, sonrío una de las moscas
cuyo espíritu, no olvidemos que cuerpo es espíritu, todavía
no quiere morir
a lo largo y a lo ancho de este mundo que tal vez nadie creó
como por arte de magia,
más allá del túnel de la oreja izquierda, y poco a poco
va durmiéndose
al estilo del inolvidable Jonás en el vientre más o menos infinito
del matamoscas.

Autorretrato

Dicho con absoluto respeto, creo que todo bebé es insoportable: no tanto por su vocación de llorar durante el día y la noche, como por su orgullo de naturaleza sutilmente filosófica.

No hay bebé que sea un animal neurótico, por lo que sabemos, aunque cultive la obsesión o tal vez el arte de chuparse el índice con tal asombro y entusiasmo que desconcierta.

De pronto el bebé puede sacarnos la lengua en medio del público: lo más seguro es que haya perdido la inocencia en ese mismo instante y empiece a vivir o más bien a sobrevivir en lo más profundo de su vida de Lobo Sapiens adicto desde siempre al melodrama del pensamiento abstracto.

Ordeño

No puedo, es imposible, ya no puedo ordeñarme los sesos como si fuesen las tetas de una vaca.

Pídanme lo que quieran, ya no puedo, pídanme lo que quieran, pero no me olviden bajo este sol indomable. Pídanme lo imposible, lo posible, pídanme lo imposible:

la aguja de aquel pajar en el Jardín de las Delicias,
la aguja solitaria sobre la punta o más bien la cumbre
cada vez más susceptible de la lengua,
si les parece bien, ¿qué día es hoy?, si les parece bien,
pero no me abandonen, les ruego que no me abandonen
con este dolor de muelas que me abrumba
y me persigue como aquel primer soplo de vida a su nonato.

Pídanme lo que quieran, ahora o nunca.
A pesar de todo, soy feliz, muy feliz, aunque no puedo
ordeñarme los sesos como si milagrosamente
fuesen las tetas de una vaca.

La voz de Juan Rulfo

Algunos testigos aseguran que Juan Rulfo
alcanzó a decir desde sus propias cenizas
en aquellos tiempos difíciles:

—Ya me voy a dormir. Diles
que no me maten, sí, que no sigan matándome.
Allá en las tierras del otro mundo
nos obligan, como si fuéramos esclavos,
a cultivar el optimismo, dolorosamente el optimismo.

Una llamada telefónica

Al cumplir los tres primeros meses en este mundo tan hermoso, pero de locura tal vez ingobernable, Cristóbal habla por teléfono para contarnos su vida:

—No hay nada que me entusiasme tanto, abuelo, como cuando observo y escucho la música de mi respiración bajo aquellos árboles con sus flores muy alegres y amarillas, los árboles que no dejan de respirar junto a mi casa desde donde surgen las ondulaciones de aquel mar con sus fantasmas que aún sonríen como yo, felices, más felices que nunca, porque también saben hablar por el teléfono al estilo de aquellos árboles que aún se deslizan con la bocina del teléfono colgando de sus orejas.

La mansedumbre

Si me globalizan la nariz, todo su cuerpo, más allá del olfato y de la respiración, no habrá misterio en la cumbre de la respiración y del olfato, ya ni modo, no habrá milagro si también nos globalizan los ojos de ver por encima y de transver por debajo de las aguas donde aún duerme y tal vez descansa el mundo, los ojos de la anatomía

y del espíritu, así como las melancólicas orejas
y nuevamente los ojos que aún viajan por el aire
sin moverse jamás.

Todo es abominable si me globalizan lo que pudo ser esta nariz
que al fin no será más que una triste nariz fuera de toda sintaxis
y de toda galaxia, pues no hay aire, ya no hay aire
en los alvéolos de este mundo, ya no hay una mariposa
blanca, de luz y de aire, que valga la pena.

Nada es tan cruel como la globalizadora mansedumbre,
aquella que se extiende sobre el horizonte, más allá de todo,
allí donde el horizonte y el infinito se curvan y se curvan
sin descanso.

La mano de Cristóbal

Con sus cuatro meses de edad,
la mano izquierda de Cristóbal es más suave
que la piel misteriosa, esa piel que todavía cubre
y protege al prepucio de Dios, con luz y todo.

No deja de respirar esa película de epidermis,
no sólo de epitelio en la mano de Cristóbal,
una manita de improviso inmensa como un grano
de arroz eterno cuya temperatura es semejante

a la de aquella galaxia casi desconocida
en la que aún habitamos sigilosamente, sin abrir los ojos.

¡Descansa en paz, caramba!

Ya lo dijo no sé, no sabemos quién,
o tal vez no se ha dicho todavía:

—Descansa en paz por encima
o por debajo de la madre tierra.
¿Será posible? ¡Descansa en paz, caramba!
¿Y el musgo, la humedad, y el peso
de la bendita o maldita lápida?
¿Y los sepultureros cada día más borrachos?
¿Y las ratas o más bien los ratones, venid a mí,
los súper ratones y las súper ratas
que no sólo se dedican a roer el cuerpo
de los ataúdes, sino además el alma
de los muertos y no solamente de los muertos?

Ya lo dijo no sé, sin duda, no sabemos quién,
o tal vez no se ha dicho todavía, lo cual es un milagro
¿pero al revés?, sin duda, pero al revés, ¿alguno de ustedes
podría decirnos a ciencia más o menos cierta
qué significa desde las profundidades

lo que estamos diciendo, pero al revés, cuando se supone que no se ha dicho nada todavía?

Aproximaciones al Premio Nobel

Si no le otorgan el Premio Nobel
al Espíritu Santo que lo merece como nadie,
¿por qué no se lo dan a Vuestro Inseguro Servidor,
conocido en todo el mundo como el Hijo de la Madre Teresa
de Calcuta, o a veces Cayo Valerio Lavín Cerdus,
quien tiene la virtud de adivinarlo todo, así es,
casi todo, sin saber a ciencia cierta, más o menos cierta,
para qué chingaos sirve a estas alturas adivinarlo todo?

Ruego a todos ustedes, a diestra y siniestra,
que no interrumpan sus oraciones a lo humano y lo divino,
a ver si finalmente los señores del jurado se iluminan
por dentro o por fuera, con mucho entusiasmo
porque la vida es así,
no hay duda, así es, y finalmente nos dan el Premio Nobel
de la Paz, por lo menos, esa Paz que tanto necesitamos.

Prometo no defraudar a nadie, se supone, sé muy bien lo que digo,
si alguna vez le dieron el Nobel a Pablo Neruda y a Octavio Paz,
no veo por qué razón no deberían otorgárselo
a Vuestro Inseguro Servidor,

conocido en todo el mundo como Su Majestad el Lobo Sapiens
o más bien el Otro, el Ceniciento, ¿lo recuerdan, todavía?,
siempre el Otro,
el Muca Muca, el Matalascallando, el Muca Muca
bajo su gran peluca, ¡sefiní!

Aproximación al fenómeno de la risa

Después de cuarenta y cinco años de investigación filosófica,
hemos llegado a la certidumbre de que la risa
no sólo materna, es y no es, sobre todo no es un fenómeno
humano.
Alguien en mí se refiere, como es obvio, a su más profunda
génesis,
aunque posteriormente los hombres se apropiaron de la risa
como si fuese un invento personal:
nada más lejos, como el amor en su voladura,
nada más lejos de la verdad científica.

Después de más de cuarenta y cinco años
de investigación no solamente filosófica,
hemos llegado a la certidumbre
de que la risa no sólo materna es un fenómeno unicelular,
¿multicelular?, ¡unicelular!, ¿multicelular?, ¡váyanse al diablo!,
y pertenece a la historia del universo
desde mucho antes de la aparición del hombre sobre el polvo.

Casi existe la certidumbre de que la risa
es un accidente provocado por la migración de algunos insectos
en tiempos de crisis, mucho antes de la época de las cavernas.
Aquellos insectos aún son anfibios, algo confusos,
no muy veloces,
y creemos que constituyen el antecedente más remoto
del surgimiento del hombre en el espacio donde todavía
se supone que el mundo gira y gira y seguirá girando
en órbitas de perturbadora o deslumbrante belleza.

Aquel cerdo con cara de hombre

En la finca del jubilado Antônio Correia Martins,
a unos 27 kilómetros
de Curitiba, nació hace una semana un cerdo con cara de hombre
junto a otros nueve cerdos con su ecuménica,
lentísima y luminosa cara de cerdos.

Aprovechando la novedad, casi todo
es novedad en estos días de profunda crisis,
el jubilado cobra una entrada para ver no sólo el aura
alrededor de los ojos del chanco:
primero vivo y, después de muerto, conservado en formol.

Aquel cerdo con su cara de hombre
(algunos dicen que es un retrato fiel de Antônio Correia Martins),

atrajo la curiosidad popular que ha sido fomentada
por los comentaristas radiales.

Desde hace más de un mes, hay una larga fila
de individuos que desean ver o verse en los ojos del chancho
aunque debamos pagar un precio de locura, bendito
sea Dios, un precio de altísima locura.

Mientras esto sucede, el jubilado de la quinta *Louvado seja Deus*
dice que cría cerdos desde hace más de cuarenta años
y nunca vio algo semejante:

—Cuanto sé no me sirve ni para saberlo.
Así lo digo sin ironía y sin falsa modestia.
Lo digo así cuando pienso en este pobre animal
que no es tan pobre, sin duda.
Este animal es mucho más convincente que nuestra melancolía.

La sonrisa de Hamlet

Vuelvo a lo mismo de siempre, sonrío Hamlet
sin olvidarse de aquellos días

bajo el dominio de la niebla
y cuando todo era posible.

No perdonamos ser como somos, sin duda,
¿verdad que al fin no perdonamos ser como somos?

Alguien se atrevió a decir que lo insoportable
de haber perdido la razón, es recuperarla nuevamente.

Volvamos una vez más a lo mismo de ayer y de mañana:
no perdonamos ser como somos. ¿Qué se hizo Dios? ¿Nunca?

La vuelta de Astor Piazzolla

Cómo nos gustaría lograr vivimos ahora, tal vez mañana, siempre,
libres de lo de ayer, ¿por qué no has vuelto?, Astor Piazzolla
vuelve, cómo nos gustaría, quién fue Dios,
era yo Dios y caminaba sin saberlo, aquel Dios tan distraído
que alguna vez nos hizo desde las palpitaciones
de la luz y la sombra del mundo,
¿era yo Dios y caminaba sombrío y luminoso sin saberlo?

Lograr morirme ahora, cómo me gustaría, viviéndome
por debajo, sutilmente, y por encima, casi
vertiginosamente, por encima y por debajo de la luz del mundo,
libre
de lo de ayer, de *jazz* en *jazz*, no sólo de lo de ayer,
dejar que corra el tiempo, lograr que todo vuele
más y más, lograr vivirme ahora, cómo me gustaría
rodar por el vacío, libre de lo de ayer y más y más ayer, dejar
que corra
el tiempo, lograr que todo vuele más y más, lograr vivirme ahora,
cómo me gustaría rodar por el vacío, libre
de lo de ayer y más y más ayer, dejar que corra el tiempo

a lo salvaje, que vengan los ángeles y las bestias de siempre,
de *jazz*
en *jazz* en *jazz*, de siempre en siempre, jazzeando, que vengan
los muy angelicales y los muy bestiales como en el primer día
del mundo,
brutalmente, así es, así, así es, como sucedió en el vuelo del primer
relámpago
y sucederá en el vuelo del último, cuando todo
vuelva a ser como en los orígenes.

¿Era yo Dios, aquel Dios tan distraído, era yo Dios
y caminaba sombrío y luminoso como el fantasma de Astor
Piazzolla
por encima de la bóveda del mundo?

Cómo nos gustaría rodar por el vacío, ser el cero del polvo, libres
de lo de ayer, aquel cero, ¿cuál ayer si nunca hubo ayer?,
nos gustaría
rodar y rodar por el vacío como aquella piedra en el alba del
Génesis,
la piedra fundamental, ser el enigma en aquel cero del polvo,
que no deje,
que nunca deje de venir el polvo, dejemos que al fin caiga
el tiempo, ser el relámpago que dibuja en el aire
un cero de polvo ingobernable, aquel círculo
que no dejará de seguir volando sobre la cumbre del mundo.

Cómo nos gustaría dejar que corra el tiempo, ser
por último el cero del infinito polvo, libre no solamente
de lo de ayer, lograr que vuele y vuelva el tiempo
de Astor Piazzolla, de zigzag en línea curva, de líneas rectas
y curvas en *jazz*,
de *jazz* en tictac, jazeando, así, zigzagueando, así, rodar
por el vacío
y después el viento, lograr vivirme ahora, y después el viento,
libres
de lo de ayer, tal vez lo de mañana, lo de siempre,
y antes de convertirnos en el cero más profundo,
aquella monarquía absoluta del polvo.

Tocaban música, ¿vaya uno a saber?, tocaban música

Aunque ustedes piensen diabólica o científicamente lo contrario, ellos tocaban música sin voces ni instrumentos. Así lo dijo no sé quién a principios del siglo xx, cuando se suponía que todo, incluso aquello, estaba en los orígenes de todo.

¿Tocaban música? ¡Vaya uno a saber!

¿Tocaban música de oboes sin oboes, de violines sin violines, al modo de Oscar Hahn, aquel célebre prestidigitador del siglo xix, cuando se suponía que el todo y la nada no siempre navegaban con júbilo en la nada y el todo?

Lo único cierto, vaya uno a saber, lo único más o menos cierto es la repentina aparición de aquellos clavicordios sin teclas y sin cuerdas.

¡Tocaban música, sin embargo, tocaban desde lo más profundo de aquel fenómeno que aún llamamos música! Se supone, pero no, más bien sabemos con precisión científica que no tenían ni oídos para tocar, ni dedos para oír, ni ojos para ver lo que aún se oculta en el más allá de las partituras.

De cualquier modo, sin embargo, de cualquier modo tocaban música con un extremado virtuosismo.

Pero ¿quiénes tocaban, quiénes se atrevían a seguir escuchando?

Dicen, dirán, digamos que no lo sabemos, vaya uno a saber lo que todavía no sabemos. No nacen todavía.

¡No jodan, piedad, piedad, un poco de misericordia! ¿Cómo se atreven a decirnos, con la ciencia en la mano, que no nacen todavía?

Te lo agradezco, ¡va por ustedes!

Te lo agradezco, ¿pero no?

¿Y si después de todo, fuera ella?

¿Y si antes o después del amor, no fuera ella?

¿Qué se hizo el amor de labios

dulces o más bien agridulces

como en aquellos días de Adán y Eva,

cuando se supone que todo estaba por aparecer

en el aire del mundo, espadas como labios, más allá del aire?

Ya ni sé, nadie sabe en mí lo que digo, todavía, pero te amo

y la vida es así, no es mucho más, la vida es lo que es,

aunque no sea cierto.

¿Qué se hizo el amor en el aire del mundo, te lo agradezco,

qué se nos hizo,

pero no, mírame, niña mía te lo agradezco, pero no?, quién sabe,

vaya uno a saber, ¿mañana será otro día?, te lo agradezco

pero no, sin duda que todo es lindo, vaya uno, muy lindo

en el más allá de tu cuerpo volando

hacia el más allá de los siete cielos que siempre

han sido más de siete por fortuna, pero no, amor mío,
¡va por ti, por ustedes, va por el mundo!,
te lo agradezco desde el siglo pasado y más allá de los siglos,
pero no, todo es lindo, sin duda, todo es muy lindo
en el más allá de tu cuerpo
semidesnudo como en aquel amanecer del Génesis, amor mío,
¿lo recuerdas?

No me hagas llorar, Buenos Aires, Santiago de Chile,
México lindo y querido, no me hagan llorar, se los agradezco.

Ya ni sé lo que dicen estas palabras que no son mías,
tal vez son tuyas
mis palabras deslizándose sinuosamente por el aire del mundo,
te lo agradezco, pero no, aunque te amo y la vida es así,
no es mucho más
y seguirá siendo así, te lo agradezco, vida mía, la vida es lo que es,
¿vámonos tocando *jazz*, aleluya por el *jazz* latino,
vámonos tocando antes o después del amor,
mientras todo nace o más bien resucita
como en el amanecer del Génesis?

Una locura, por lo menos,
resucitando, resucitando,
¿una locura diaria?

¡Definitivo! Si no hago una locura diaria,
me vuelvo loco, aún más loco
que Su Majestad el Lobo Sapiens. ¿Definitivo?

¿Para qué sirve el zapato derecho
si solamente lo usamos en el bendito pie derecho?
¿Para qué diablos sirve el zapato izquierdo
si coléricamente lo usamos en el maldito pie izquierdo?

Habría que cambiar de oficio en este mismo instante,
cambiándonos los zapatos por encima
o por debajo de los benditos o malditos zapatos
nuestros, más o menos nuestros
de cada día, cuando se supone que todo
estaba en Todo, paso a paso, evidentemente
con mayúscula, ¿no que no?, todavía.

Pero ¿de cuál todavía nos hablan?, cuando se supone
que ningún todavía existe en el aire

del mundo, paso a paso, todavía?
¡Pongámonos de acuerdo, antes que sea, sin duda,
pongámonos antes que sea demasiado tarde,
o nos volveremos aún más locos, bendito
sea Dios, que Su Majestad el Lobo Sapiens,
alias el Otro, sinuosamente el Otro, alias
el Resucitado a cada instante, ahora
o nunca, resucitando, resucitando, resucitando?

La queratosis seborreica del Espíritu Santo

Aunque ustedes piensen, más allá de todo
pensamiento abstracto, que fuimos perdiendo la razón

por un exceso de lucidez no muy escolástica,
debo confesar que a veces me voy lejos,

muy lejos del que pudimos ser
o tal vez haber sido, para decirlo proustianamente,

y sólo nos queda el consuelo de pensar en voz alta
como si nunca nos hubiéramos olvidado

de aquella queratosis seborreica no sólo en el rostro
sino también en el espíritu del Espíritu Santo, Santo, Santo.

Cierro los ojos, entonces, el más acá o el más allá de los ojos,
y descubro que algo en mí está llorando por dentro,

al fondo, sinuosamente como en un túnel, así es, como tal vez
sucedió
en los orígenes, cuando se supone que todo estaba en todo,
ahora mismo o a lo lejos, vaya uno a saber, lejos, ¿muy lejos?,
vaya uno mientras aparecen, desaparecen
y aparecen una vez más los latidos del corazón
junto a la queratosis seborreica del Espíritu Santo, Santo, Santo.

Alabanza del amor por encima ¿o por debajo de la alfombra?

Cuántos vuelos de amor o desamor, vaya uno a saberlo
por encima o por debajo de la bendita o maldita alfombra.

Cuántos crímenes perfectos o más bien imperfectos
porque sí, porque tal vez, porque no, porque sin embargo,

cuántos por encima o por debajo de la alfombra cuyo espíritu
se ha vuelto profundamente esquivo o más bien catatónico,

aunque en lo más profundo de Vuestro Inseguro Servidor nadie
sepa

lo que significa a ciencia más o menos cierta el fenómeno

de la catatonía colgando de aquellas benditas o malditas nubes,
ohhh catatónicos y catatónicas que en el mundo han sido.

¿Alguno de ustedes sabe de qué estoy o más bien de qué estamos
hablando,

venid a mí, alguno de ustedes lo sabe, lo sabrá alguna vez

o al menos

lo sospecha, ahora que todo, con música o sin música, venid a mí,
ahora
que todo se ha convertido al fin en el misterio más profundo?

¿Nos vamos, amor mío,
nos vamos o nos quedamos?

Según lo que dicen las buenas y malas lenguas,
aún estamos muertos allá en el fondo, casi muertos
de risa, esa risa que sube en espiral
mientras el mundo gira y gira en su bellísima locura.

Me voy en luz, ¿nos vamos, amor mío y de nadie,
puesto que todo es nadie, finalmente, nos vamos
o nos quedamos?

Todo se ha vuelto muy confuso, ¿quién habla?, no es fácil
descubrir quién habla cuando se supone que uno es el que habla.

Y al fondo esa música que vuela hacia nosotros desde Puerto Rico.
¿Cheo Feliciano una vez más? ¿Héctor Lavoe? ¿Ismael Rivera?

Ay, amor mío, de bolero en bolero me voy en luz,
más allá de las montañas que aún se deslizan
y llegan a nosotros desde Santiago de Chile.

¿Aún me quieres, divina tú, preciosa de los labios dulces,
más bien agridulces, como hubiera dicho desde París

Rubén Darío?

¿Aún me quieres al estilo de aquella sonrisa más o menos oculta
en el vaivén del aire, la sonrisa que se parece cada vez más
a la dudosa, infalible y enigmática sonrisa del Espíritu Santo?

El arte de viajar en un tren

Casi nada de lo que escribes desde el fondo de lo que algún día fue tuyo, te pertenece. Ahora piensas de improviso en algún viaje, y una voz femenina que sonrío como en el principio del mundo, te dice lo que nadie te ha dicho todavía. No olvidemos que la voz es aún más aterciopelada, como se decía en la época de Rubén Darío o incluso de Pablo Neruda. Pero no es más que la voz de Elis Regina en aquel tiempo. ¡Viva para siempre lo aterciopelado y melancólico de la Regina que ya no está entre nosotros, aunque nunca dejará de estar y seguir vibrando entre nosotros! ¿Se dice así, así se dice desde que el mundo es todavía mundo? Supongamos. ¿Qué dice uno cuando dice supongamos?

Lo recomendable es subirse al tren ahora mismo y escribir después de algunos minutos lo siguiente:

—Viajar en un tren en el sentido de la marcha o de espaldas a ella. La cantidad física de paisaje que se ve es la misma. ¿La ven, alcanzan a verla, no la ven? Pero la impresión que se tiene del paisaje es tan distinta. Quien viaja en el buen sentido siente que el paisaje se proyecta hacia él o más bien se siente proyectado hacia el paisaje. Quien viaja de espaldas siente que el paisaje, con espaldas o incluso sin espaldas, le huye por todos lados y se le escapa de los ojos. En el primer caso, el

viajero sabe que se está acercando a un sitio cuya proximidad presiente por cada nueva fracción que se le presenta. En el segundo, sólo que se aleja de algo. Así, en la vida, algunas personas parecen viajar de espaldas, como aquel inolvidable Julio Ramón Ribeyro. No saben adónde van, ignoran lo que les aguarda, todo los esquiva, el mundo que los demás asimilan por un acto frontal de percepción es para ellos solamente fuga, residuo, pérdida, ¿defecación? ¡Vaya uno a saber, paso a paso, del aire al aire! ¿Vaya uno a saber?

Algunos aprendices en el arte de la premonición dicen que Ribeyro, desde algún rincón de París, se nos fue de este mundo para siempre, pero no, quién sabe, tal vez no. Lo más probable es que no se haya ido nunca. No hace mucho que lo vimos caminando a lo lejos, tal vez muy cerca, no muy lejos, caminando hacia los muy antiguos y siempre nuevos árboles que rodean al Palais du Luxembourg.

El océano se salía del mapa
y de su imponente figura

Aunque alguno de ustedes todavía no lo crea, el océano Pacífico se fue saliendo del mapa y también de sí mismo, casi inmóvil pero sorpresivamente violento, como si nunca hubiera estado ahí donde ya casi no está, ni su sombra ni su respiración de criatura cada vez más deslumbrante por esa conducta donde al fin todo es un fenómeno inesperado como Su Majestad el Azar nuestro de cada día.

Pablo Neruda lo dijo alguna vez con aquella sonrisa melancólica:

—El océano era, fue y sigue siendo tan grande, desordenado
y azul, sospechosamente azul, que por eso lo dejaron frente
a mi ventana.

Quiero decir también que los humanistas no ocultaban
su inquietud
por aquellos hombres que el océano devoró en su paso
por el mundo.

La verdad es que ya no cuentan. ¿Alguno de ustedes los recuerda
y piensa en ellos?

Tampoco sabemos nada de aquel galeón cargado de cinamomo
y pimienta

que lo perfumó en el naufragio. ¿Así se dice?

Quizá un tal Cayo Valerio Lavín Cerdus

lo diga mejor que yo algún día, pero quién sabe, todo
está por verse y la moneda sigue vibrando en el aire.

Vaya uno a saber.

¿Sí o no? ¿Se dice así? Vaya uno. ¿Así se dice?

Tal vez lo único, más bien la única verdad es otra, luminosamente
otra.

No. Ni la embarcación de los descubridores

que rodó con sus hambrientos, frágil como una cuna

desmantelada en el abismo.

No. Por lo que vimos y sabemos. No. Allá en el fondo, sí, no sólo

en el fondo

del gran océano los hombres se disuelven como un ramo de sal,
ni más ni menos, y el agua no lo sabe, tal vez no lo sabrá nunca.

Otro viaje muy breve alrededor de la cualidad

Alguien lo dijo mejor que nadie
y de lucidez en lucidez, con una prosa
que hoy se convierte en versos más o menos libres,
aunque ya sabemos que casi nada es libre
más allá o más acá de la línea del horizonte:

“No hay que exigir en las personas
más de una cualidad.
Si les encontramos una, sólo una,
deberíamos ya sentirnos agradecidos
y juzgarlas solamente por ella
y no por las que les faltan.

Es vano exigir que una persona sea simpática
y también generosa por dentro y por fuera,
o que sea inteligente y también alegre
o que sea culta y también aseada
o que sea hermosa y también leal.
Tomemos de ella lo que pueda darnos.

Que su cualidad sea el pasaje privilegiado
a través del cual nos comunicamos y nos enriquecemos”.

Vámonos tocando por encima y por debajo del mundo

Si no puedes bailar, amor mío, *amore mio per sempre*, al menos puedes mover el esqueleto del bien y del mal, amor mío, *amore mio* de ahora y de siempre, ¿de tal vez nunca, de nunca jamás bailando con sabor latino como Eva en el Jardín de las Delicias?

Dale y dale y dale, vámonos tocando *jazz*, de rumba en rumba, salsaera mía, vámonos tocando no sólo *jazz* por encima y por debajo del mundo con Cheo Feliciano o sin Cheo, lo cual es imposible porque todo es Feliciano, sabroso, vámonos, sabrosísimo en el aire del mundo de por acá y de por allá, puesto que todo está escrito a ritmo de salsa en el aire del mundo de por acá y de por allá, puesto que todo está escrito a ritmo de salsa en el aire del mundo, sí, desde que el mundo es mundo o aun desde antes, cuando todo estaba en todo, aunque no existiera el mundo todavía.

Tal vez la única verdad es que todo está escrito en el aire desde el amanecer del Génesis, ¿vámonos tocando con Adán y Eva

sumergidos en el ritmo?, gózame, pero ya, gózame, aquel ritmo
luminoso
en el Jardín de las Delicias, ¿lo recuerdas, amor mío, mulata
de los espíritus que aún eres más blanca y más negra, bésame,
gracias a Dios, aún eres lo que fuimos, lo que fuiste y lo que eres,
al estilo insuperable del jacarandoso Espíritu Santo?

Ave María, qué rico, dale, canta, dale, canta, dale, cantemos
todos, vámonos tocando *jazz* latino ¿con el Espíritu Santo a cuestas?
Sabor, mamá, sabor, mamacita linda, lindura mía y no sólo mía,
que no se acabe nunca esta música lloviéndose a sí misma,
lloviéndonos desde el más allá de los cielos infinitos.

Alberto Caeiro da Silva se confiesa en privado y en público

Al igual que Alberto Caeiro da Silva,
quien nació en Lisboa en 1889
y fue a morir de tuberculosis en la misma ciudad
cuando estaba comenzando a respirar con luz propia
el siglo xx, allá por el otoño de 1915
o algo por el estilo, ¿alguno de ustedes
sabe a ciencia más o menos cierta qué sucedió al fin
con aquel otoño de 1915?

Al igual que Alberto Caeiro da Silva,
Vuestro Inseguro Servidor, alias ¿Yo, Nadie, tal vez Yo?, vaya uno
a saber lo que nadie sabe todavía, pero eso no impide
que les diga lo siguiente, aunque sea
con la palpitación de algunas lágrimas en los anteojos:

—Ahora entro y se supone que alguien
va cerrando en mí, paso a paso, ¿la ventana?
Traen el candil, dan las buenas noches
y se supone que mi voz alegre, ¿más o menos alegre?,
da también las buenas noches, aun cuando sea, solitaria, una noche.

Ojalá que mi vida, ¿se dice así?, sea siempre esto.
Ojalá por encima y por debajo, casi fuera del mundo:
un día lleno de sol o de muy suave lluvia.
Un día tempestuoso como si se acabara el mundo.
La tarde suave, pero ¿qué significa?, más o menos suave,
y todos los que tal vez pasan sin pasar nunca,
vaya uno a saber, casi nunca, vaya uno, mientras los observo
de perfil, más bien de reojo y con interés por la ventana
donde se supone que habito yo, sonriente, aunque a menudo
no hay nadie.

Más bien estamos ante la última o penúltima mirada
de Su Majestad el Lobo Sapiens, ¿alias Yo, quién habla, alias yo?,
alias el sinuoso de siempre o de tal vez, con mayúscula
y minúscula.

¿Qué se hizo aquella última mirada amiga
que le damos al sosiego de los árboles?
Y después, cerrada en lo profundo la ventana, el candil encendido
sin leer nada ni pensar en nada, así es, nada del todo y de nada,
ni pensar en el arte de dormir siquiera, ni sentir la vida corriendo
en mí, a lo lejos,
por debajo de mí, ¿quién es yo, mí, quién es todavía?, por debajo,
quién es el que va corriendo en mí como un río
por su lecho y de profundis, ¿así se dice?, vaya uno a saber, vaya uno,
y afuera un gran silencio, como de otro mundo, o más bien
como el silencio más o menos festivo

de Dios durmiendo por una eternidad.

¿Qué hacer entonces desde el espíritu de aquel día tempestuoso?

Ay, espejito, espejito,
¡ayayayyy, espejitooo!

Ay, espejito, ayayay, espejito, espejito,
¿hay alguien más audaz, más circunspecto
y más bonito que yo, alias el Muca, el Mameluco,
el Muca Muca en este mundo de locura ingobernable?

Aún dicen por ahí que la madrastra de Blanca Nieves
la hizo famosa, comillas, cuando quería insistir
o tal vez profundizar en su belleza
que parecía venir del otro mundo, comillas.

Y es que desde los orígenes del siglo XXI se ha privilegiado
como tal vez nunca el culto al cuerpo, a la presencia física
donde las curvas y las rectas y las semicurvas lo dominan todo.

Del abismo más o menos sinuoso y enigmático del espejo,
palpitando, del abismo más o menos sinuoso, palpitando,
del abismo hacia la luz del espíritu, no sólo del espíritu
que nos une a todos.

Nunca olvidaremos que Manuel Antonio Carreño publicó en 1853,
por entregas, el imprescindible y no muy macarrónico
*Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud
de ambos sexos, en el cual se encuentran las principales reglas
de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones
sociales, precedido de un breve trabajo sobre los deberes morales
del hombre.*

En dicha obra inolvidable, como si hubiera escuchado
el sentimiento
o más bien el pensamiento de aquel personaje decimonónico
llamado aún Su Majestad el Lobo Sapiens, alias
Cayo Valerio Lavín Cerdus, Carreño dice a media voz:

—Jamás nos detengamos a encarecer las ventajas y los goces
que la naturaleza o la fortuna nos hayan proporcionado,
delante de personas que se encuentren
en la imposibilidad de disfrutarlos también.

En la década de 1970, Los Polivoces hacían de las suyas
y no sólo de las suyas en la televisión de México.
Es imposible olvidar a Gordolfo Gelatino y su vanidad
insuperable:

—Soy tan hermoso, ya lo ven. Soy tan precioso, ya lo sé.
Soy primoroso, bello, lindo y muy gracioso.

Soy exquisito, miau, soy exquisito, miau, soy lo que soy.
Sin duda que pertenezco a la familia de Su Majestad el Lobo

Sapiens.

Ya lo sé, miren bien, ya lo sabemos, ¡aleluya, venid a mí, aleluya!

¿Por qué, Dios mío, por qué me hiciste tan perfecto?

¿Por qué, Dios mío y de nadie, por qué no me diste algún defecto?

Aunque tú no lo creas, yo sufro a lo bestia por ser tan diferente.

¡Me gustaría ser feo, pero de a de veras y de profundis,

como dicen algunos sabios, tan espantosamente feo como toda

la gente!

Les ruego que dejen de felicitarme por todo y por nada

Les ruego por el amor de Dios que ya no se muerdan las uñas de las manos y de los pies, y dejen de felicitarme por todo y por nada, es decir por cultivar el arte de plagiarme a mí mismo, como viene ocurriendo desde el siglo xx, así es, casi desde el xix. Sin duda que aún somos un animal salvaje y gloriosamente decimonónico. Gloria al Padre. Gloria al Hijo que todavía no es, quién sabe, o mejor dicho no aparece. Gloria al Espíritu Santo. Como les decía, con algunas lágrimas en el abismo o más bien en el túnel de los anteojos, de pronto aparecieron las felicitaciones, los aplausos, las ovaciones de pie, casi de rodillas, con zapatos o sin zapatos. Empecé a llorar como un recién nacido. ¿Alguno de ustedes lo recuerda? Me fui llorando como un recién nacido y con hambre y sed de justicia, no sólo de justicia, como es obvio. ¡No me feliciten, se los ruego, toda felicitación es una despedida más bien fúnebre y yo no tengo la culpa de ser como soy, piedad, misericordia, no me feliciten así, casi obscenamente, se los ruego con el corazón en la mano, piedad, un poquito de piedad, no me feliciten. Pero los espectadores seguían felicitándome. Algunos me invitaban a pasar unos días en la playa, más allá de aquel mundanal ruido cubierto de moscas verdiazules con ojos amarillos, aquellos ojos multiplicándose al modo de

Salvador Dalí. Otros imploraban que yo les diera unos autógrafos o algo por el estilo. También me invitaron a pasar unos días en la playa con palmeras o sin palmeras, que para el caso es lo mismo, casi, vaya uno a saber, ¿lo mismo de lo mismo?, como dicen los que saben de estos asuntos. Confieso que he vivido, sin duda, no sólo que hemos vivido con un entusiasmo absoluto e insuperable, no muy lejos de la certidumbre o más bien de la incertidumbre, y cómo olvidarnos de aquel toque de romanticismo al estilo de Cheo Feliciano cantando “Amada mía”. ¡Un autógrafo! ¿Un autógrafo? ¡Así es, una dedicatoria por el amor de Dios! Pero no se me ocurre, no se me ocurría nada, como alguna vez en Centroamérica, nada de nada. ¡Pídanle a Feliciano, yo no lo sé de cierto y ni siquiera lo supongo, como hubiera dicho Jaime Sabines o más bien Armando Manzanero! Entonces opté por estampar escuetamente mi firma, qué horror de firma, sí, que adefesio ese artefacto sin pies ni cabeza, me voy en luz, ¿nos vamos?, me voy en luz y en sombra, ¿nos vamos o nos quedamos? ¡Gran éxito! Sin lugar a dudas. Todos empezaron a aplaudirme como si yo fuera el Luis Miguel de la poesía mundial. En un dos por tres o en menos que canta un gallo, sí, en un tres por dos fui despachando a una muchedumbre de admiradores que gritaban como locos. ¡Aleluya!, les dije a voz en cuello, según dicen los clásicos, ¡aleluya! Pero no me olviden y tengan misericordia, piedad, aunque sea un poquito de misericordia, como dicen en Veracruz, y ya no me olviden. ¿Aleluya?

Índice

- 7 La memoria también se desliza sinuosamente
como un prólogo
- 13 Alabanza de la leche de burra
- 14 Pido un aplauso, venid a mí, pido un aplauso
- 15 No me pregunten cómo pasa el tiempo
- 17 Subir y bajar escaleras es todavía un milagro
- 19 Aparición de las moscas de ayer,
de mañana y de siempre
- 21 Sonatina alrededor de las amígdalas del sur
- 22 Y seréis como los dioses
- 26 ¿Se nos va todo?
- 28 Voy y vuelvo, no se preocupen,
¡voooyy y vueeelvooo!
- 30 El beso polaco fue un invento de los húngaros
- 32 Iluminaciones que van y vienen a partir de Voltaire
- 61 Elogio de Silvana Tarantino
- 63 Aparición de Juventina Longotoma
- 65 ¿Qué hacer, entonces, cuál es el camino?
- 67 Diez razones para atreverse a dormir desnudo

- 72 Especulación más o menos filosófica
a partir de la sangre de las arañas
- 73 Variaciones cervantinas
- 75 Aproximación al crecimiento de las inolvidables
orejas y las no menos inolvidables amígdalas
- 83 Vámonos tocando de jazz en jazz, de bolero
en bolero hasta el fin del mundo
- 85 Mientras piensas en Voltaire
y escuchas “Contigo en la distancia”
- 87 Dionisia López Cayuso y el más allá de la cabeza
- 90 Algunas visiones en el Día Internacional del Huevo
- 94 ¿Nuevas instrucciones para cantar?
- 97 Aparición de la bendita o maldita inspiración
bajo las costillas de Jesucristo
- 98 Viaje alrededor del sillón que fue acusado
por faltarle el respeto a una silla
- 100 ¿Nos vamos de bolero en bolero?
¿Nos vamos o nos quedamos?
- 102 Aplausos para Jesucristo
- 103 Aproximaciones más o menos umbilicales
a Fernando Pessoa
- 113 Mis primeros 970 años
- 115 Recuerdos de infancia
- 117 Memoria del niño que corre
por encima de las piedras azules
- 121 Descubrimiento de la lluvia

- 123 Aquel viaje en burro
- 125 Sucede que me canso
- 130 La abuelita se aburre como una piedra y no quiere
abandonar su analfabetismo
- 132 Apariciones de Juan Emar en 1935
- 139 Historia de un viaje alrededor de la alcachofa
- 141 Inhala y exhala sin perder el equilibrio,
insondablemente, hasta el fin del mundo
- 143 El hombre de la joroba
- 145 Lo que el viento no se llevó
- 148 La mano escondida
- 151 Vamos cayéndonos con música de Brasil
hacia lo más profundo del alma
- 153 Del aire al aire una vez más
- 155 Aquella memoria alrededor del Louvre
- 156 ¿Cuándo, a qué hora, cuándo leeremos poesía?
- 162 Gabriela Mistral y aquellos locos
- 163 Decálogo de todos los días
- 168 Aún transcurre el año 1935 y Pablo Picasso no deja
de sonreír como un niño que tal vez lo sabe todo
- 171 Apología del beso como una de las Bellas Artes
- 180 Aquel viaje hacia la bellísima
- 182 Llévatela
- 184 Se pasa por loco y después por genio:
¿maravilla de las celebridades?

- 186 ¿Aló, bueno, aló, me escuchas?
¿Con quién estoy en el teléfono?
- 191 A partir de un bolero en la voz
de Gilberto Santa Rosa
- 193 Caballeresco, tal vez clásico, pero de otra galaxia
- 195 Las orejas del bien y del mal
- 197 Allí donde tal vez la Nada
baila semidesnuda con el Todo
- 199 Aparición de Rachmaninov
- 201 Aquel amanecer del Génesis,
cuando todo ¿estaba en todo?
- 203 ¿Dónde estás, mamita, qué se hizo Dios?
- 205 Breve introducción a la vida y la muerte
- 206 El fantasma y otras visiones
que se deslizan pendularmente
- 206 *El fantasma*
- 207 *La muela del juicio final*
- 208 *Invierno en Chile*
- 209 *Objeto volador no identificado*
- 209 *Aproximación a las orejas*
- 210 *El desliz de la sombra*
- 211 *Locura por la resurrección*
- 212 *La condena*
- 213 *Autorretrato*
- 213 *Ordeño*
- 214 *La voz de Juan Rulfo*

- 215 *Una llamada telefónica*
- 215 *La mansedumbre*
- 216 *La mano de Cristóbal*
- 217 *¡Descansa en paz, caramba!*
- 218 *Aproximaciones al Premio Nobel*
- 219 *Aproximación al fenómeno de la risa*
- 220 *Aquel cerdo con cara de hombre*
- 221 *La sonrisa de Hamlet*
- 223 *La vuelta de Astor Piazzolla*
- 226 *Tocaban música, ¿vaya uno a saber?, tocaban música*
- 228 *Te lo agradezco, ¡va por ustedes!*
Te lo agradezco, ¿pero no?
- 230 *Una locura, por lo menos,*
resucitando, resucitando,
¿una locura diaria?
- 232 *La queratosis seborreica del Espíritu Santo*
- 234 *Alabanza del amor por encima*
¿o por debajo de la alfombra?
- 236 *¿Nos vamos, amor mío,*
nos vamos o nos quedamos?
- 238 *El arte de viajar en un tren*
- 240 *El océano se salía del mapa*
y de su imponente figura
- 242 *Otro viaje muy breve alrededor de la cualidad*
- 244 *Vámonos tocando por encima*
y por debajo del mundo

- 246 Alberto Caeiro da Silva
se confiesa en privado y en público
- 249 Ay, espejito, espejito,
¡ayayyyy, espejitooo!
- 252 Les ruego que dejen de felicitarme
por todo y por nada



El lado oculto de la sonrisa

(nuevas escrituras para morir y resucitar en un ataque

de entusiasmo), de Hernán Lavín Cerda, se terminó de impri-

mir en diciembre de 2016, en los talleres gráficos de Jano, S.A. de C.V.,
ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colo-
nia Parque Industrial Exportec II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El
tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*,
de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix
Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Portada, formación y
supervisión en imprenta: Daniel Centeno Fuentes. Cuidado de la edi-
ción: Carmen Itzel Ramírez Rosas, Delfina Careaga y el autor.

Editor responsable: Félix Suárez.

